

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26.

NUM. 312.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

DICIEMBRE 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LA REINA GOBERNADORA

CRÓNICAS POLÍTICAS DE 1833 A 1840

V Y ULTIMO

Decretos curiosos de la época de Cristina.

Apegados, por instinto, los españoles, a las costumbres tradicionales, miraban con recelo toda reforma que venía a lesionar, en poco o en mucho, intereses creados, aunque favoreciese el interés general de todos o de los más; así es que el espíritu público no demandaba transformaciones radicales en la administración, y los Gobiernos, aprovechando este estado de opinión, procuraban no desviarse de la antigua rutina administrativa, que facilitaba grandemente su política, sin ofrecer nuevos puntos de estudio y sin las dificultades inherentes a la implantación de reformas.

No obstante, en los últimos tiempos de Fernando VII, los *Secretarios del Despacho*, hoy llamados Ministros, hubieron de abrir la mano a las innovaciones, aun venciendo la resistencia que a ello oponía al criterio del Rey, y consiguieron modificar la organización de alguna dependencia.

Merece mención, en este sentido, el Real decreto de 9 de Noviembre de 1832, por el cual se creó la Secretaría del Despacho de *Fomento*, segregando de la de *Estado* los servicios que hoy corresponden a los Ministerios de Gobernación, Fomento e Instrucción pública.

Esta fue una disposición acertadísima; porque el Secretario de *Estado* tenía a su cargo tantos asuntos, que necesariamente habría de descuidar algunos por falta de tiempo material para su estudio y conocimiento.

Muerto el Rey, por otro Real decreto de 13 de Mayo de 1834 se dió a esta Secretaría de nueva creación el título de lo *Interior*, tomándolo del francés.

No hizo buen efecto la frase, y por Real decreto de 4 de Diciembre de 1834 se dispuso que se denominase, en adelante, de la *Gobernación del Reino*.

Este año (16 Junio) se creó el cargo de *Subsecretarios del Despacho*, a fin de que los Secretarios (Ministros) pudiesen asistir a las sesiones de Cortes, sin que quedasen desatendidos los asuntos de su departamento, por cuanto el nuevo empleado les suplía legalmente cuando aquéllos faltasen de la dependencia.

Consiguiente al desarrollo natural que había de darse a la nueva *Secretaría de Fomento*, vino, en 23 de Octubre de 1833, el nombramiento de los *Subdelegados principales* de este ramo, quienes, por otro Real decreto de 13 de Mayo de 1834, recibieron la denominación de *Gobernadores civiles de provincia*. Véase cómo aquella mera distribución de servicios, separando de *Estado* lo que entonces se llamaba *Fomento*, trajo a la política y a la Administración pública un factor tan importante como el Gobernador civil.

Mas no pararon aquí las consecuencias de la reforma. Los *Subdelegados de Fomento* hicieron ver al Gobierno la necesidad de una nueva división territorial, y al efecto, por Real decreto de 30 de Noviembre de 1833, un mes después de la muerte de Fernando VII, la Reina Gobernadora mandó formar la división territorial de España en 49 provincias, que tomaron el nombre de sus capitales respectivas, excepto las de Navarra, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, las cuales conservaron las denominaciones que tenían.

Según el censo de población de aquella época, la provincia

que más habitantes contaba era la de Barcelona (442.273), y la de menor Alava (63.523), dando entre todas un total de 12.286.941 habitantes.

La nueva división territorial obligó a organizar en cada provincia los servicios de la Administración del Estado, y a este efecto dirigió el Ministro D. Javier de Burgos, a los *Subdelegados*, en 30 de Noviembre de 1833, una *Instrucción*, que es modelo en su género, y que revela el conocimiento que su autor tenía de las necesidades de las provincias relacionadas con la Agricultura, la Industria, el Comercio, los Municipios, la Instrucción pública, la Beneficencia, las Cárceles, los Caminos, los Espectáculos y la Estadística.

Las subdelegaciones de Fomento determinaron en la historia de nuestra Administración una mejora de trascendencia, pues lograron entonces, como cosa nueva, poner en contacto diverso las provincias con el Gobierno, y hacer llegar a éste directamente el clamor de las necesidades de los pueblos, y la demanda de protección para su desarrollo en el Comercio, en Industria y en la Agricultura.

Como consecuencia de la división territorial, por Real decreto de 26 de Enero de 1834 se hizo una nueva distribución de Audiencias para la administración de justicia, quedando establecidas las de Madrid, Valladolid, Granada, Coruña, Sevilla, Oviedo, Canarias, Cáceres, Burgos, Albacete, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Mallorca y el Consejo Real de Navarra. Inmediatamente se realizó (21 Abril 1834) la subdivisión de las provincias en partidos judiciales.

Las modificaciones se imponían. El Real decreto de 23 de Junio de 1835 suprimió los *oficios* de Regidores, Veinticuatro, Jurados, Alféreces, Escribanos y Alguaciles, cargos que se llamaban *enajenados a perpetuidad o de por vida*, porque habían sido enajenados o vendidos mediante una cantidad que sería indemnizada a expensas del Estado o del Municipio, según procediese la egresión de uno o de otro.

Por este Real decreto, el cargo de Regidor, que antes era

vitalicio, duraría cuatro años, renovándose parcialmente los Ayuntamientos cada dos; los individuos que cesaban no podían ser reelegidos hasta pasados dos años. Para figurar como elector se necesitaba pagar una cuota de contribución directa, y para ser elegido constar en la lista de mayores contribuyentes (1).

Estos ensayos, no mal recibidos, y favorables a la reorganización administrativa, decidieron a las Cortes, en 15 de Octubre de 1835, por iniciativas de D. Joaquín María López, a promulgar una ley restableciendo la de 3 de Febrero de 1823 sobre el gobierno económico-político de las provincias, en la que se deslindaban las atribuciones de Ayuntamientos, Diputaciones provinciales y Jefes políticos (Gobernadores civiles), dando a estas corporaciones y cargos la nueva forma que el sistema constitucional imponía.

*
* *

«Persuadida de que ningún Estado puede florecer sin industria—decía Cristina en su Real decreto de 21 de Octubre de 1837,—y que esto no puede lograrse habiendo fábricas privilegiadas, que tal vez no bastan a las necesidades del consumo, y le dificultan o circunscriben por la escasez o por la carestía de sus productos; que este mal se ha experimentado particularmente con respecto al surtido de cristales en Madrid y en sus inmediaciones; donde, en favor de la manufactura de San Ildefonso (La Granja), perteneciente al Patrimonio Real, estuvo prohibida hasta ahora la fabricación y la introducción de este artículo, sin beneficio de la fábrica misma, que no ha prosperado, y con perjuicio de los habitantes, a quienes el privilegio otorgado a la Fábrica Real ha privado de las ventajas

(1) El art. 312 de la Constitución de Cádiz disponía que los Regidores y demás oficios perpetuos de los Ayuntamientos cesasen en sus cargos, que habían de proveerse por elección.

del surtido y de la baratura; he venido en mandar que sea libre en Madrid y sus inmediaciones la fabricación y la introducción del cristal como en las demás provincias del Reino.»

De esta manera práctica y desinteresada inauguró Cristina la serie de disposiciones que preparaba en beneficio de la industria y del comercio.

En 10 de Diciembre de aquel año concedió libertad en la venta de pescado, seda, sosa, barrilla, trapo, lino y cáñamo, anulando los privilegios otorgados a los abastecedores por la Novísima Recopilación.

En 20 de Enero de 1834 declaró libre el comercio de artículos de comer, beber y arder, y la venta de cereales, harinas y toda clase de granos y semillas, pagando únicamente los comerciantes los derechos establecidos por el Estado o por los Municipios.

En 20 de Febrero de 1834 mandó que los cosecheros de uva de todas las provincias de la Península pudieran dar principio libremente a la vendimia, en la época y forma que estimasen más conveniente, sin que las Justicias de los pueblos pudieran intervenir en estas operaciones, bajo pretexto de costumbre ni por otra razón.

En 6 de Abril de 1836 se concedió libertad para establecer fábricas y ejercer cualquier industria útil.

Esta serie de disposiciones podrá dar idea al lector de las trabas y dificultades que el comercio, la industria y la agricultura tenían al hacerse cargo de la gobernación del Estado la Reina Doña María Cristina, y del buen deseo que la animaba en beneficio de la prosperidad de la nación.

La *Real Compañía de Filipinas* ejercía el monopolio de muchos artículos, sin ventaja para el Estado y en perjuicio del comercio, por lo que el Conde de Toreno, Ministro de Hacienda, tuvo la buena ocurrencia de aconsejar a la Reina la disolución de aquella sociedad. Cristina, que había ya dado el ejemplo, cerrando su *Fábrica de cristales de la Granja*, aprobó lo propuesto por el Conde, y con un Real decreto de 6 de Se-

tiembre de 1834 hizo pasar a la Historia la *Real Compañía de Filipinas*, que estaba establecida en su casa propia de la calle de Carretas, núm. 14.

Conocedora Cristina de la buena acogida que había tenido la *Exposición de productos de la industria española*, celebrada en 1828, ordenó, por un Real decreto de 3 de Marzo de 1834, que estos certámenes se verificasen cada tres años, inaugurándose el primero de su Regencia el 19 de Noviembre de aquel año, día en que la Reina niña celebraba su fiesta onomástica.

Distinto en aquella época el concepto que hoy se tiene formado de las asociaciones gremiales, o, hablando con más propiedad, distinto el espíritu que las informaba, la Gobernadora, por Real decreto de 20 de Enero de 1834, dictó reglas para contener los abusos que estas asociaciones producían en perjuicio del público.

Por último, inspirada Cristina en un criterio esencialmente democrático, declaró, por Real decreto de 25 de Febrero de 1834, dignos de honra y aptos para obtener cargos del Estado a los que ejercían artes u oficios mecánicos.

*
**

La Gobernadora tenía afición a las Bellas Artes. Había nacido y pasado los primeros años de su juventud en un país de gran intuición artística, y ella, mujer de imaginación espléndida, y en determinados casos romántica, se recreaba contemplando los cuadros de los buenos pintores, y discutiendo sus bellezas o equivocaciones. Aprendió, como hemos dicho, dibujo y colorido en Nápoles, con vocación de aficionada constante, ya que no de maestra, de tal suerte, que robando tiempo a los quehaceres que su cargo le imponía, buscaba ratos perdidos para dedicarlos al cultivo del arte, y pintaba, generalmente, copias de los grandes maestros, llegando a presentar algunas en las Exposiciones que anualmente celebraba la Academia de San Fernando. Este antecedente sirve de explicación

a la Real orden de 2 de Setiembre de 1836, que fue muy comentada en tertulias y cafés.

La viuda del Embajador de Francia embaló, para remitir a París, una colección de cuadros, entre los que había algunos lienzos antiguos, adquiridos en España; y denunciado el hecho, no sabemos cómo, se detuvo el equipaje, pasando los cajones de cuadros a la Academia de Bellas Artes para que informase. Esta manifestó que varios retratos y otras pinturas de artistas modernos, como D. Federico Madrazo, Bejarano y Alenza, podían salir del territorio español; pero que los lienzos antiguos hallados en el equipaje de la viajera deberían ser detenidos. Así lo hizo Cristina, y se mandó formar un expediente, cuya resolución desconocemos.

Quizá, como consecuencia de este hecho, se dió la Real orden de 28 de Abril de 1837 prohibiendo extraer fuera del reino pinturas, libros ni manuscritos antiguos, basándose en otras Reales órdenes de 2 y 4 de Setiembre de 1836, 14 de Octubre de 1801 y 16 de Octubre de 1779.

Entonces no se conocían medios para proteger en general las Bellas Artes, y el Rey sólo podía hacerlo individualmente, nombrando pintor de cámara al artista que deseaba favorecer. Las Exposiciones de pinturas que organizaba la Academia de San Fernando tenían poco aliciente, pues ni el local escogido para ello reunía condiciones apropiadas, ni se otorgaban premios; de modo que los expositores lo hacían platónicamente, por amor al arte, como podemos decir empleando la frase en su verdadera acepción.

Tampoco había mucho donde escoger: Jenaro Villaamil, Vicente Camarón, Leonardo Alenza, Rafael Tejeo, José Elbo, Antonio Esquivel, los Madrazo (José y Federico), Vicente Carderera, Carlos Luis Rivera y el veterano D. Vicente López. La pintura española se hallaba en decadencia; pero también es verdad que el Estado, siguiendo la rutina oscurantista, nada hacía en pro del fomento y desarrollo del arte.

La Gobernadora prestó su apoyo a la *Colección litográfica*

de los cuadros del Rey de España, publicación dirigida por D. José Madrazo, destinada a reproducir los lienzos del Museo de Pinturas. Es un trabajo muy estimable, que consta de tres tomos en folio marquilla.

Por Real orden de 13 de Marzo de 1834 declaró libre el arte de la litografía, exceptuando la reproducción de los cuadros del Real Museo destinados a figurar en la obra anteriormente mencionada.

El Reglamento de Imprenta, de 4 de Enero de 1834, suprimió la censura para las obras que tratasen puramente de oficios mecánicos y arte, literatura, matemáticas, astronomía, navegación, agricultura, comercio, geografía, materia militar, botánica, medicina, farmacia, física, química, mineralogía, zoología y demás ciencias naturales y exactas, y materias económicas y administrativas. Esto representaba un adelanto en el camino de la libertad de imprenta.

Habiendo pretendido el arzobispo de Sevilla prohibir las representaciones que en Carmona estaba dando una compañía de cómicos, se desautorizó al prelado, y por Real orden de 13 de Enero de 1834 se mandó dejar en libertad a estas compañías para dar representaciones públicas, siempre que cumplieren con las leyes y reglamentos del ramo de Teatros y de Sanidad.

La Iglesia fue siempre contraria al arte escénico: ella hizo desaparecer la mitad de las obras de nuestro gran teatro del siglo xvii, llevada de un espíritu piadoso mal entendido. ¿Qué haría hoy aquel arzobispo, si pudiera ver el estado de nuestros coliseos del género chico?

Una Real orden, beneficiosa para los escritores dramáticos, se dió en 5 de Mayo de 1837, al prohibir representar en los teatros de la Península ninguna obra, aunque estuviera impresa, sin permiso del autor o propietario de ella. La disposición no favorece el concepto que pudiéramos formar de aquellos empresarios.

*
* *

Ya que no hagamos un estudio completo de la organización administrativa del tiempo de la Regencia de Cristina, porque esto cae fuera de nuestro cometido, vamos a presentar una relación de algunas disposiciones dictadas en su tiempo, para que, con las demás noticias que en este mismo capítulo ofrecemos, pueda el lector formar idea del carácter de aquel período.

1833, 22 Diciembre. Ordenanzas generales de montes.

1834, 3 Febrero. Organización de los establecimientos de baños y aguas minerales de España.

13 Febrero. Reglas para la construcción de cementerios. Por Real orden de 30 de Octubre de 1835 se concedió que las religiosas fallecidas pudieran ser enterradas en los atrios o huertos de sus conventos; pero de ninguna manera en los coros bajos ni en las iglesias.

14 Abril. Ordenanza general de los Presidios del Reino. Contiene 371 artículos, en cuya redacción se tuvieron en cuenta las necesidades y circunstancias de estos establecimientos.

3 Mayo. Ley de Caza y pesca.

1836, 8 Setiembre. Real decreto restableciendo el Reglamento general de Beneficencia de 6 de Febrero de 1822.

26 Noviembre. Creación de un impuesto a los agraciados con las cruces de Carlos III e Isabel la Católica, de 1.000 a 6.000 reales, según la categoría de la cruz.

1837, 29 Junio. Se mandó formar el censo de población, publicándose una Instrucción detallada e interesante para llevarla a efecto.

6 Setiembre. Represión del duelo. Esta es una Real orden de las muchas que en España quedan sin cumplir.

10 Setiembre. Abolición de las antiguas Ordenanzas de Montes y Plantíos, declarándose que el disfrute de caza y pesca en los predios de los particulares correspondía primitivamente a éstos o a quien tuviese permiso del dueño o del que hiciere sus veces.

6 Noviembre. Creación del Cuartel de Inválidos.

1 Diciembre. Circular de Gobernación determinando la forma y datos que deberían consignarse en las partidas de nacimiento, matrimonio y defunción en los Registros de esta clase.

1838. Reorganización de las llamadas *Gracias al sacar*, que consistían en emancipaciones, legitimaciones de hijos naturales, dispensas de edad para los jóvenes o de tiempo para las viudas que deseaban pasar a segundas nupcias, y otras exenciones que venían a alterar reglamentos vigentes.

13 Julio. Prohibición de insertar en los *Boletines oficiales* noticias políticas ni artículos de este género. Dice la Real orden que los *Boletines* fueron establecidos para comunicar a los pueblos con celeridad las órdenes del Gobierno, librándolos del oneroso gravamen de las *veredas* (1).

28 Diciembre. Determinando que las oficinas públicas se estableciesen en edificios pertenecientes al Estado, donde los hubiese, y donde no, en aquellos que pudieran adquirirse a cambio de los que existían en otras partes.

29 Diciembre. Reorganización del personal de la Judicatura y Magistratura.

1839, 8 Enero. Real orden para que se publicase mensualmente en los periódicos oficiales el producto de la recaudación de las rentas y contribuciones, y su inversión en las obligaciones de la nación.

1839, 25 Abril. Distribución del servicio de *Celadores de caminos*, a fin de que éstos se hallasen siempre en buen estado.

13 Agosto. Mandando que ningún reo de delitos comunes fuera sentenciado a servir en el Ejército, pues no debía considerarse como pena un deber tan honroso para el ciudadano. Esto ya lo había mandado José Bonaparte el 12 de Julio de 1880.

(1) En lo antiguo se tenía asalariado un hombre, con el encargo de transmitir a los alcaldes de los pueblos las órdenes o avisos que había necesidad de comunicarles por la autoridad inmediata superior.

8 Noviembre. Real orden promoviendo la instalación de *Salas de asilo* o *Escuelas de párvulos*, reiterando otra de 22 de Agosto de 1836, que no se pudo llevar a efecto por las circunstancias en que se hallaba el país con motivo de la guerra. Sin embargo, la Sociedad Económica Matritense, con el celo que siempre la había distinguido, logró, en 15 de Julio de 1838, constituir una asociación con recursos particulares, y en Noviembre de 1839 tenía establecidas en Madrid cinco escuelas, a las que concurrían 500 niños.

*
* *

Sin hacer declamaciones vulgares contra las corridas de toros, y respetando una afición genuinamente nacional, no más censurable que otras de que alardean naciones cultas, declaramos que la creación del *Real Colegio de tauromaquia*, de Sevilla (1), realizada por Real orden de 28 de Marzo de 1830, no es una página de honor para la historia del Rey Fernando VII; así es que nos complacemos en hacer constar que la Reina Gobernadora tuvo a bien suprimir ese *instituto docente*, por otra Real orden de 15 de Marzo de 1834.

«Considerando—decía el preámbulo de la disposición—que, sin más enseñanza que la práctica, y sin otro estímulo que las crecidas gratificaciones y la celebridad que proporciona tan arriesgada profesión (*la del torero*), ha habido siempre en España lidiadores de agilidad y destreza; y que, debiendo el Gobierno destinar fondos a diferentes enseñanzas, existen otras infinitamente más útiles, que reclaman de preferencia los auxilios hasta ahora dispensados a la de lidiar toros; y están mal dotados muchos establecimientos de Beneficencia, que reclaman diariamente la protección del Gobierno, queda suprimido el Real Colegio de tauromaquia de Sevilla» (2).

(1) La idea partió del Conde de la Estrella. Se nombró director á Pedro Romero, con 12.000 reales anuales de sueldo.

(2) El arbitrio de 200 reales por cada corrida de toros en las capitales

El plan general de Instrucción pública, formado por el ilustre Duque de Rivas, y publicado por Real decreto de 4 de Agosto de 1836, base de las reformas que en este ramo realizaron más adelante D. Pedro José Pidal, en 1845, y D. Claudio Moyano, en 1857, es, sin ningún linaje de duda, una página gloriosa de la Regencia de Cristina.

El Duque de Rivas dió el primer paso para la organización de la enseñanza, en armonía con lo que reclamaban ya las exigencias de la época. Dividió y clasificó los estudios, desde las escuelas de Instrucción primaria, hasta las Facultades; determinó los métodos de enseñanza, las matrículas, las pruebas de curso y, en una palabra, el funcionamiento de las Universidades; creó el Consejo de Instrucción pública y Comisiones dependientes de él en cada provincia y en cada pueblo; estableció la *Instrucción secundaria*, que hoy llamamos segunda enseñanza, donde había de estudiarse Gramática, Lenguas vivas, Matemáticas, Geografía, Historia, Historia Natural, Física y Química, Mecánica y Astronomía física, Literatura, Ideología y Religión y moral.

Organizó las Facultades de Teología, Jurisprudencia, Medicina, Farmacia y Veterinaria; las Escuelas especiales de Caminos, de Minas, de Agricultura, de Comercio, de Bellas Artes y de Artes y Oficios; y los *Estudios de erudición* siguientes: Antigüedades o Arqueología, Numismática y Bibliografía.

Como todo estaba por hacer, el autor del *Moro expósito* tuvo que prevenirlo todo, dejando con el plan de Instrucción pública una prueba patente de su buen deseo, de su cultura, de su criterio pedagógico, menos conocido y alabado que sus versos, pero altamente beneficioso para el país, porque las reformas posteriores fueron más fáciles de acometer trabajando sobre una primera materia de buena calidad.

de provincia, 160 en las demás poblaciones y 100 por cada corrida de novillos que se celebraba con destino a aquel Real Colegio, se destinó luego, por mitad, á la Enseñanza primaria y a los Establecimientos de Beneficencia.

Claro es que se inspiró en la legislación francesa; pero esto, entre nosotros, es lo común y corriente.

Le censuraron que había suprimido el estudio del latín en la segunda enseñanza; y el cargo tiene fundamento, aunque con los distingos oportunos.

Nadie puede negar la bondad de los monumentos literarios de los latinos, ni la importancia en que pusieron a contribución su ingenio y su talento poetas como Virgilio, Horacio, Tibulo, Cátulo y Propercio; dramáticos como Plauto y Terencio; satíricos como Juvenal y Marcial; oradores como Cicerón y Quintiliano; historiadores como Salustio, Tácito y Tito Livio, y didácticos como Columela, Pomponio Mela y Plinio el Viejo; pero siglos después, en plena Edad Moderna, cuando las lenguas llamadas neolatinas, el italiano, el francés y el español, estaban en la plenitud de su desarrollo, y todavía los naturales de estas naciones escribían libros en latín, como si este idioma fuese el peculiar de sus compatriotas en los usos de la vida. Debe anotarse que la preponderancia del latín se debe, en gran parte, a la Iglesia católica, que sostiene esta lengua en sus ritos como en los primeros siglos del Cristianismo, cuando era popular. Aun hoy día no se podrá encontrar orador sagrado en España que no intercale frecuentemente alguna frase latina en el sermón, a seguras de que sus oyentes no han de traducírsela. Así habremos de dar la razón a Voltaire cuando aconseja, para producir efecto, hacer citas en un idioma que nadie entienda.

«El conocimiento de la literatura latina—decía un doctor de la Universidad de Salamanca, en 1846—es sumamente útil al teólogo, al jurisconsulto, al médico, al historiador, al literato y a todas las personas que se dedican al estudio de algún ramo del saber humano: en ella se encuentran los fundamentos de todas las ciencias; en ella tenemos archivados los tesoros que los sabios de todos los siglos legaron a la posteridad, y, finalmente, su estudio ha contribuido y contribuirá a los progresos de la civilización.»

Este panegírico, reflejo fiel de los encomios que para el latín tenían sus apasionados, nos da la medida del irreflexivo amor que los guiaba; pues si al teólogo, al historiador y al literato es de necesidad el estudio de esta lengua, a las demás profesiones, que en abundoso número constituyen en la vida moderna el desarrollo de la actividad humana, les resulta de poco provecho efectivo, y sin aplicación práctica dentro de la esfera de acción de cada una.

En España hizo crisis la preponderancia del latín en los comienzos del siglo XIX. Don Pedro José Pidal, Ministro de Fomento que lo era en 1845, nos lo dice en el preámbulo de la ley que dictó referente a Instrucción pública:

«En lo antiguo fijaba casi exclusivamente la atención el estudio del latín que, con algunos conocimientos de filosofía escolástica, venía a constituir nuestra segunda enseñanza: echáronse luego de menos las ciencias exactas y naturales, cuyo abandono ha sido tan funesto a la industria española, y después de varios ensayos hechos con no muy feliz éxito, cayóse en el extremo contrario, abandonándose casi del todo el estudio de las humanidades, y pretendiendo convertir a los jóvenes puramente en físicos y matemáticos. ¿Qué ha resultado de aquí? Sin conseguirse lo último, se han perdido los estudios clásicos, y nuestra literatura actual se resiente, por desgracia, de tan fatal abandono.»

No se hallan ajustadas a la razón todas las aseveraciones del Ministro, pues la segunda enseñanza no tiene, no debe tener, el fin de formar literatos, sino el de proporcionar a los jóvenes, conocimientos elementales, útiles en todas las esferas de la vida.

Además, el concepto de que la literatura latina es la única fuente de buen gusto en que deben saciar su sed los escritores españoles, pudo admitirse hasta los comienzos de la Edad Moderna; pero después que los siglos XVI y XVII produjeron aquel inmenso tesoro literario con Lope, Cervantes, Tirso, Calderón, Moreto, Rojas, Alarcón, Vélez de Guevara, Quevedo, los Ar-

gensolas, Fray Luis de León, Saavedra Fajardo, el P. Rivadeneyra, Ambrosio de Morales, el P. Mariana, Melo, Vicente Espinel, Garcilaso, Céspedes, Fernando de Herrera, Roja, Santa Teresa de Jesús, Ercilla y otros muchos que al correr de la pluma no recordamos, es inútil buscar en Roma mejores modelos que los de la Edad de oro de nuestra literatura.

El Duque de Rivas, imbuído por este espíritu, y para huir del abuso que se había hecho del latín, hasta el punto de que la gramática para estudiar esta lengua se escribía en el mismo idioma que se iba a aprender, determinó suprimir los cursos del idioma que hasta aquella fecha había ejercido la preponderancia, dando preferencia a otros conocimientos de más útil aplicación.

En Noviembre de 1850, siendo Seijas Lozano Ministro de Fomento, decía en el Congreso defendiendo este criterio:

«Supónese que se infunden en los jóvenes de corta edad multitud de conocimientos que no pueden digerir y, de consiguiente, que no pueden alcanzar ni progresar en ellos. Este es, señores, el argumento que en las calles, en las plazas, en los periódicos, se hace contra estos planes de estudios. Nosotros teníamos un sistema de enseñanza en que éramos los únicos en Europa, sobre todo en los ramos que constituyen la segunda enseñanza, esa enseñanza que es una necesidad en nuestra época, de nuestra civilización, de nuestras actuales instituciones. Seguidamente demostró que con el plan llamado entonces moderno no se pretendía formar literatos, ni médicos, ni abogados, sino difundir cierto género de conocimientos de Astronomía, de Historia Natural, de Química, etc., necesarios al hombre en todas las clases de la sociedad.

La ley de Instrucción pública de 1857, o, mejor dicho, las disposiciones provisionales dictadas por el Ministro D. Claudio Moyano, en 23 de Setiembre de aquel año, para la ejecución de su famosa y celebrada ley, se atiene en un todo, respecto del latín, a lo que había establecido Pidal, introduciendo, además, el estudio del griego, que había de hacerse en dos cursos, tiem-

po escasísimo para conocer, siquiera sea medianamente, esta hermosa, pero difícil lengua.

Bien está que en 1772 recomendase a Carlos III una junta de doctores, la conveniencia de sostener y fomentar en la Universidad de Alcalá de Henares las lecciones de las tres lenguas: hebrea, griega y latina, imprescindibles para el estudio de la Teología, de la Filosofía y aun de la Jurisprudencia en aquel tiempo; y bien está asimismo que hoy se la dedique atención preferente en la Facultad de Filosofía y Letras; pero fuera del radio en que gira esta última agrupación científica, las ventajas que pueda ofrecer el dominio de las lenguas muertas no compensarán ciertamente las dificultades que origine el desconocimiento de los idiomas en uso, cuya posesión es de patente resultado en el estado actual de las ciencias, de las artes, de la industria, del comercio y en todas las relaciones que el hombre tiene con la sociedad, desde cualquier punto de vista.

No siendo todos los jóvenes igualmente aptos, ni poseyendo el mismo grado de facultades morales, el Estado no debe obligarles, en esta enseñanza general, a recargar su inteligencia con el estudio de asignaturas que no han de serles de utilidad inmediata en las diversas orientaciones que han de tomar al concluir este período de preparación, y, por lo tanto, el latín, cursado en dos años como ahora aparece en el plan de estudios vigente, consideramos que no responde al concepto que informa en nuestro país el grupo de conocimientos comprendidos en la *segunda enseñanza*.

En la Facultad de Filosofía y Letras convendría establecer cuatro o más cursos de latín; pero en el Bachillerato debe modificarse su estudio, conduciéndole por otros derroteros de los seguidos hasta el día.»

Previo algunos elementos de lengua latina, madre del castellano, debería estudiarse en el Instituto las etimologías de las palabras de nuestro idioma, las permutaciones de letras, los cambios de acepción, el mecanismo de la transformación, lenta, pero fatal, que experimentó el latín al convertirse en cas-

tellano, o, según otros, al modificarse el primitivo lenguaje de Castilla, merced a la influencia poderosa del latín. Esto hubiera sido más provechoso que traducir incorrectamente las *Georgias* de Virgilio o las *Epístolas* de Cicerón con su enrevesado hipérbaton; pero si aun hoy no nos damos por convencidos, ¿cómo querríamos que el Duque de Rivas llevase a cabo una reforma tan trascendental en 1836? Bastante hizo con romper valientemente una lanza en defensa de la educación moderna, arrojando el anatema de los latinistas furibundos.

*
* *

Son notables y requieren mención especial las disposiciones siguientes:

Creación de la Escuela de Ingenieros de Minas (23 Abril de 1835); de la de Ingenieros Geógrafos (1.º Mayo 1835); de la de Ingenieros de Bosques (de igual fecha que la anterior); constitución del Cuerpo de Ingenieros civiles (30 Abril 1835); de la Escuela Lancasteriana (31 Agosto 1834); del Colegio Científico (19 Noviembre 1835).

Reglamento de la Escuela Normal de Instrucción primaria (27 Mayo 1837).

Reorganización del Museo de Ciencias Naturales (11 Setiembre 1837).

Creación del Colegio Nacional de huérfanos de patriotas muertos en defensa del trono de Isabel II (29 Octubre 1835 y 28 Marzo 1839).

Y téngase en cuenta que todas estas disposiciones se dieron hallándose exhaustas las arcas del Tesoro y encendida la guerra civil, que absorbía la atención del Gobierno y del espíritu público.

También se mandó (22 Marzo 1837), siendo Ministro don Joaquín María López, que se entregase a la Biblioteca Nacional un ejemplar de cada una de las obras que se imprimiesen, disposición que sigue cumpliéndose.

La idea, en honor de la verdad, no era nueva, pues ya la había establecido la ley II, título 19, libro 8.º y las leyes XXXVI a XXXVIII, título 16 del mismo libro, comprendidas en la *Novísima Recopilación*.

*
* *

No cabe duda de que somos apegados a las prácticas antiguas; y maestros de 1834, no queriendo ceder ante la evolución que la cultura había experimentado en su época, seguían empleando el castigo de azotes, que de tiempo inmemorial constituía, según ellos, el mejor correctivo para los niños díscolos u holgazanes. Cristina, por Real orden de 25 de Agosto de aquel año, prohibió «el castigo de azotes en los colegios y casas de educación, exhortando a los maestros para que corrigiesen los defectos de los alumnos por medios que no pudieran producir funestas consecuencias en lo físico ni en lo moral».

Lo triste del caso es que esta disposición la habían ya dado como ley las Cortes de Cádiz, en 17 de Agosto de 1813, y los maestros, al venir la reacción política de Fernando VII, volvieron a sus antiguas prácticas, por considerarlas más saludables y beneficiosas para sus discípulos.

Pero hay otra circunstancia más triste aún, y es que la Real orden de Cristina hubo necesidad de reproducirla en 31 de Enero de 1837, sin duda por efecto de que los encargados de la enseñanza no querían prescindir del antiguo axioma que decía: «La letra con sangre entra.»

En otro orden de ideas, pero con el mismo criterio de cultura, por Real orden de 31 de Enero de 1837 abolió Cristina la prueba llamada *limpieza de sangre*, necesaria para emprender algunos estudios y carreras; y más adelante (24 Febrero de 1840) tuvo el buen acuerdo de derogar la cláusula del Reglamento del Colegio de Medicina y Cirugía, que exigía el certificado de la legitimidad en la matrícula de los alumnos.

Todavía usaban los estudiantes, en tiempo de Cristina, el

traje talar, que resultaba anacrónico, antiestético y, lo que es peor, sucio, porque la clase estudiantil, en aquellos tiempos, no pretendía, desgraciadamente, alardear de limpieza, y así era más respetado el que más deteriorados llevaba los manteos.

Decía el periódico *El Artista*, no sospechoso, toda vez que lo dirigían D. Eugenio de Ochoa y D. Federico Madrazo:

«Con las prácticas y tradiciones escolares de tiempos no muy ilustrados, han conservado el traje (los *estudiantes*) de sus mayores; traje ridículo, emblema de la esclavitud de las disciplinas, reminiscencia de la férula eclesiástica. Pocas cosas me parecen comparables, en punto a ridiculez, con esos sombreros de forma enigmática, que cuanto más mugrientos y despedazados, pasan por más galanos, y esos manteos siniestros, ajenos de una institución civil.»

Esta reforma, que debía haberla realizado Fernando VII, estaba reservada a Cristina, y por Real orden de 3 de Octubre de 1835 dijo:

«Convencida de que el traje talar, usado actualmente, no está ya en armonía con las costumbres del siglo; de donde resulta que, lejos de presentar la economía que se habían propuesto en su origen, aumenta hoy inútilmente los gastos de los jóvenes, y los acostumbra al desaliño y desaseo, impropios de las personas bien educadas, he tenido por conveniente prohibir a los alumnos de las Universidades, exceptuando los que estuviesen ordenados, el uso de la ropa talar.»

La Real orden había que cumplirla, porque las costumbres lo reclamaban; pero lo que decidió el éxito fue la traslación a Madrid de la Universidad de Alcalá, por otra Real orden de 29 de Octubre de 1836, siendo Ministro del ramo D. Joaquín María López. Una vez en Madrid, el estudiante de Facultad tuvo que acomodarse a las exigencias del medio en que vivía, cambiando los manteos por el gabán entallado y el sombrero de copa.

La Universidad se instaló provisionalmente en el *Seminario de nobles*, un edificio que estaba situado en lo que hoy es

Laboratorio de Ingenieros militares, en la calle de la Princesa; después se establecieron algunas cátedras en el Convento de Salesas Nuevas (calle de San Bernardo), cuya iglesia se convirtió en Paraninfo, y, por último, pasó aquel centro docente a ocupar el ex-convento del Noviciado de Jesuítas, en la misma calle donde hoy se encuentra, aunque reconstruída la finca.

CARLOS CAMBRONERO

LA GUERRA FRANCO - ALEMANA DE 1870 Y 1871

XII

La batalla de Coulmiers.

¿Por qué los bávaros del cuerpo de ejército de von der Tann hablan tan gustosos de Coulmiers?

¿Por qué, entre más de diez y ocho encuentros felices, figura esa batalla que perdimos entre los mejores recuerdos, y por qué mis hombres y yo nos glorificamos de ella más que de una gran victoria?

¿No nos batimos en retirada (¡la única vez, a Dios gracias!), abandonando al enemigo el campo de batalla, y dejando a su merced nuestros muertos y nuestros heridos?

Es porque en Coulmiers demostramos que sabíamos combatir contra fuerzas superiorísimas, y que, conducidos por un jefe incomparable como von der Tann, éramos capaces de realizar las mayores cosas que sea posible pedir a unos soldados: defenderse con la convicción de que a cada momento puede ser cortada la retirada, luchar todo un día contra efectivos cinco veces superiores, batirse luego en retirada, en buen orden, como en unas maniobras, a pesar de las fatigas y privaciones anteriores, suficientes por sí solas para desalentar a los más intrépidos.

Todas estas dificultades las vencieron los bávaros de von der Tann y los jinetes prusianos del conde de Stolberg.

Así, pues, hay que descubrirse ante la batalla de Coulmiers. El lector comprenderá ahora por qué gustamos de recordar ese día memorable.

Pensé al principio, para comenzar este capítulo, hacer una descripción detallada y esencialmente militar de la batalla; pero abandoné este proyecto, reservándome el enviar, a los que quieran estudiar más detenidamente la cuestión, a la obra de Hellwig: *El primer cuerpo de ejército bávaro durante la guerra de 1870-1871*, y a las notas del Estado mayor.

Allí leerán que tuvimos que soportar durante todo un día los asaltos de fuerzas superiores en 75.000 hombres a las nuestras, bajo las órdenes de Aurelio de Paladines, y que nos vimos obligados a retirarnos al Norte sobre Toury, lo que no fue a consecuencia del combate sostenido cerca de Coulmiers, frente al Oeste, sino únicamente porque quisimos evitar un nuevo choque de 35.000 franceses mandados por Martín de Pallières. y que venían del Sureste sobre nuestra retaguardia.

Con esta retirada evitamos ser encerrados en la red.

Aquellos a quienes pudiera interesar la táctica seguida por los franceses, no tienen más que echar una ojeada sobre mi libro: *El primer ejército francés del Loire*.

Mis compañeros, para los que están escritas estas líneas, y que las han igualmente vivido, se alegrarán seguramente de conocer las impresiones de otro, y me perdonarán que hable otra vez de mí...

.....

El 7 de Noviembre tuvimos ya un ligero saboreo de lo que iba a pasar.

Los franceses no habían cesado de renovar sus ataques contra nuestras patrullas en el bosque de Marchenoir; nuestros jinetes tropezaban en todas partes con tropas enemigas, cuya actitud ofensiva debía hacernos reflexionar, ya al Sur, sobre el Loire, cerca de Beaugeney, ya al Oeste de Orleans, cerca de Cravant, Charsonville, Prenouvellou, o al Nordeste de nuestra posición, en la carretera de Châteaudun.

Los mismos informes nos llegaban del Este y del Sur, de los alrededores de Gien y del Sologne, todos de acuerdo para confirmar que en torno de nosotros se formaba una ruda tormenta, que no tardaría en estallar en los alrededores de Orleans.

Esperarla tranquilamente no convenía a von der Tann ni al general de caballería Stolberg.

Este último recibió la orden de ir a hacer un reconocimiento tras la cortina de las avanzadas enemigas, en el bosque de Marchenoir.

Tomó consigo dos regimientos de húsares silesianos, el primer batallón de cazadores, un batallón del 13.º de infantería bávara y dos baterías de artillería, y marchó animosamente, dejando de reserva los coraceros bávaros.

El destacamento pasó por Ouzouer-le-Marché, avanzó hasta Chantôme, y allí se encontró con siete batallones de la brigada de Bourdillon, con la caballería del general Abdelal y con un cuerpo de cazadores. Habíanse juntado a estas fuerzas algunos franco-tiradores, satisfechos, ellos también, de atacar a nuestros débiles efectivos.

Evidentemente, no se acercaron demasiado; nuestros húsares, nuestros cazadores y los hombres del 13.º se mostraban de tal manera decididos a no dejarse arrollar, que los franceses, tras algunas tentativas fracasadas, renunciaron a entablar más amplio conocimiento con semejantes bravos.

A pesar de todo, nuestro destacamento hubo de volverse; su misión había terminado; sabíamos que el enemigo era numeroso y que, por haberse mantenido así vigorosamente, era indudable que tenía intenciones ofensivas.

Nosotros—aludo al Estado mayor—estábamos a retaguardia en la Chapelle con el 3.º regimiento de línea.

Por la tarde del 7 dimos un paseo a Chaingy y más allá, a fin de darnos cuenta de si el destacamento de Stolberg tenía necesidad de ayuda.

Como la necesidad no se hacía sentir, volvimos a nuestro acantonamiento, al que llegamos a las nueve.

Tuve la suerte, en cuanto llegué, de verme obligado a montar de nuevo a caballo; ardía de impaciencia por conocer cosas más precisas sobre el combate.

Recorrí en una galopada los once kilómetros que hay de la Chapelle a Huisseau-sur-Mauve, me enteré de lo que quería, y a las once y media estaba de vuelta en mi campo.

—Oiga, Tanera, tiene usted que llevar estos datos a la división; yo no tengo tiempo de ir, porque aún he de escribir el informe acerca del combate de hoy.

Así me recibió el ayudante mayor de la brigada.

Dicho y hecho; mandé sacar de las cuadras un corpulento bayo, un caballo de servicio, y le hice trotar hasta Orleans. Allí me entregaron órdenes para el día siguiente, que me llevé, y a las tres de la mañana podía por fin meterme en la cama.

De ella me sacaron demasiado pronto, porque había mucho que hacer.

A las siete y media de la tarde llegó repentinamente la orden de concentrar en seguida la brigada en Chaingy.

A partir de aquel momento, empezaron horas inolvidables, horas de ruda tarea, como no había de encontrar más, ni siquiera el 2 de Diciembre, en que, sin embargo, las viví duras.

El general von der Tann había decidido, en la mañana del 9 de Noviembre, dirigirse inmediatamente al encuentro de las tropas francesas que se hallaban al Oeste de nuestra posición; quería obrar bruscamente mientras que aquéllas estuvieran todavía solas, a fin de evitar el ejército que se mantenía al Este y ser cogido en una ratonera.

Los franceses debían tener la idea de imponernos allí algún Sedán de su gusto.

Pero nosotros no les habíamos prestado nuestro Moltke, y Tann comprendió prontamente las tales intenciones, con lo que desbarató las más gratas esperanzas del enemigo.

Me enviaron, desde el principio de la acción, a una de las alas, mientras que mis compañeros del Estado mayor se dirigían a otros puntos; nos encontramos a media noche en

Chaingy, al mismo tiempo que nuestra brigada, a la que estaban adjuntos dos escuadrones y tres baterías.

Solamente los cazadores estaban de vanguardia.

Me alojé como pude en el acantonamiento, y me disponía a llevar mi caballo a una cuadra, cuando de pronto nos llegaron noticias muy importantes de la caballería de las avanzadas.

Siguió una orden prescribiendo a la división la inmediata marcha sobre Château Montpipeau y la granja de Descures.

La noche era la más negra que se puede imaginar; caía, por añadidura, una lluvia fina, y el frío empezaba a sentirse.

—¡Tanera! Tiene usted que llevar inmediatamente estas nuevas órdenes a la división, la cual debe de hallarse actualmente en Ormes; si, por casualidad, no hubiese llegado, la encontrará usted seguramente entre Ormes y Orleans. Todo lo de prisa que pueda su caballo.

Esta misión me la confió el jefe de Estado mayor de la brigada, el capitán Xylander, un jefe a quien quería y estimaba mucho.

Cuando me dijo: «Todo lo de prisa que pueda su caballo», la cosa tenía que ser seria, porque no acostumbraba a exagerar.

Me orienté en mi plano a la luz de una mala linterna, monté a caballo y piqué espuelas.

Todo fue bien al principio, hasta el momento de entrar en los viñedos de Ingré; allí los caminos empezaban a entrecruzarse, al mismo tiempo que la oscuridad iba en aumento.

Por fortuna, había por allí, diseminadas a derecha e izquierda, bastantes casas de campo.

Entré en una y llamé al dueño, el cual no tardó en acudir completamente vestido, a pesar de lo avanzado de la hora: era la una de la mañana.

Tal vez esperaba a los «libertadores», y quedó desagradablemente sorprendido al ver un oficial alemán.

—¿Cuál es el camino de Ormes?—le pregunté.

Vaciló.

—Si no me contesta usted en seguida, le meto una bala en la cabeza.

Y empuñé el revólver.

Al oír esto, mi hombre salió de un salto, me condujo a una encrucijada y me enseñó muy complacientemente el camino.

Habíase hecho bien, al principio de la campaña, en prender fuego a algunas granjas; esto contribuyó a hacer a las gentes dóciles y obedientes; bastaba hacerse comprender y hablar claramente.

Cóntinué al galope; pero no tardé en detenerme de nuevo; el camino que acababa de tomar estaba lleno de tropas: era la 4.^a brigada, que se dirigía a Coulmiers.

Tuve que desgañitarme para que hicieran sitio.

Con esto, la oscuridad se había hecho mayor, la lluvia me tapaba la cara; los hombres, como en todas las marchas de noche, eran tardos, y no se movían hasta que los empujaban.

Luego fue la artillería. La maldije, en aquel momento, más que en toda mi existencia.

Concluí por pasar, a pesar de todo, y encontré por fin al Estado mayor, que no hacía veinte minutos que había llegado, y cuyo cuartel general estaba indicado por una débil linterna.

Las noticias que le llevaba anunciaban la llegada de numerosas fuerzas al Sur de Coulmiers, por la carretera de Blois a Orleans. Un oficial de la división comunicó inmediatamente esta importante nueva al Estado mayor del cuerpo de ejército.

Hube de esperar órdenes, en consecuencia, para llevarmelas.

Mientras tanto, el jefe de Estado mayor me hizo diferentes preguntas sobre la situación de la brigada.

Le contesté tanto más solícito, cuanto que, después de todo, era él quien mandaba la división. El jefe de ésta se hallaba ausente y enfermo; su substituto se hacía llevar en un coche; mi interlocutor, el teniente coronel Muck, era, pues, el único y verdadero jefe.

Tenía una manera peculiar, breve y concisa, de hablarnos; podía ser, según los casos, de una grosería inaudita o de una amabilidad extrema, conservando siempre el aire de un quimerista de la época de Wallenstein; muy preciso en sus palabras y en sus actos, sabía tomar en todas las circunstancias una decisión rápida.

No era a mí solo al que imponía, sino a todos, y hasta el punto de que después del general von der Tann y de nuestro «Viejo», era el jefe por el que más gustosamente me hubiera arrojado al fuego por la menor felicitación.

La respuesta del cuerpo de ejército llegó a eso de las dos.

—Aquí tiene usted, Tanera, la orden para su brigada; léala y llévela, lo más pronto posible, a su coronel (1).

Cuando Muck había dicho con su voz profunda: «lo más pronto posible», era que, realmente, no había que perder tiempo.

Había de tener en la vuelta menos dificultades que en la ida, tanto más, cuanto que nuestra brigada debía haber llegado a Montpipeau, y que para encontrarla no tenía que seguir siempre la carretera de Morée.

No fue como una seda, sin embargo, porque en la dicha carretera estaba ahora toda la 1.^a división, la artillería y lo demás; y, por añadidura, estaba todavía más obscuro que antes, si era posible.

Tuve que pasar por entre todas aquellas tropas al galope, y llegué, sin embargo y a pesar de todo, pero ¡cómo!

Las interpelaciones e injurias que oí durante el trayecto no me es posible relatarlas aquí; la colección es única.

(1) El jefe de nuestra brigada, el coronel Roth, no fue nombrado general hasta el día siguiente de Coulmiers, el 10 de Noviembre.

Un jefe de batallón, cuya sección de cabeza desbaraté por no hacerse a un lado pronto, me mandó parar y darle mi nombre. No hice caso; antes de que hubiera él podido darse cuenta, me encontraba ya lejos, había dejado atrás el batallón que le precedía, y estaba fuera de su alcance, harto cuidadoso como iba él para no átropellar a nadie. No conocía yo al jefe aquel; pero sus juramentos olían tanto al «antiguo bávaro», que ciertamente debía de ser de Munich.

Hasta las tres y media de la mañana no encontré a mi brigada; iba a entrar en aquel momento en Montpipeau.

Nuestro alto en esta localidad fue de corta duración, porque, apenas llegados, recibimos orden de dirigirnos más al Sur hacia Huisseau-sur-Mauve y Château-Préfort.

Mientras que marchábamos, oíamos el fragor de la batalla cerca de Baccon y de La Renardière; sin duda alguna, la jornada se anunciaba ruda.

De nuestro lado, la calma era absoluta.

Apenas instalados en Préfort, pusimos el pueblo en estado de defensa, y esperamos muy impacientes a los señores franceses, decididos a tributarles una acogida de las más calurosas.

Pero parece que sospecharon nuestras intenciones, y la brigada de Rebillard, que evolucionaba de vanguardia en nuestro frente, no quiso aventurarse a trabar conocimiento con nosotros.

Nos hallábamos a más de 11 kilómetros de nuestro cuerpo de ejército, sin ningún contacto con él; así es que continuamente iba uno de nuestros oficiales a la división para transmitirnos las órdenes que nos estaban destinadas. Por mi suerte, hube de hacer tres veces ese trayecto durante la batalla; me servía, ya de mi caballo negro, ya del bayo de servicio; pero, extenuados los pobres animales, no lograba hacerlos galopar en aquellas tierras blandas y labradas.

A la una nos ordenaron ir inmediatamente sobre Coulmiers, a fin de dar un poco de aire a la 1.^a brigada, que estaba a punto de ser literalmente sofocada. Marchamos al pun-

to, y confiamos a la caballería ligera la misión de cubrirnos contra la brigada francesa que se encontraba delante, misión que realizó, debo decirlo, lo más perfectamente del mundo.

En aquel momento no veíamos todavía nada del campo de batalla, oculto por los bosquecillos de Huiseau y de Creux; pero estábamos suficientemente informados por todo lo que oíamos; y, además, las nubecillas de blanco humo, cada vez más numerosas, que aparecían en el aire para disiparse pronto, nos decían bastante; las conocíamos por experiencia y, desde hacía mucho tiempo, no ignorábamos nada de los famosos shrapnels franceses.

A las tres, habíamos contorneado el bosque cerca de la Tuilerie y nos dirigíamos sobre Bonneville.

Nos hallábamos por fin en medio del campo de batalla.

Jamás, y, sin embargo, hemos visto muchas cosas, he asistido a semejante lluvia de proyectiles de toda especie. Ciento cincuenta cañones franceses formaban a nuestro alrededor un medio círculo de fuego, y parecían querer cubrirnos de hierro.

El general von der Tann permanecía con su Estado mayor en medio de aquella granizada; algo más delante estaba el Estado mayor de nuestra división.

El 3.^{er} batallón del 12.^o, que marchaba a la cabeza, se lanzó inmediatamente al parque de Coulmiers, a fin de tener a raya a la división francesa Barney, puesto que nuestra 4.^a brigada, atrozmente combatida, no podía ya contenerla en su avance.

El 3.^{er} regimiento de línea y el 1.^o de cazadores que, desde el amanecer se estaban batiendo en Baccon y otras partes, fueron a ocupar la linde Oeste del bosque de Montpipeau, y la batalla se reanudó ruda.

Mientras tanto, nosotros, los del Estado mayor, corríamos de derecha a izquierda, y transmitíamos órdenes todo lo rápidamente que lo permitían aún las piernas de nuestros caballos. Asistí a una escena penosa.

E. M.—*Diciembre 1914.*

También nuestra impedimenta había salido poco a poco del bosque y avanzado a la carretera.

Cayeronle encima varios obuses franceses, destrozando bastantes vehículos, derribando a tres o cuatro caballos y matando a algunos conductores.

¡Con qué rapidez dió media vuelta! Jamás hubiese creído tan ligero al tren de bagajes; en un abrir y cerrar de ojos, desapareció de nuevo en el bosque.

Tampoco olvidaré a un escuadrón de húsares negros.

Tres veces cayeron los obuses en sus filas; un ruido sordo, unos relámpagos y luego unos trozos dispersos, con espantoso destrozo de jinetes y caballos.

Tranquilamente y al paso, el escuadrón se adelantó unos metros, para no tener en medio el informe montón de hombres y animales confundidos.

Dos húsares solamente se apearon, por orden de su jefe, para socorrer a los que habían caído. Aparte de esto, nadie se movió, todo el mundo estaba alineado como con un cordel.

Esta escena se reprodujo tres veces, pero ni uno se movió de su puesto en el escuadrón.

Con semejantes jinetes se puede sacar al diablo del infierno; hoy comprendemos por qué en la jornada de Coulmiers huyeron ante sus ataques los franceses tan desesperadamente.

El estrépito era indescriptible. Los hombres, exaltados hasta el delirio, no habían asistido nunca a semejante prueba; sus nervios estaban por extremo sobreexcitados.

Dos personajes comunicaban con su actitud una impresión de calma sobrehumana a cuantos les rodeaban: el general von der Tann y el jefe de Estado mayor de nuestra división, el teniente coronel Muck.

Este último, sobre todo, debía tener aquel día nervios de acero; lo que decía nos parecía tan claro y preciso, se mostraba tan tranquilo, que hubiésemos podido creernos sentados a la mesa en la Herzog-max-Burg de Munich, alrededor de un Kriegspiel que él hubiera dirigido.

Y, sin embargo, lo que le ocupaba en aquel momento no tenía aspecto de juego.

Con seis débiles batallones tenía que defender Coulmiers, Ormetan y Beaurichard, contra los veinte batallones de las brigadas enemigas de Aries, Ganlard y Berard, hasta que nuestra ala izquierda se viese completamente desembarazada de los acosos de la división francesa Peytavin y de la brigada de caballería Boerio.

Y se mantuvo firme; no vaciló en pedir a sus tropas aquel gigantesco esfuerzo, convencido como estaba de antemano de que no flaquearían; y no flaquearon. Los bávaros se mantuvieron firmes con él; ahí está para decirlo el cementerio de Coulmiers, y nosotros estamos orgullosos con justa razón.

El estruendo era cada vez mayor en Coulmiers y en la dirección Sur, cuando se produjo, procedente del Norte, un nuevo ataque contra nuestra ala derecha.

Era el almirante Jáureguiberry, que con su división, compuesta de trece batallones, esperaba cortarnos la retirada por el Sur.

Pero no pensó en todo; no pensó en la caballería del Conde de Stolberg, tan solícita en la transmisión de noticias, ni en el general von der Tann, que sabía dar las órdenes a tiempo, ni en el general van Orff, que estaba de reserva con cuatro batallones, y empezaba a impacientarse por haber permanecido tanto tiempo en una inacción forzosa.

Este último, percibiendo la ocasión de un ataque afortunado, corrió a von der Tann.

—Mi general—le dijo,—permítame vuecencia que me lance al encuentro de la división enemiga y la arrolle.

El general reflexionó unos instantes; parecíale difícil suprimir sus reservas, pero concluyó por conceder el permiso pedido.

Orff se puso inmediatamente en marcha; se lanzó resueltamente al encuentro de los franceses de Jaureguiberry, cuatro veces superiores en número, y los obligó a detenerse tan bru-

talmente, que se vieron obligados a ir a reponerse algo atrás, dejando en el terreno numerosos muertos y heridos.

Este avance de la brigada Orff tuvo por resultado esencial impedir que el enemigo nos atacase por el Norte y nos cortase la línea de retirada; no bastaba, sin embargo, para darnos la victoria; la superioridad numérica de los franceses, sobre todo en artillería, era excesiva.

Hay que reconocer de paso que su artillería tiraba el día aquel perfectamente bien; sus obuses caían sobre nuestras tropas como una granizada y sin interrupción. No era posible hallar en el campo de batalla el menor rincón para escribir una nota, sin verse en seguida salpicado por el polvo y el lodo que enviaban los fragmentos de obuses.

Para siempre me quedará grabada en la memoria una espantosa imagen.

En una piedra de los campos, cerca de la granja l'Hôpital, al Norte de Bonneville, estaba sentado, sostenido por uno de sus soldados, el mayor Mecher, del 20.º de infantería; sujetaba con ambas manos los restos de su vientre, desgarrado horriblemente por un obús.

Tuvo todavía fuerzas, gracias a su enérgica voluntad, de dominar sus atroces dolores y dictar a su compañero diferentes cosas, cartas a su familia probablemente, luego cayó y murió...

.....

Nuestra artillería defendíase esforzadamente; pero, ¿qué podía contra fuerzas cuatro veces superiores? Tuvo por fin que ceder.

Nuestros artilleros hicieron verdaderos prodigios, no solamente con sus cañones, sino como soldados; así, ciertas baterías, en el momento de abandonar sus posiciones, formaron líneas de tiradores para contener al enemigo, hasta que los conductores hubieron puesto las piezas a salvo.

Dice esto la resistencia de que la artillería bávara dió prue-

bas frente al enemigo; afortunadamente, poco antes había sido dotada de cincuenta fusiles Chassepot por batería.

¡Qué sorpresa tendrían los franceses cuando sintieron que les agujereaban la piel sus propios proyectiles!

Es probable que en esto, como en otras cosas, gritaran: ¡traición!

En este duelo de los artilleros cayó, mortalmente herido, mi bravo compañero Laszberg.

A eso de las cuatro, el combate pareció moderarse un poco; sólo los cañones franceses continuaban con la misma fuerza segando nuestras filas, ya bien claras.

La enorme superioridad numérica del enemigo había de aumentar aún: noticias procedentes del Este nos informaban de que el general Martín des Pallières avanzaba a toda prisa con 35.000 hombres, en dirección de Orleans y por nuestra espalda.

¿Había llegado el momento de pensar en la retirada?

Ciertamente, hubiéramos podido seguir combatiendo durante mucho más tiempo aún, y hasta el agotamiento. Pero, ¿para qué?

Hoy nos batíamos frente al Oeste contra 75.000 franceses; mañana tendríamos que defendernos de 85.000 hombres de tropas de refresco, procedentes del Este, y von der Tann no tenía más, en todo y para todo, antes de la batalla, que 14.543 infantes, 4.450 jinetes y 110 cañones, disminuidos además con las pérdidas sufridas.

Todos los que conocieron a nuestro general, aquel hombre de corazón, el caballero sin miedo y sin tacha, el vencedor de Hoptrup en Silesia, el que siempre nos condujo a la victoria en Worth, en Beaumont, en Remilly, en Sedán, en Ardenay, en Orleans, pueden formarse una idea del valor que necesitó para tomar la decisión suprema.

Fue lo bastante fuerte para dominarse (¿no es esto también una victoria?), y dió la orden de retirada.

Por mi parte, me siento tan satisfecho y tan orgulloso de

haber participado de esta última parte de la batalla, que no quisiera por nada del mundo cambiar de puesto con algún compañero que no hubiese tenido la suerte de batirse en retirada en Coulmiers.

Por raro que esto parezca, así es.

Nos la habían pintado en la Escuela de Guerra como la peor de las calamidades: las tropas a la desbandada, en todos sentidos, sin orden ni concierto, indisciplina, pérdida de armas, pillaje de los convoyes, etc., etc., otros tantos horrores que se complacían en describir ante nuestros jóvenes espíritus.

Ahora bien; a nosotros nos ocurrió precisamente lo contrario; imposible comportarse mejor en un campo de maniobras que como se comportaron, el 9 de Noviembre, las tropas de von der Tann y los jinetes de Stolberg cuando se replegaron ante el número, acosados por los obuses que caían en sus filas.

Primeramente se alejó nuestra ala izquierda, la 1.^a brigada; luego el centro, la 3.^a y la 4.^a; por último la brigada Orff, que resistió a la brigada Jaureguiberry, hasta que todo el mundo se hubo replegado. Retirada brillante.

Cada batallón aguardaba su vez, hacía entonces una postrera descarga, dejaba lentamente la línea de fuego, se reunía de nuevo frente al enemigo, daba media vuelta y echaba a andar con las armas al hombro, con paso tan cadencioso, que el suelo hubiera resonado de no estar tan mojado.

¡Qué orden! Nunca he visto a nuestros bravos cazadores tan disciplinados como entonces. Era la primera vez que los encontraba desde el principio del combate; el batallón había estado constantemente suelto.

El «Viejo» seguía. Me pareció más agigantado que de costumbre. Cuando caía un obús en sus filas, ni siquiera se tomaba el trabajo de volver los ojos para medir los efectos del desastre.

Los hombres tenían expresión de todo menos de miedo; estaban exasperados, y, de no haberles contenido el deber de la obediencia, se hubieran vuelto gustosos contra Coulmiers y

Baccon, decididos a acabar con el enemigo a toda costa, si no con sus fusiles, por lo menos con sus cuchillos, sus puños y sus dientes.

Conveniente era que en aquellos momentos no se encontrase uno de los nuestros con tres franceses en cualquier punto del campo de batalla; los hubiera estrangulado, sin otra forma de proceso.

Y así fue como nos batimos en retirada, muy diferentemente, a la verdad, de lo que nos habían dicho en la Escuela de Guerra y de lo que hicieron en realidad los franceses.

Nuestros enemigos no tuvieron la satisfacción de coger uno solo de nuestros fusiles sino en manos de un muerto, ni una mochila ni un casco, como no fuese al lado de un herido incapaz de levantarse para seguir su tropa cojeando.

He conservado, entre otros, el recuerdo de un húsar que llevaba auestas todo el arnés de su caballo muerto, y así hizo a pie el trayecto de Toury.

Uno de nuestros mayores pesares fue dejar en poder del enemigo a los compañeros caídos en la batalla.

Había ambulancias que se quedaron atrás para realizar su tarea; pero no impidió esto que fueran muchos los heridos hechos prisioneros por los franceses.

Verdad es que no hicieron otros.

Es decir, sí; me olvidaba de los asistentes de nuestros desgraciados oficiales heridos que cuidaban de sus amos en los hospitales de Orleans.

Estos fieles servidores, entre otros el de mi amigo von der Tann, fueron valientemente hechos prisioneros y transportados a Pau o a la isla de Oleron.

En cuanto a los oficiales heridos, que se las compusieran como pudiesen.

Si hoy me enorgullezco de haber tomado parte en la batalla de Coulmiers, debo reconocer, sin embargo, que en cierto momento de la famosa jornada mi buen humor desapareció un tanto, cosa que se puede comprender: el combate desgra-

ciado, de una parte, y luego, sobre todo, el extremo cansancio.

No me había apeado del caballo ni cesado de galopar, hasta el punto de que los pobres animales que hacía alternar en la faena no podían literalmente más.

Quien no haya hecho semejante jornada no puede formarse una idea de ella.

No había comido, desde hacía veinticuatro horas, sino una onza de chocolate, ni bebido más que un sorbo de aguardiente.

¡Si siquiera hubiéramos tenido la perspectiva de poder descansar y reponernos pronto!... pero nada de eso.

Llegamos a Genigny, luego a San Segismundo.

Aquí, nuestra brigada, que formaba la retaguardia, con la 5.^a brigada de caballería prusiana (general Baumbach), tuvo que detenerse para dar paso a todas las tropas de la 1.^a división.

Aproveché el alto para charlar un poco con algunos oficiales de húsares verdes; pero nuestra conversación duró poco; me rogaron que llevase una orden a nuestro destacamento de artillería.

—Tenemos que volver a andar, mi bravo Orleans—dije a mi caballo.—¡Qué miseria!

Y como no quería que mis compañeros de los húsares vieran lo fatigados que estábamos ambos, salí al paso, y no emprendí el trote hasta que estuvimos completamente al abrigo de sus miradas.

No hubo que pensar evidentemente en galopar.

Durante el trayecto fui el autor involuntario de una equivocación lamentable, que todavía me molesta hoy cuando la recuerdo.

Acababa de encontrar al 1.^{er} regimiento de infantería y reconocer de paso a mi antiguo compañero de la Escuela de Guerra, von Saszberg. Creyendo que sabía ya la muerte de su hermano, me creí en el caso de expresarle la parte que tomaba en su dolor.

—Saszberg—le dije,—recibe mi más vivo pésame; lamento muy sinceramente la desgracia, porque quería mucho a tu hermano.

—¿Qué quieres decir?—me contestó él.—Mi hermano está allí, en medio de su batería.

¡Cómo me dolía el haber revelado tan crudamente la verdad al que no sospechaba nada! Traté de dirigirle palabras de consuelo; pero el infeliz estaba tan afectado, que no me creía; eran dos hermanos que se querían entrañablemente.

Llegaron otras noticias no menos tristes: mi compañero de escuela, von Riedel, había también caído, y, ¡cuántos otros!

.....
Llegué a San Segismundo a las once y media de la noche.

El teniente Lobenhofer, del 12.º, que era el ayudante de órdenes más antiguo de la brigada, me había reservado algo de comer, lo que le agradecí profundamente.

Ya le debía muchas cosas: él fue quien me puso al corriente de mis nuevas funciones; me había dado también más de un buen consejo, y, como compañero de más edad, predicando con el ejemplo, hizo mucho por mi educación militar, mucho más de lo que él mismo se imaginaba.

Pero la buena recepción de mi amigo no llegó hasta permitirme el sueño.

Nuestro cuerpo reanudó la marcha a media noche, y anduvo otros 36 kilómetros, pasando por Saint-Peravy, Romilly, Villardu, L'Encornes, Songy, Murville, Antroches, Artenay, Château Gaillard, Toury y Tivernon.

Nadie nos censurará porque no llegásemos allí perfectamente dispuestos. Llevé mi caballo a la cuadra, y sin tomarme siquiera el cuidado de atarle, me dejé caer a su lado, en la paja, y me quedé al punto dormido.

Cuando, horas después, me desperté, mi caballo dormía junto a mí, completamente embridado y ensillado.

Así terminó para mí la jornada de Coulmiers, la más ruda ciertamente que nunca haya vivido. Tuve que permanecer cincuenta y una horas montado, ya en un caballo, ya en otro, sin recibir alimento o casi nada, al mismo tiempo que obligado a vencer las dificultades más penosas que haya podido encontrar.

Nos repusimos, sin embargo, prontamente.

Permanecimos tres días en nuestros respectivos acantonamientos; el Estado mayor de la brigada, en casa del alcalde de Tivernon, donde fuimos muy bien recibidos.

El 11, todo el cuerpo de ejército había recobrado sus bríos y se hallaba de nuevo en excelente disposición.

Después de haber dormido suficientemente, fortificamos nuestros acantonamientos y nos pusimos a esperar con impaciencia la venida de los franceses.

Pero no vinieron.

El ejército de Martín de Palvières entró en Artenay, pero no se atrevió a aventurarse más; en cuanto al de Aurelio de Paladines, se hallaba aún, el 10, a medio día, cerca de Coulmiers, y fortificaba sus posiciones para no ser desalojado.

Fue un sacerdote, enviado por el obispo Dupanloup de Orleans, quien, durante la mañana, emprendió el trayecto de Saint-Perany a Coulmiers, «como por casualidad», para informar al general de dónde estábamos.

Este no dió crédito a sus oídos; sin embargo, como no veía ya en toda la región ni un bávaro ni un prusiano, tuvo que rendirse a la evidencia.

¡Qué lástima que no vinieran! Hubiera habido un buen jaleo.

Hubiésemos recibido, al amparo de nuestras posiciones fortificadas, a las masas reunidas de los dos ejércitos franceses, compuestos de más de 100.000 hombres, y no lo hubiéramos lamentado ni mucho menos...

Pero lo sabían bien, y no vinieron.

XIII

El combate de Thiron-Gardais.

(21 Noviembre 1870.)

Los días que siguieron a Coulmiers no pertenecen a mis mejores recuerdos.

El cuartel general de Versalles dió crédito a los informes del general von der Tann anunciando la aproximación de un fuerte ejército francés; pero no fue posible distraer ninguna tropa de las líneas que sitiaban a París, hasta que no hubiese llegado el segundo cuerpo pomeriano, que se trajo por ferrocarril después de la rendición de Metz.

Eramos esperados el 10 de Octubre en Toury por la 22.^a división, que mandaba el general Wittich, pero puesta ya bajo las órdenes superiores del general von der Tann.

Aquel mismo día tuvimos la satisfacción de saber la llegada de la 17.^a división mecklemburguesa, que venía de París, mandada por el general Treskow y acompañada de la brigada de caballería Ranch.

El mando de todas las fuerzas del Loire, aumentadas así en cerca del doble, fue entonces confiado al gran duque de Mecklemburgo.

Los franceses, naturalmente, pronto informados del esfuerzo de las tropas alemanas, moderaron considerablemente el ardimiento con que a toda costa querían marchar sobre París.

También esperaban ellos recibir nuevos refuerzos.

El infatigable Gambetta parecía sacar soldados de la tierra; diariamente llevaba al ejército del Loire nuevos contingentes que le hacían crecer como un alud.

Cierto es que estas tropas, poco hechas, no eran peligrosas sino por el número.

El plan de Aurelio de Paladines, el animoso jefe de los cuerpos franceses del Loire, era, evidentemente, avanzar sobre Versalles, tomando una dirección ligeramente más al Oeste.

Pero digamos de paso que a todos los generales franceses los animaba el mismo deseo de atribuirse el mérito de ser el primero en dispersar al ejército que sitiaba a París.

Nuestro principal deber era, por lo tanto, ser un obstáculo a tales proyectos, mientras que no nos llegase de Metz el ejército del príncipe Federico Carlos, que había también de reforzar el del Loire y permitirnos reanudar la ofensiva.

Chartres había sido elegido por el gran duque de Mecklemburgo como centro de sus posiciones de espera, desde donde podría, según los casos y su voluntad, dirigirse al encuentro de los franceses que llegaran de Orleans, de Châteaudun o del Mans.

Entonces empezó para nosotros, mientras que buscábamos al enemigo, aquella excursión de tres semanas, que debió llevarnos finalmente a Orleans después de habernos hecho dar un gran rodeo hacia el Oeste. Ibamos de derecha a izquierda sin tregua ni descanso, encontrando por todas partes tropas frescas, al Noroeste, al Oeste, al Suroeste, al Sur o al Sureste.

Del ejército del gran duque de Mecklemburgo sólo nosotros, bávaros y prusianos, permanecíamos siempre iguales a nosotros mismos, un poco menos numerosos, sin embargo, tras de cada nuevo ataque.

Por añadidura, el tiempo era cada vez peor; y como no teníamos ni tiempo ni medios para renovar los uniformes y el calzado, puede comprenderse que tras la espantosa marcha alrededor de Chartres, más bien parecíamos pertenecer a cualquier cuerpo franco que a un ejército regular alemán.

Pero, ¡qué importa! No por eso cumplimos mal con nuestro deber hasta el final.

El 15 de Noviembre, por la tarde, fui encargado de organizar, en un pueblo llamado Landouville, el alojamiento de la 3.^a brigada de infantería bávara.

Landouville está cerca de Jadainville, a unas cuantas leguas al Norte de Chartres, casi a mitad de camino entre esta población y Dreux y a la altura de París; es uno de los raros

acantonamientos que, en mi diario de ruta, he calificado de «abominables».

En el transcurso del día, mientras que avanzábamos, no se había cesado de oír fuego de fusilería, con gran violencia sobre nuestro flanco izquierdo, en dirección de Dreux; cerca de Archères tuvimos que formar en batalla, no sabiendo si íbamos a tener la ocasión de caer, o bien sobre los franco-tiradores, cerca de Dreux, o bien sobre los marinos, al Oeste hacia Châteaunef-en-Thimerais, o, en fin, al Sur, entre el verdadero ejército del Loire, mandado por Aurelio de Paladines.

En estas condiciones, obligados a acechar tres lados a la vez, constantemente en escucha, no nos quedaba mucho tiempo para ocuparnos de nuestros acantonamientos; no sabíamos, llegada la marcha, en qué lecho podríamos reposar nuestros miembros fatigados, y teníamos que abandonarnos a la suerte con paciencia y resignación.

Aquel día, como he dicho antes, dimos en Landouville, cuyo solo recuerdo me inspira todavía formidable repugnancia,

Eran aproximadamente las cinco y media cuando entré al galope en la localidad; tomé en seguida posesión para mi Estado mayor, que había de llegar dentro de un cuarto de hora, de la casa que me pareció la mejor—¡era una choza de tierra!— y me puse sin tardar a acondicionar el interior de aquel pobre palacio.

Mi primer cuidado fue echar a las gallinas, que llenaban la habitación; hecho esto, me puse en busca de una cama algo decente para nuestro general.

Descubrí una. Por desgracia, examinada bien, vi que era ya el refugio de un gran número de habitantes de seis patas.

A ruegos míos, el ama consintió en dedicarse a la caza, para que nuestro general no fuese saludado, desde su primera ojeada, por aquellos amables compañeros de cama. Y, mientras tanto, inspeccioné los escasos armarios de la cabaña, y acabé por encontrar una sábana, que no me pareció muy usada; la propietaria hasta pretendió que estaba recientemente lavada.

Por fortuna, el general no miraba tan de cerca; esperaba yo que se atuviera a las afirmaciones de la mujer y no discutiese la blancura de la sábana, sobre todo por no haber en la vecindad un color análogo que permitiese hacer comparaciones.

Pero no tenía tiempo que perder.

—Señora, lave usted pronto la mesa; barra la suciedad de las gallinas; abra las ventanas, ¡vamos, pronto! Mientras tanto, yo haré la cama. Y sobre todo, le ruego que no escupa así en el cuarto.

Dicho y hecho; mi asistente preparó a escape para los caballos un espacio en las cuadras de Angias; la señora (el señor se había evaporado) frotaba todo a más y mejor; no me quedaba más que hacer la cama. Y debo decir que el teniente de cazadores bávaros, ayudante de órdenes del general Roth, se comportó como verdadera criada, aquella noche, en Landouville.

Empecé por golpear el colchón con la hoja de mi sable, a fin de alejar a los habitantes no expulsados todavía, y para igualar el espesor de la lana; luego puse la sábana, arreglé de la mejor manera la almohada, y, hecho esto, contemplé con ojos satisfechos el fruto de mi trabajo.

Preparé mi lecho en un antiguo sofá, cuyo respaldo sirvió durante mucho tiempo para otro uso; en cuanto al ayudante y al personal del Estado mayor, les destiné una amplia provisión de paja.

—¡Señor!—gritó de pronto mi patrona,—quieren invadir la casa.

—No se inquiete, viejecita—le repliqué;—no se invade así un tugurio como este, a menos que algún soldado alemán...

—¿Qué queréis?—grité a los que trataban de entrar.

—Mi teniente, buscamos un alojamiento para el coronel Schuch.

—Lo siento mucho, pero aquí se aloja el Estado mayor de la brigada. ¿No hay otra casa?

—Sí, mi teniente, pero son absolutamente inhabitables.

—Lo creo; pero ¿pensáis que la mía tiene aspecto de palacio? Buscad por otra parte.

En el mismo instante oí trote de caballos, y corrí a la ventana.

—Aquí, mi general; éntre usted, es la mejor casa del pueblo.

Entró el Estado mayor, pero aquellos señores no disimularon un gesto.

—No es gran cosa, mi general—añadí;—¿qué quiere usted? Pero con esta lluvia, más vale esto que acampar. Por lo menos, tendrá usted una cama; le aconsejaré, sin embargo, que no se quite el capote ni las botas, porque hay muchas corrientes de aire en este cuarto.

—Tranquilícese—me contestó el general;—no estaré del todo mal; pero ¿hay por lo menos algo que comer?

—En verdad que no lo sé, mi general; no he tenido tiempo de enterarme, pero lo voy a hacer en seguida.

Y salí al patio.

—¡Schwenninger!—grité,—vete a visitar el gallinero; mira también si hay en alguna parte un buen cerdo.

Yo fuí en persona a la bodega; había un poco de sidra, queso y un enorme pote de mermelada; desgraciadamente, ni el menor pedazo de pan.

Schwenninger echó mano a tres gallinas bien vivas, que se apresuró a decapitar y desplumar, con un ardor debido, sin duda, a la secreta esperanza de obtener su parte en el festín en perspectiva.

Pero no fue todo lo de prisa que yo deseaba, porque antes de que las gallinas estuviesen cocidas tuve que marcharme para asunto de órdenes, como todas las noches a la misma hora.

—Coma por lo menos un poco de queso—me dijo el general.

—Con mucho gusto—le contesté;—pero entonces, mi general, permítame que pruebe también la mermelada.

—¡Oh!, cuanto usted quiera; creo que por ese lado no tendrá usted muchos concurrentes.

Ataqué, pues, al enorme pote de mermelada, del que no

quedó pronto más que la mitad; pero como no tenía pan, me quedé harto, a pesar de mi gran facultad para resistir lo dulce.

Un vaso de sidra encima, y me encontré completamente listo para ir, al trote, á buscar las órdenes a Achères, donde estaba el Estado mayor de nuestra división.

Naturalmente, era la una y media cuando volví a mi punto de partida. Era una costumbre, como lo indica mi diario de ruta, que, en el mes de Noviembre, indica todos los días: de vuelta, a las dos de la mañana; de vuelta, a la una y treinta; de vuelta, a las dos y treinta, etc.; de manera, [que no dormí mucho durante el período del 7 de Noviembre al 13 de Diciembre siguiente.

Cuando no me ocurría, como en la noche del 17 al 18, sufrir una lluvia torrencial y tener que pararme de vez en cuando y hasta apearme del caballo, para mejor estudiar el cielo, en el que no se veía nada.

¡Oh Landouville, con su mermelada y tan mala cama!

El 18 de Noviembre fuimos a Ecuble, y atravesamos toda la región de Grand-Hanche.

A este propósito recuerdo una divertida historia.

Teníamos por delante a la 4.^a brigada, que evolucionaba en uno de esos lodazales que fueron legendarios después de las lluvias.

En el espacio que la separaba de nosotros, un general prusiano circulaba a caballo; había ascendido en el curso de la campaña; de suerte que todavía llevaba un uniforme de húsares, al que habían adaptado las hombreras de general.

Iba envuelto, como todos nosotros, en un amplio capote que le cubría de los pies a la cabeza. Mientras que marchábamos, dirigió la palabra a uno de nuestros hombres, del 13.^o, según creo.

—Oiga, bávaro—le dijo,—me parece que tu fusil está un poco tomado.

Nuestro infante, un hijo de la antigua Baviera, se conten-

tó con mirar de través al jinete, y luego, en voz fuerte, que todo el mundo hubo de oír, exclamó:

—¡Valiente imbécil! ¿Acaso un húsar entiende algo de nuestros fusiles? Anda de ahí... (y lanzó una expresión muy popular, pero nada elegante).

El general, que comprendió desde luego que el bávaro le había tomado por un simple soldado, se echó a reír de buena gana; luego se adelantó a la cabeza de su brigada, y le contó al general Rodolfo van der Tann, cómicamente traducida en buen alemán, la anécdota que acababa de ocurrirle.

Durante el primer alto, corrió por todo el vivac, donde yo lo supe.

En cuanto a nosotros, no sabíamos de qué reirnos más; si de la manera con que lo dijo el hombre del 13.º, o del modo, aún más divertido, con que lo tradujo en alemán el general prusiano.

A las dos y media el cañón se puso a tronar, más fuerte del lado Suroeste.

Ibamos en formación de batalla, esperando en vano los acontecimientos; no nos llegó ninguna noticia, y por añadidura nos envolvía una de esas nieblas infames, que no nos dejaba ver nada de lo que ocurría a nuestro alrededor.

Con esto tuve naturalmente que salir de reconocimiento.

Me puse en marcha, renegando de una orden más fácil de dar que de ejecutar, y realicé mi reconocimiento, pero Dios sabe cómo.

Empecé por dirigirme, por una miserable senda, hacia donde se oyeron los disparos; no vi ni oí nada; volví entonces sobre mis pasos en busca de la división.

Pero ésta, mientras tanto, había ido no sé adónde; me encontré, pues, solo con mi conciencia y mi desgraciado ordenanza, rodeado de una bruma negra como la tinta, perdido en un rincón del Perche, sin saber nada de mis tropas, que lo mismo podían haberse dirigido, según las circunstancias, hacia el enemigo que al Norte, al Oeste o quizá al Sur—situación muy

desagradable, y más desagradable aún por el hecho de que, desde hacía una hora, no se escuchaba ningún tiro, y ni siquiera se veía ya hacia qué lado se estaban batiendo.

¿Qué hacer?

Hice sencillamente lo que siempre debe hacer un ayudante de órdenes en semejante caso: dejé correr a mi caballo a su antojo, y me confié a la superioridad de su instinto.

Me dió la razón: después de haber vacilado un poco en sus primeros pasos, tornó a la izquierda y continuó en esta dirección; no tardé en oír algo que me permitió reconocer la presencia de cristianos en aquel desierto de niebla.

Avancé escuchando, cuando, de pronto, un mocetón enorme, una especie de gigante, surgió de las tinieblas y me gritó:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Tranquilité al hombre, me acerqué y reconocí a un centinela del 3^{er} regimiento de línea, de estatura corriente y, de cerca, no más alto que cualquier otro.

—¿Dónde está la brigada?—le pregunté.

—Ahí detrás, mi teniente; a unos 200 pasos de aquí.

—¿A qué hora dejasteis el punto de reunión?

—Esta mañana, mi teniente.

—Así es, amigo; pero no te pregunto lo que ocurrió esta mañana; quiero saber cuándo se puso en marcha la brigada esta tarde, después de formar en batalla, a eso de las dos y media.

—No nos hemos movido, mi teniente; la brigada continúa en el mismo sitio.

—¿Cómo? ¿Que la brigada está en el mismo sitio que hace tres horas?

—Sí, mi teniente; hasta se ha comido aquí.

—¡Vaya! ¿De manera que he de ir hacia la derecha?

—En efecto; allí, detrás de nosotros, se halla el puesto; a 150 pasos de él, el vivac de toda la división.

Fue una suerte para mí el haber dado con aquel inteligente muchacho; evidentemente, me había extraviado al volver-

me; estuve seguro de esto cuando, por fin, llegué, no al frente del vivac, sino a su flanco izquierdo; en suma, hube de recorrer a lo largo toda la división, sin advertirlo.

¿Adónde hubiera ido a parar, de no haber tenido mi caballo mejor olfato que yo?

Así, pues, compañeros, si alguna vez os ocurre esto, os aconsejo que digáis una palabra amable a vuestra montura; no os dejará en la estacada.

Cuando vi a mi general, no le dije, naturalmente, ni una palabra de mi error, y me limité a informarle de que no había visto enemigo alguno.

Pero, de todos modos, estaba avergonzado en mi fuero interno de haberme equivocado así.

En la noche de aquel día nos alojamos en Grand-Hanche, casi tan mal como en Landouville; fui, como de ordinario, en busca de órdenes, y volví a las dos y cuarto, para tumbarme en la paja, al lado de mi caballo.

El 19 fue día de descanso; es de recordar que el pueblo de Grand-Hanche, en donde se encontraba todo el Estado mayor de la división, ardió en gran parte, y que varios de nuestros caballos perecieron en el incendio.

Por la noche marché, naturalmente, en busca de órdenes; mi diario dice, con fecha del 19: «de vuelta, por la noche, a la una y diez»; con fecha del 20: «de vuelta a la una y quince»; con fecha del 21: «de vuelta a las dos y quince».

Necesitábase tener un buen temperamento para poder resistir así diariamente semejante falta de sueño. Pero era fuerte, y el trabajo de aquellos meses de Noviembre y Diciembre no tuvo otro efecto que hacerme adelgazar más y darme así mayor resistencia todavía.

Lo que no impidió que mis padres, cuando, en Enero, fui a casa herido, pretendiesen que yo no era más que un esqueleto.

El 21 tomamos de nuevo la dirección del Sur.

Nuestro acantonamiento en Duplessix-les-Fèvres, al Sur de

Courville, hubo de ser muy mediano, porque no hallo cerca de él ninguna anotación en mi diario de ruta.

Al día siguiente, por la mañana, partimos más temprano que de ordinario; pasamos por la Tourche, Billabon, Saint-Denis-des-Puits, Coimbres, y llegamos a las alturas cercanas de Hautes-Bourgères.

—¡Alto!

—¡Hola! Parece que allí abajo la cosa está que arde; ¿qué será ello?

Observábamos con ojos y con oídos; pronto supimos que la 1.^a división, que teníamos a nuestro frente derecho, se había metido cerca de La Tourche en un asunto serio.

—¿Cuál es ese cuerpo que tenemos delante?

—Sin duda alguna, la 4.^a brigada.

—¡Bueno! Mirad a los nuestros, que entran en línea también; veo moverse la caballería de vanguardia y la punta del 7.^o batallón de cazadores, que abre el fuego hacia Thiron-Gardais; y allá abajo un batallón del 10.^o, que avanza para reforzar la primera línea.

Nos esforzábamos en seguir la acción con nuestros gemelos; cada cual quería darse exacta cuenta de lo que pasaba.

Por desgracia, nuestra brigada formaba hoy la reserva de la división.

—¿Es muy serio, o no son más que bisonos?

—No importa, con tal de que los nuestros se mantengan firmes hasta que podamos intervenir a nuestra vez; esto es lo esencial. Pero ved que el ala izquierda del 7.^o batallón de cazadores se encuentra detenida; también al 10.^o le cuesta trabajo avanzar.

Y, en efecto, la violencia del fuego redoblaba de minuto en minuto; todo hacía creer que lo que se desarrollaba ante nosotros iba a ser muy rudo.

Empezábamos ya, en aquella época, a estar muy acostumbrados a los tiros y al olor de la pólvora; no pasaba día sin que uno o varios de nuestros batallones tuviese que romper

alguna resistencia, tomar un pueblo, expulsar al enemigo de su acantonamiento, antes de ocuparlo. No quedaban ya restos de aquella emoción de los primeros tiempos, cuando, al principio de la campaña oíamos la fusilería o el ruido del cañón.

Ahora, nuestro único cuidado era saber, lo más pronto posible, lo que ocurría, a fin de tomar las disposiciones que dictaran las circunstancias.

El día aquel no tardamos en reconocer que no se preparaba nada particularmente grave, porque el enemigo tardaba demasiado en mostrarnos su artillería; sin embargo, comprendíamos bien que íbamos a tropezar con una resistencia mayor que la de los últimos días.

—¡Teniente Tanera!

—¡Mi general!

—Sírvasse ir a ordenar al 1.^{er} batallón de cazadores que vaya a la prolongación del ala izquierda del 7.^o, y ataque vigorosamente al enemigo cubriéndole. Mientras tanto, el 4.^o de caballería ligera cubrirá el flanco de nuestros cazadores.

—Bien, mi general.

Nunca me sentía tan feliz como cuando tenía que transmitir al 1.^o de cazadores la orden de atacar; sabía que no podía llevar una noticia mejor a mis compañeros.

En cuanto comuniqué la orden a nuestro «Viejo», su rostro, severo y arrugado, se iluminó con resplandor súbito; luego me dió las gracias con un amable movimiento de cabeza.

No se entretuvo, como de costumbre, en dirigir a sus hombres algunas palabras vibrantes, estimando sin duda que no eran necesarias y que no había necesidad de estimularles el ardimiento.

¿Y qué hubiera podido decirles? «No ir demasiado de prisa; pensad que lleváis en pos hombres de la reserva y de la landwehr, los cuales se alegrarán también de llegar una vez al enemigo.»

Las compañías se desplegaron en un terreno de los más difíciles; por todas partes, cercas y vallados cruzaban los cam-

pos; el suelo, extremadamente accidentado, hacía la marcha difícil; malezas y arbustos molestaban mucho la vista.

El batallón había avanzado unos 600 metros, cuando recibió desde una tapia, de color muy oscuro, nutridísimo fuego. Algunos cazadores cayeron; sin embargo, ni un hombre se detuvo; apretaron con más fuerza los fusiles y avanzaron más de prisa, esto fue todo.

El «Viejo» desenvainó el sable y dió el ejemplo; todo el mundo le siguió, y empezó la alegre cacería lo mismo que en Beaumont, algo menos gloriosamente quizá, porque el enemigo resistió muy poco tiempo; no eran más que bisoños y franco-tiradores, vestidos con blusas negras y tocados con amplios sombreros de anchas alas.

Saltar la primera empalizada fue para nuestros diablos azules un juego de niños; luego corrieron tras aquellos desdichados, tan de prisa, que éstos ni siquiera tuvieron tiempo de ampararse en los abrigos naturales del suelo, y los más próximos fueron inmediatamente hechos prisioneros.

Muchos de aquellos pomposos «vengadores de la patria» o de otros nombres efectistas, hacía pocos días que dejaron sus tiendas o los brazos de la amable Madama H., o P., o L., y no habían tenido aún ocasión de llevar al combate sus vientres de burgueses. Molestábanles hoy tales vientres para saltar las cercas; por añadidura, los toscos cazadores bávaros no tenían ni siquiera la atención de esperar a que M. H., o P., o L. hubiera podido hacerse ayudar por algún compañero complaciente; arrancaban los fusiles antidiluvianos a aquellos desdichados, que caían de rodillas temblando, pobres héroes medio desmayados, y les mostraban con el dedo la retaguardia, a fin de hacerles comprender que la mejor solución para ellos era ir a constituirse prisioneros.

Y los pobres diablos obedecían a escape, muy escrupulosamente, estas órdenes; hasta me ocurrió, en el transcurso del combate, cuando galopaba para llevar órdenes a los cazadores, encontrar toda una tropa de aquéllos, que se me acercó para

preguntarme adónde habían de ir. Les indiqué el campanario de Thiron-Gardais, y continué mi camino.

Hubieran podido escaparse diez veces, porque en aquel momento nadie se preocupaba ya de los prisioneros; pero preferían dirigirse fielmente a Thiron, contentos con haber salvado el pellejo y ser enviados a Alemania, donde esperaban estar más seguros que en su propio país.

Todavía fue más curioso después de la toma de Orleans, el 4 de Diciembre.

Los oficiales encargados de la custodia y conducción de los prisioneros los hicieron vigilar sencillamente por los hombres que escoltaban los carros de provisiones; se les dió todas las facilidades para evadirse, pero ninguno se aprovechó del permiso, pues eran más numerosos por la noche, a la llegada, que al partir por la mañana.

Los cazadores continuaron incansables la persecución, bajando una pendiente para subir otra; en una de ellas había trincheras de tres pisos sólidamente construídas, pero no salió de ellas ningún tiro.

Los pobres voluntarios habían abandonado sus hermosas obras, dejando algunos muertos, anhelosos ante todo de buscar su salvación en la fuga.

Más allá de la cresta, el teniente coronel Schmidt se detuvo con su tropa e hizo perseguir a tiros al enemigo.

Hacíase difícil coger a la carrera a gentes que huían con tal rapidez; de otra parte, era contrario a los hábitos de los cazadores estarse quietos, a lo que no podían resignarse.

También en el ala derecha y en el centro el combate había terminado con un ¡sálvese el que pueda! de los franco-tiradores.

En esta ocasión tuvimos una vez más la prueba práctica de lo que todos sabíamos en teoría, a saber: que ni la buena voluntad ni el entusiasmo mismo sirven de nada, sin trabajo preparatorio y sin disciplina.

El entusiasmo es una bella y buena cosa, pero no basta; la

disciplina es indispensable para combatir al enemigo y derrotarle.

Lo ideal es poder reunir ambas cosas.

.....
Aquella noche pernoctamos en Thiron-Gardais, en muy buenas condiciones.

Nuestra patrona era joven y bonita; me obligó, pues, a ser con ella amable y galante.

Buena muchacha, me compadeció mucho al saber que tenía que marchar aquella misma noche, a caballo, en busca de órdenes: me prometió, a pesar de mis protestas, esperarme a la vuelta.

No había hombre en la casa.

Cuando volví, a la una de la mañana, la encontré sentada en una butaca, junto a una mesa, en la que ardía una lámpara. Dormía profundamente, y no me sintió entrar; para despertarla, no creí nada mejor que depositar un beso en su frente.

Se asustó un poco, o por lo menos lo aparentó, y dió un gritito, tan débil, que el general, que dormía en la habitación contigua, no se despertó.

Me alumbró, y nos separamos muy buenos amigos.

El 22 seguimos nuestra marcha sobre Nogent-le-Rotrou. Todo el ejército del gran Duque de Mecklemburgo, completamente concentrado, estaba allí, dispuesto a marchar contra aquella población, que nos habían anunciado como muy sólidamente fortificada.

Encontramos, en efecto, baluartes, pero nadie para defenderlos; los franceses habían preferido rehacerse más allá, en los alrededores del Mans, y abandonarnos Nogent, sin la menor tentativa de resistencia.

Cuando nuestras tropas entraron, quedaron agolpadas en las estrechas calles.

Recibí la orden de llevar un informe escrito al Estado mayor del gran Duque. A fin de llegar antes, seguí una callejuela paralela, que había de hacerme ganar unos minutos.

En la plaza de la iglesia tuve que salir a la carretera; pero allí un obstáculo imprevisto me cerró el paso: una escalera de unos treinta peldaños separaba los dos caminos.

Al pie de la escalinata estaba parado un regimiento de húsares.

Pensé para mí que aquellos jinetes me observaban, y tuve vergüenza de apearme para bajar.

Afortunadamente, no tuve novedad.

Pero, no obstante, reflexionaría muy despacio hoy antes de realizar semejante locura; hubiera podido romperme la cabeza una docena de veces.

Esto no impide que las muestras de aprobación de aquellos señores húsares me causaran suma satisfacción, a mí, pobre teniente de infantería.

XIV

Una comisión de Estado mayor.

En Nogent-le-Rotrou tuvimos la satisfacción de saber que nuestra 22.^a división, que se hallaba a la derecha del cuerpo de ejército de von der Tann, había alcanzado varios triunfos sobre diferentes grupos de móviles. Pero estos sucesos, por llenos de promesas que pudiesen estar, no cambiaban en gran cosa nuestra propia situación.

Como las cabezas de una hidra, las columnas de móviles y de franco-tiradores se renovaban cada vez que lográbamos ponerlas en fuga.

Y todo esto era la desagradabilísima consecuencia de nuestra retirada del 9 de Noviembre último.

Alzábanse a miles, y los reunían en seguida, aquellos voluntarios que ayer todavía batían el trigo en sus granjas, y que hoy, armados de escopetas viejas, tenían la pretensión de no descansar hasta que todos aquellos malditos diablos azules estuvieran muertos o expulsados del sagrado suelo de la patria.

Aparte sus hermosas frases pomposas, no hicieron gran cosa, pero nos molestaron a veces en ciertos detalles del servicio.

Nuestros ayudantes de órdenes, que tenían que ir a llevarlas o a buscarlas durante la noche, podían hablar largamente de aquella deplorable institución de los móviles y franco-tiradores.

Dos de aquéllos, ayudante de campo uno del general von der Tann, habían desaparecido, sin que se haya podido nunca descubrir sus huellas.

Debo decirlo: tanto como es envidiable morir como soldado, a la cabeza de su batallón, en pleno combate, en el transcurso de un brillante ataque, es lamentable ser asesinado o muerto a palos, de noche, en el rincón de un bosque, por un campesino anónimo; la frase *dulce est pro patria mori* cesa entonces de ser verdadera, a pesar de todo el entusiasmo de que pueda estarse animado.

Desgraciadamente, nada se puede hacer en tal estado de cosas, sino fiarse en la vista, en el caballo y en la suerte.

A mí, que era el más joven de los cinco oficiales de nuestro Estado mayor, tenía que incumbirme, naturalmente, más á menudo la misión de ir a llevar o buscar órdenes; así, más que ninguno, tenía que fiar por completo en mi buena estrella.

El combate de Nogent-le-Rotrou había terminado; el enemigo se retiraba en dirección del Mans, donde había de formarse un nuevo ejército francés. Con el fin de perseguir enérgicamente a los vencidos y ganarles el mayor terreno posible, nuestra brigada recibió la orden, a pesar de estar anocheciendo, de avanzar hasta La Ferté-Bernard, distante 24 kilómetros, y apoderarse de aquella localidad.

Al oír esto, salté literalmente de contento, porque hasta entonces no había inscrito aún en mi diario un buen ataque nocturno.

Pero me había alegrado demasiado pronto.

—Teniente Tanera—me dijo el general,—usted se quedará

aquí en el Estado mayor de la división, y nos traerá las órdenes para mañana.

—Está bien, mi general.

Reinaba en donde estábamos un movimiento extraordinario; además de las 2.^a y 4.^a brigadas de infantería bávara, estaban allí todo el estado mayor del gran duque Mecklenburgo, el del general von der Tann y el nuestro de la división.

Encontré, sin embargo, para mi caballo y para el de mi ordenanza una buena cuadra, mientras que instalé mi lecho sobre un billar puesto en la antecámara del despacho de la división.

Inútil es decir que me dormí pronto. Cuando no se tienen más que veintiún años, se ha estado doce horas a caballo y se sabe muy bien que la orden que se ha de llevar no estará dispuesta hasta dentro de dos o tres horas, se duerme vestido, con sable y revólver, sobre un billar, tan bien como se dormiría en una cama en tiempos corrientes.

A la una de la mañana el ayudante de campo del general mandó llamar a los oficiales y les dictó las órdenes para el día siguiente; las de nuestra brigada eran la de estar dispuesta para la mañana siguiente, es decir, hoy, a las ocho, en Vitaines-la-Grosuais, a fin de oponerse allí, si se daba el caso, al avance de los franceses sobre el Mans.

Debía yo, de paso, entregar la orden que le concernía a un batallón de línea de la Guardia, que estaba en Mâle, y me puse en camino a la una y media.

La noche era tan oscura, que apenas se veía la mano puesta ante los ojos; no recuerdo una oscuridad semejante, a no ser durante la noche de Coulmiers.

Antes de montar a caballo consulté mi plano, y pregunté a mi ordenanza si llevaba cerillas.

Me contestó que sí, y nos pusimos en marcha.

Sabía, por haberlo visto en mi plano, que a menos de tres kilómetros de Nogent me encontraría un vasto bosque; luego,

al cabo de siete kilómetros, tendría que pasar por el poblado del Gibet, que tendría en seguida que tomar a la derecha, para salir al fin del bosque tras cosa de 11 kilómetros.

Salimos al trote, yo a tres o cuatro pasos delante de mi ordenanza; el camino era muy bueno, pero no había la menor estrella que lo alumbrase; no le reconocí sino por su tinte un poco claro, el cual concluyó por borrarse.

Tuve que pararme para consultar el plano y el reloj.

—Ordenanza, una cerilla.

Después de rozar varias infructuosamente, pudimos encender una; vi entonces que llevábamos catorce minutos de marcha, y que teníamos árboles a derecha e izquierda.

—Bien va; estamos en el bosque; ahora hay que aguzar los oídos; en cuanto oigas algo, avísame.

—Bien mi teniente.

—Adelante.

Fuimos primeramente al paso, luego intentamos trotar algo, pero en vano; nuestros caballos no veían el suelo y teníamos que llevarles con las bridas cortas para que no se cayeran.

Así seguimos cosa de media hora, unas veces al paso, otras al trote corto; por el ruido que hacían los cascos comprendía que no nos salíamos del camino.

Pero continuábamos por el bosque, como me lo indicaba la obscuridad todavía mayor, y la cosa no dejó de inquietarme; si mis cálculos eran exactos, en efecto, debíamos haber llegado hacía ya tiempo al pueblo del Gibet.

Encendimos otro fósforo, cuya luz no iluminó más que árboles.

Dije entonces a mi ordenanza que recorriese a pie la orilla del camino, mientras que yo me encargaba de su caballo, hasta que encontrara uno de esos mojones que hay cada 100 metros.

No tardó en descubrir uno que llevaba el núm. 2.

Si la numeración partía del Mans, el próximo tendría el

número 1, y el siguiente la cifra de kilómetros hasta el pueblo del que daría también el nombre.

Así fue.

A 200 metros de allí se encontraba una piedra kilométrica, una de cuyas caras llevaba el nombre de La Ferté-Bernard, y la otra el de Nogent-le-Rotrou; pero el número de kilómetros estaba completamente borrado.

Sabía, pues, que estaba en el buen camino, si bien ignorase la situación exacta.

Seguimos adelante.

Al cabo de unos instantes nos paramos otra vez; a la luz de un fósforo vimos un cercado, y al final una casa.

Nos alegramos mucho.

Las ventanas de la casa estaban cerradas con persianas; me acerqué con mi caballo y empecé a llamar con la culata de mi revólver y gritando: «¡Eh, gente!», pero nadie me contestó.

El ordenanza consumió varias cerillas, y yo continué gritando: «¡Hay alguien dentro?» Nada de respuesta. Me puse entonces a pasear mi revólver a lo largo de las persianas, de arriba abajo y de abajo arriba, haciendo un ruido infernal, mientras que mi ordenanza juraba y se reía a carcajadas; la casa permaneció en silencio.

Exploramos los alrededores, siempre con la ayuda de nuestros pobres fósforos: no encontramos nada.

Cansados de esperar y de buscar, volví a mi ventana, decidido esta vez a concluir con mis dudas.

Puse el cañón de mi revólver entre dos tablillas de persiana, de manera que el tiro fuese al techo, y disparé; apenas lo hice, se oyeron gritos dentro de la casa: «¡Dios mío! Estamos perdidos. ¡Qué desgracia! ¡No tiren, no tiren!»

Retrocedí unos pasos y grité al propietario que saliera de su casa con una linterna; esperé empuñado el revólver.

Al cabo de un instante, y a pesar de las súplicas de su mujer, que se arrastraba a sus rodillas, apareció en la puerta un

campesino viejo, con una linterna en la mano; tenía, por toda vestimenta, una camisa, unos zuecos y el clásico gorro de algodón.

Se detuvo a unos pasos de mí, y gritó con acento pomposo:

—Ahora, ya estoy dispuesto.

No pude contener la risa al ver a aquel infeliz, que temblaba como una hoja, seguro de que había llegado su última hora.

Tranquilamente, y sin dejar mi revólver, le censuré severamente por no haber contestado a mis repetidas llamadas.

Pretextó que el miedo se lo había impedido.

Le pregunté cómo se llamaba su casa, y supe que pertenecía a Châteauroux; había, pues, pasado por El Gibet, del que solamente algunas casas estaban en el camino, sin darme cuenta.

En cuanto al camino de Mâle, estaba, al decir del campesino, a unos 400 metros a nuestra espalda.

A fin de llegar a él con mayor seguridad, obligué a nuestro hombre, que no cesaba de temblar a la vista de mi revólver, a que nos acompañara hasta allí. No se hizo rogar, y sin tomarse siquiera el trabajo de completar su indumentaria ligerísima, nos precedió para enseñarnos el camino.

El pobre diablo me daba lástima; estábamos entonces en Noviembre, es decir, a principios del rudo invierno de 1870; ser sacado de su cama bien caliente, para andar a la intemperie cerca de un kilómetro, con una camisa y un gorro por todo abrigo, era una broma cruel.

Pero, ¿qué remedio me quedaba?

Si hubiese dejado a mi hombre que se fuera a vestir, se habría marchado seguramente con su mujer por alguna puerta trasera, y no lo hubiera vuelto a ver.

Pronto llegamos al camino que buscábamos.

Luego de dar gracias al campesino por su complacencia, reanudamos la marcha, pero tuvimos que moderar el paso; una

rama colgante estuvo a punto de desmontarme, y la oscuridad se hizo tan completa, que tuvimos que atenernos al instinto de nuestros caballos.

Los pobres animales se portaron perfectamente y, al cabo de un cuarto de hora volví a distinguir el tono gríseo del camino, pues no debíamos estar muy lejos de Male.

De pronto, resonó a unos cincuenta metros de nosotros un violento «¡Alto! ¿Werda?»

Mi caballo, asustado, hizo un brusco movimiento; yo tuve la desgracia de no contestar bastante pronto, y «¡paf!» sonó un tiro, cuya bala, a juzgar por el silbido que oí, no pasó lejos de mi cabeza.

Me puse a jurar de tal manera, que el centinela, a pesar de su actitud primera, no dudó ya de que tenía delante un compatriota, y ni me exigió la consigna.

Había llegado a Mâle.

El disparo tuvo la ventaja de atraer a la carrera una patrulla que me condujo inmediatamente al cuartel del jefe del batallón.

Estaba despierto y había advertido la reciente alerta, pero no parecía nada inquieto.

Le entregué la orden.

Antes de ponerme de nuevo en marcha miré el reloj, que marcaba las tres y quince; luego consulté el plano.

Me hice conducir por un hombre del puesto hasta el camino de Beauvais, y torné al trote, seguido de mi ordenanza, que, antes de montar a caballo, pidió cerillas a un compañero.

A cincuenta metros escasos del pueblo volvimos al bosque, y con él a la oscuridad más completa. Al cabo de un rato habíamos vuelto a tomar el paso, que calculé en media hora; pensé que ya no debíamos estar lejos de la carretera.

—Ordenanza, una cerilla.

Miré el reloj; era un poco menos de las tres y treinta; no habíamos andado media hora, sino apenas diez minutos.

¡Qué largo se hace el tiempo cuando se viaja de noche por

un bosque y en país enemigo, con la responsabilidad de una orden muy importante que entregar y la esperanza de no encontrar a nadie, como no sea a algún franco-tirador malintencionado!

No hablábamos palabra. De pronto, mi caballo enderezó las orejas y se paró en seco; algo acababa de moverse a unos diez pasos de nosotros en la maleza.

Traté de ver, pero la oscuridad era impenetrable.

Confieso que mi corazón latía descompasadamente.

Empuñé el revólver.

Al ruido que hizo el arma, algo se movió de nuevo; después, volvió el silencio.

Grité: «¿Quién vive?»

No contestaron.

Repetí: «¿Quién vive?»

Seguí sin respuesta.

Traté de hacer que mi caballo continuase; se negó. Le piqué espuelas; entonces dió un salto formidable, una rama me golpeó violentamente en la cara; involuntariamente disparé, por fortuna, al aire.

Mi caballo se excitó más, se encabritó y me arrojó contra las ramas. Mientras que forcejeaba así, oímos mi ordenanza y yo que alguien saltaba en la maleza.

—¡Alto!—grité.—¿Quién vive?

Silencio.

Un tiro en la dirección del ruido, un crujir de ramas, pasos rápidos y precipitados, luego, la calma más completa; no oímos ya nada.

—Tal vez fuese un gamo—dije al oído de mi compañero.

—No, mi teniente; he oído muy claramente pasos de hombre; y, además, un venado no se hubiera detenido tan cerca de nosotros, sino mucho más lejos.

Había, pues, alguien escondido a unos treinta pasos de nosotros.

¿Qué hacer? Apearnos y entrar en la maleza hubiera sido una locura, y, además, llevábamos prisa.

Más valía, ciertamente, continuar nuestro camino; tomé esta determinación, y dije a mi ordenanza que estuviese junto a mí.

Mi caballo se había pacificado y marchaba a paso lento.

Empuñaba mi revólver, pronto a hacer fuego al menor ruido; iba inclinado sobre la silla, a fin de ofrecer menos blanco si alguien nos tiraba a dar.

Permanecí en esta posición poco cómoda durante unos sesenta metros, esperando a cada instante una detonación.

—Si nuestro individuo—me decía yo,—ha tenido la buena idea de cargar sólo con bala, tendremos más probabilidades de librarnos.

La idea de que mi parte no podía llegar a su destino, me atormentaba en el más alto grado; sabía que el ejército del gran Duque de Mecklemburgo debía dirigirse al Este hacia Châteaudun, y que se había confiado a mi brigada la defensa del camino del Mans a Dreux y a París.

¿Qué pasaría si, al no recibir órdenes, tomara ella también la dirección Este? ¿Qué ocurriría si, no hallando nadie en su paso, se dirigiera adelante?

Todos estos pensamientos me cruzaban por el espíritu y me atormentaban.

Sin embargo, ya me encontraba bastante lejos del paso peligroso para poder respirar a gusto.

Quise trotar, pero mi caballo tropezaba en las raíces y podía caer a cada momento; seguimos, pues, avanzando muy lentamente.

De pronto, nuestro camino pareció elevarse algo, y oímos de nuevo el ruido de los cascos en la calzada resistente; al mismo tiempo pudimos distinguir a nuestros pies la línea grísea de un camino cuidado.

Nuestros caballos pudieron por fin trotar francamente.

Pero nuestra satisfacción duró poco; pronto nos detuvo un

cruzamiento de caminos que nos sumió en la mayor incertidumbre.

Pedí cerillas.

—Mi teniente, no encuentro la caja, debo haberla perdido en el camino.

¡Estábamos aviados!

Por añadidura, no me podía acordar de si había visto en el plano semejante cruce. ¡Cuánto lamenté en aquel momento no fumar y no llevar conmigo con qué satisfacer esta agradable pasión!

¿Qué hacer? Me apeé para observar de más cerca la naturaleza y anchura de los dos caminos; eran idénticamente iguales. Busqué un poste indicador, sabiendo que en Francia casi todos son de plomo con las inscripciones de relieve; esta particularidad me hubiera permitido buscar con mis dedos un nombre y leerlo al tacto.

Concluí por descubrir el poste soñado; pero, con gran decepción mía, advertí que no tenía placa.

Sin duda habían pasado por allí previsores franco-tiradores.

No sabiendo ya qué hacer, decidimos entregarnos de nuevo al instinto de nuestros caballos.

Los hicimos retroceder un poco, y los dejamos dirigirse con las riendas sueltas; el mío tomó por la derecha, siguiólo el otro y continuamos así.

No tenía la menor idea de nuestra situación presente, y ni siquiera sabía la hora que pudiera ser. Por añadidura, había empezado a llover y se sentía bastante frío.

Yo estaba de muy mal humor.

—Mi teniente.

—¿Qué?

—Allí, a la derecha, hay una luz.

Paré; había, en efecto, una luz. Nuestra situación era cada vez más crítica.

Días antes, nos habían hecho saber oficialmente que el prefecto del Perche había dado órdenes para que se pusieran lu-

ces en los campanarios de las iglesias, y no se quitasen hasta que los alemanes hubiesen entrado en las localidades así designadas.

Esta medida permitía a los franceses enterarse del punto hasta el que habíamos llegado; en cuanto nuestras tropas entraban en un pueblo, se apagaba la luz como por encanto.

De día, los molinos de viento prestaban los mismos servicios; sus alas giraban o permanecían inmóviles, según los casos, y esto duró hasta que las patrullas alemanas prendieron fuego a esas señales que se usaban contra nosotros.

La luz que acabábamos de percibir nos era, pues, muy desagradable.

Nos indicaba claramente que había allí, si no tropas francesas, por lo menos enemigos, en todo caso no alemanes.

¿Dónde estábamos? Dios lo sabía. ¿Para qué quebrarse la cabeza?

No había que pensar en retroceder hasta la intersección de los dos caminos; hubiera sido perder un tiempo precioso; de otra parte, la luz parecía a cosa de un kilómetro; tal vez estuviera del otro lado del Huisne.

Lo mejor era ciertamente continuar avanzando.

Reanudamos, pues, el trote, y así anduvimos un rato.

De pronto, mi caballo se detuvo y se negó a avanzar.

Traté de descubrir la causa, y miré atentamente alrededor; observé entonces que el tinte gris del camino estaba cortado, a unos cuantos pasos de nosotros, por una mancha negra que cruzaba parte de la anchura. Mi primera idea fue que había allí uno de esos fosos abiertos, como se encontraban no pocos en ciertas partes del Beance y del Perche, y me apeé para explorar los bordes y la profundidad.

Grande fue mi estupor al reconocer el cuerpo de un hombre; le toqué primeramente con la vaina de mi sable, después con las manos; estaba muerto y ya rígido; a su lado había una bayoneta, y cerca de la cabeza un kepis.

Este encuentro, sin embargo, me llenó de alegría, porque

me permitió suponer que habíamos seguido, casi con seguridad, la dirección buena; era, en efecto, evidente que los franceses no habían matado a uno de los suyos sencillamente por el gusto de dejarle en medio del camino.

Deduje que nuestra brigada debía haber encontrado al enemigo en aquel lugar, sosteniendo un combate más o menos importante.

Mi ordenanza, mientras tanto, había ido a darse cuenta del estado del camino; como lo reconoció practicable, volvimos a montar en seguida, y emprendimos el trote más alegres y desembarazados que antes.

La lluvia continuaba cayendo, más abundante de minuto en minuto; pero al mismo tiempo la oscuridad desaparecía y comenzaba a apuntar la grísea alba del naciente día.

Vimos una casita cercana. Ibamos a pasar de largo, cuando resonó un vigoroso: «¡Alto! ¿Werda?», que nos obligó a pararnos.

Hecho prudente desde lo de Mâle, contesté en seguida:

—Ayudante de órdenes de la 3.^a brigada.

—¿Consigna?

—Wall.

—Acérquese.

Obedecí.

—¿Santo?

—Jorge.

—Pase.

Grande era mi alegría al oír pronunciar de nuevo palabras alemanas.

—¿De cuál regimiento es usted?—pregunté al centinela.

—Del 12.^o, mi teniente.

—Muy bien. ¿Estoy lejos todavía de La Ferté?

—No, mi teniente; la población está a un kilómetro de aquí. A la derecha de usted se halla San Antonio de Rochefert, donde ha acampado nuestro regimiento; luego nos trajeron aquí, porque han llevado al pueblo los prisioneros y los heridos.

—¿Los heridos? ¿Ha habido, pues, un combate serio?

—Sí, mi teniente; llegamos a estos lugares a eso de las once y media de la noche; ya habíamos encontrado, poco antes, algunos destacamentos de móviles, a los que hicimos huír; en el pueblo sorprendimos a cuatro batallones enemigos, e hicimos más de 700 prisioneros.

—¿Ha habido pérdidas serias?

—Nosotros, no; sólo el 1.^{er} batallón de cazadores, que iba a la cabeza, ha sufrido bastante; pero son muchos los franceses que han caído.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media, poco más o menos.

—¿Continúa recto el camino?

—Sí, mi teniente, hasta la Plaza Mayor de La Ferté; allí está el Estado mayor de la brigada.

—Gracias, adiós.

Contento, emprendí el trote hacia la ciudad, a la que no tardé en llegar; en cuanto me apeé, llamé al suboficial encargado de tomar las órdenes y le dicté lo que sigue: «A las siete de la mañana, la brigada se encontrará reunida, a la salida Sur de La Ferté, en el camino del Mans»; luego entregué la orden detallada al ayudante del general, que se retiró en seguida para ir a estudiarla.

Me invitó, antes de marchar, a tumbarme en su camastro, lo que me apresuré a hacer, y me dormí al momento completamente vestido, sin quitarme siquiera las espuelas.

No dormí mucho; me despertaron a la media hora escasamente las seis y tres cuartos.

Mi ordenanza me trajo el caballo, y volví a montar sin haber podido descansar.

Desayuné a escape con un poco de pan y aguardiente.

Cuando formamos, el general estimó que, a pesar de todo, había yo tardado bastante en mi excursión de la noche anterior.

Pero cuando le expliqué que no había salido de Nogent

hasta las once y media, y que había tenido que ir a Mâle, pareció satisfecho; preguntóme entonces:

—¿Y encontró usted el nido en noche tan negra?

Ante mi respuesta afirmativa, no insistió, y no hubo más.

Mucho tuve que danzar todavía en el transcurso de las batallas de Diciembre, a veces hasta en medio de las balas enemigas; pero nunca, sin embargo, experimenté un sentimiento tan desagradable como aquella noche, en el bosque del Gibet, sobre el camino del Mans, cuando no sabía dónde me encontraba.

XV

Algunas anécdotas.

La misión que nos incumbía desde el 10 de Noviembre, y que consistía en cubrir el ejército sitiador de París, era por extremo difícil y estaba llena de responsabilidades.

Nuestro cuerpo de ejército estaba apoyado ahora, como ya lo he dicho, por dos divisiones prusianas, la 17.^a y la 32.^a, en vez de la última solamente; pero, no obstante, éramos pocos todavía para encontrarnos en todas partes a la vez, como nos pedían.

Así fue que tuvimos que renunciar a la ocupación simultánea de todos los puntos importantes, y contentarnos con ir y venir, acosar las vanguardias francesas, desalojar a pobres móviles, entorpecer el avance de una división enemiga, presentarnos pocos días después en un punto completamente distinto, con gran asombro de los franceses.

Debo decir, por lo demás, que estas numerosas marchas y contramarchas a través del Beance y del Perche eran interesantísimas; pero, pero...

Mi compañero Schmeckenbecher, teniente primero, marchaba lo más alegre del mundo sobre unas tablas que había cortado en forma de suelas, para reemplazar las de sus botas,

completamente destrozadas; muchos soldados llevaban zuecos, calzado tan poco elegante como tan poco práctico; otros se habían sencillamente envuelto los pies con paja, a fin de no chapotear en la nieve y el hielo.

Todos estos detalles pintan mejor el estado en que nos encontrábamos que las más sabias descripciones.

Teníamos nuestros bagajes en seguridad en Longjumeau, en sus furgones; pero estábamos tan lejos, que pensábamos con envidia en nuestros efectos, sin poder aprovechar ninguno.

Mis botas estaban en excelente estado, puesto que, siendo jinete, no tenía que andar; pero, en cambio, mis pantalones empezaban a ponerse inservibles por el sitio en que se tocan el jinete y el caballo; era que no tenía más que un pantalón de infantería, sin refuerzos de cuero, del que me servía desde el mes de Octubre, cuando fui nombrado ayudante de órdenes. Fueron en vano los remedios urdidos por mi ordenanza.

También mi ropa blanca estaba hecha una lástima.

Hice entonces un descubrimiento, en el que todavía pienso hoy con legítima satisfacción; era en Mondoubleau, el 26 de Noviembre; había llegado muerto de fatiga al alojamiento que me habían destinado, una casa abandonada, al cuidado de un antiguo criado.

Mi buen ordenanza me había reservado la habitación de una dama, en donde me dormí pronto con profundo sueño en excelente cama.

No me había atrevido a desnudarme, como ya llevábamos tiempo sin hacerlo, ante el temor de recibir de pronto noticias de las avanzadas que nos obligasen a marchar en el acto.

Pero aquella noche fue afortunadamente de las más tranquilas.

A la mañana siguiente tuve un famoso hallazgo, que me llenó de alegría: descubrí en mi cuarto un gran armario, lleno de ropa blanca de mujer, admirable e inmaculada; examiné todas las piezas una por una, para ver si encontraba con qué remendarme los calzoncillos, pero fue en vano.

Iba a renunciar, cuando vi unas magníficas camisas femeninas, muy largas y muy seductoras.

Me quité a escape mis harapos; corté una camisa por abajo y me la puse; me llegaba hasta los pies, pero me encontraba satisfechísimo dentro de aquella ropa limpia de exquisita frescura.

Solamente las mangas me molestaron algo; eran muy cortas, y me dejaban fríos los brazos, particularmente los codos.

No hay que decir que mi ordenanza hizo lo mismo que su amo, muy satisfecho también de su ropa limpia.

Aquel día marchamos muy temprano. La brigada tenía que tomar una posición de espera en la región de Chane, hasta el momento de que tuviéramos noticias más precisas sobre unas fuerzas enemigas señaladas cerca de Vendôme.

No tardé en tener hambre, porque no había desayunado más que unos terrones de azúcar y un trago de aguardiente.

Después de haber llevado órdenes a todas partes durante más de dos horas, tuve que apearme y acercarme a unos oficiales de cazadores, para ver si tenían algo que comer.

—Ven por aquí—me dijo uno.—Dentro de cinco minutos nos vamos a comer un pollo asado; es decir, un gallo que nos ha seguido desde Corcumoce, y Baungäitner está preparándolo con arreglo a una nueva receta (Baungäitner era un compañero que tenía disposiciones para la cocina).

—Pero ¿cómo crees asar un gallo al aire libre?—les pregunté.

—Eso es cosa de Baungäitner; nos ha prometido hacerlo, y cumplirá su palabra. También tenemos champaña.

—¡Bravo! Enseñádmelo.

Me lo trajeron y eché unos buenos tragos.

En esto volvió Baungäitner, gritándonos que nos preparásemos; seguía un soldado con una enorme bola de arcilla cocida, que acababan de retirar del fuego.

—¿Dónde está el gallo?

—Ahí dentro.

—¿Dónde?

—Dentro de la arcilla.

—¿Te burlas de nosotros?

—De ninguna manera. Los que tengan sal que la aprovechen; yo he gastado la mía en el asado.

Rodeamos a Baungäitner, que con ayuda de una bayoneta se disponía abrir la famosa bola, la cual, con el cocimiento, se había puesto casi tan dura como un ladrillo, y era muy difícil de romper.

Un golpe más violento que los otros hizo una raja, de la que se escapó un perfume delicioso; luego la bola se partió en dos, y apareció el gallo, que contemplamos glotonamente.

No había que pensar en trincharle; lo despedazamos lo más hábilmente posible, y saboreamos el nuevo plato, que a todo el mundo pareció exquisito.

Los cinco convidados dieron un voto de gracias a Baungäitner, el cual ni siquiera se había olvidado de traernos pan; también dieron gracias a otro amable compañero que completó el festín distribuyendo sal a los que no la tenían.

Nuestro improvisado cocinero nos contó cómo se las había arreglado, y he aquí la receta que nos dió, recomendándonos que nos sirviéramos de ella llegado el caso:

«Ir con tiempo húmedo y frío a una región rica en arcilla, a la del Perche, por ejemplo, en Francia; encontrar un gallo que se digne acompañarle a uno por el camino; en un lugar propicio retorcerle el cuello, limpiarle, rellenarle de sal y pimienta, meterle luego en una espesa capa de arcilla, hacer de ésta una bola y echarla al fuego.

»Al cabo de una hora el cocimiento ha terminado; retirar entonces la bola del fuego, abrirla, sacar todo lo que no se halla carbonizado, añadir un poco de sal y, si es posible, un poco de manteca.

»Si habéis andado bastante o habéis estado sin comer veinticuatro horas, os parecerá mi asado delicioso, aunque sepa un poco a tierra húmeda. No olvidéis, sobre todo, de prescindir

dir de las plumas, y tirarlas con la arcilla a la cabeza de un franco-tirador.»

Tal es, en dos palabras, la famosa receta que recomiendo a las amas de casa.

No habíamos concluído de reírnos de los talentos culinarios de nuestro compañero, cuando llegó la orden de marchar inmediatamente, y dirigirnos por Saint-Agil a Courtalaine, donde se hallaba una fuerte división enemiga.

El tiempo era frío y lluvioso. Nos detuvimos a eso de las dos, y formamos en el acto en orden de batalla, por las alarmantes noticias procedentes de Brau y de Droué, que nos trajo nuestra caballería; noticias exactas, que pudimos comprobar pronto con la ayuda de los gemelos; vimos, en efecto, muy claramente unos regimientos de caballería francesa, que evolucionaban a cuatro o cinco kilómetros todo lo más de nuestro frente, imprudencia que seguramente no hubieran cometido de no haber estado apoyados por fuerzas importantes.

Pasaron así algunas horas sin que se produjese el menor acontecimiento; el enemigo no parecía decidido a querer tomar la ofensiva; en cuanto a nosotros, éramos poco numerosos para intentar el ataque.

Mientras que esperábamos de esta manera, tuve la satisfacción de asistir a una verdadera caza de gansos, y de aprender la manera práctica de poner mano en esta caza poco común.

Unos sesenta gansos se hallaban perdidos a cosa de un kilómetro de nosotros, sin ningún guardián que los vigilara.

Nuestros infantes no se atrevían a alejarse de sus puestos; pero los dragones no pudieron resistir la tentación de organizar una batida.

Un teniente mechlemburgués se puso á la cabeza, y procedió de la manera siguiente: envió un pelotón más allá de donde estaban los gansos, en dirección del enemigo, para evitar toda sospecha contra los que iban a avanzar; se puso luego al frente de otro pelotón, y partió al trote en columna de a

uno; dió orden de formar alrededor de los animales, que no sospechaban nada, un vasto círculo, muy separados unos de otros los jinetes.

Pero a poco se fueron juntando; el círculo se estrechó, y pronto los dragones se encontraron bota a bota para rodear y encerrar a los gansos.

Apeáronse entonces tres sargentos, y desvainando los sables, comenzaron a cortar cabezas. Los pobres animales ni siquiera trataron de abrirse paso a través de las patas de los caballos, y todos sucumbieron a manos de los dragones.

Si uno de ellos no le habían cortado la cabeza, le dejaban sin rematar hasta que todos los otros hubieran sido ejecutados; después se corrigió el trabajo mal hecho: se cortaron verdaderamente las cabezas, se dejó correr la sangre, y los dragones pudieron volverse con su botín.

Se hizo una distribución equitativa, en la que tuvo su parte el Estado mayor de nuestra brigada.

Nuestro general no tenía mucha confianza en la receta de la arcilla, y ordenó, como teníamos tiempo, desplumar el ganso que nos había tocado, cosa que mi ordenanza ejecutó en seguida.

Procedióse de la misma manera en todos los cuerpos de tropa, y cada cual se puso al trabajo sin tardar.

En el Estado mayor habíamos decidido conservar el ganso hasta que pudiéramos asarlo a nuestro gusto. Más adelante contaré cómo, en lugar de regalarnos con él, hubo que darlo a un soldado de caballería.

.....

Ya anochece cuando de una brigada de húsares, que estaba en vanguardia, se nos llevó la noticia de que el enemigo se retiraba hacia Châteaudun y Cloyes.

Recibimos inmediatamente la orden de dirigirnos a Aron y Courtalaine, é instalarnos allí en acantonamiento de alerta.

Fui encargado, como de costumbre, de preparar nuestro alojamiento; me adelanté, pues, acompañado de un ordenan-

za, y me dirigí a Courtalaine, donde debía instalarse el Estado mayor de la brigada; iba descuidado por saber que en aquella localidad había un magnífico palacio, en el que seguramente estaríamos muy cómodos.

En el camino encontré a un teniente de caballería ligera de la landwehr, el Conde de Arco, encargado por su parte de preparar el alojamiento en Aron; continuamos nuestro camino juntos, seguidos a cinco o seis pasos por nuestras ordenanzas. Llevábamos los cuatro, como casi todos los jinetes, desde la toma de Orleans, unos capuchones franceses, de color azul, con ponchos, que nos hacían parecer en la obscuridad a cazadores franceses de caballería.

No había, en aquel momento, ni luna ni estrella para iluminar la noche; sólo la nieve daba un poco de claridad.

Al Norte de Aron tuvimos que pasar el Yeres, no poco profundo, pero que nos fue difícil atravesar, a causa del tiempo que empleamos en descubrir un vado.

Pasamos por fin, y pronto entrábamos en el pueblecito de Aron. Avanzábamos lentamente, pues nos habían hecho prudentes los acontecimientos.

Las calles estaban desiertas, y en pocas ventanas había luz.

En una plaza ardía una linterna, junto a la cual había tres hombres, que reconocí al punto por soldados franceses de infantería. Uno de ellos, cuyos galones iluminados por la linterna revelaban que era un sargento, tenía el fusil en su lugar descanso, y daba a los otros algunas explicaciones sobre un plano.

Indiqué al conde de Arco que se callase, y avanzamos hacia el grupo.

Los franceses estaban lejos de sospechar quiénes éramos; nos detuvimos a unos cuantos pasos, entregué mis riendas a Arco, me apeé, y echándome más el capuchón sobre la frente, me adelanté hacia los tres franceses.

—Buenas noches, cazador—me dijo el sargento.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando le arranqué el fusil y asesté un culatazo tan vigoroso en el pecho de uno de los soldados, que cayó sin sentido al suelo.

El sargento y el otro individuo no tuvieron tiempo de reflexionar; nos volvieron la espalda y desaparecieron rápidos como un relámpago en una casa próxima, gritando: «¡Los prusianos! ¡Los prusianos!»

Acudieron los dos ordenanzas. Mandé a uno que se apease, cogí el fusil del herido, cuyas lamentaciones daban lástima, y ordené que le vigilase; luego rogué al Conde de Arco que permaneciese a caballo, así como su ordenanza, a fin de poder, llegado el caso, ir cuanto antes a avisar a los nuestros.

Hecho esto, me dirigí, revólver en mano, a la casa en que habían desaparecido los dos fugitivos, y entré; por una puerta lateral, vi en una habitación próxima a toda una familia, compuesta de un anciano, una mujer y dos niñas de unos diez a doce años, alrededor de una mesa, y comiendo, a la luz de una vela, algo que había en una marmita.

Mi aparición levantó un grito general de espanto, pero pronto se hizo el silencio a la vista de mi revólver, y el anciano me preguntó lo que deseaba. Le puse al corriente de lo que me llevaba a su casa, y le pedí que tomase una luz para ayudarme a encontrar a los dos franceses.

No se hizo rogar, pero me dió a entender que mi registro no conduciría probablemente a nada, en razón a que su casa estaba atravesada por un patio que servía de paso, y los fugitivos lo habrían utilizado para pasar de una calle a otra y sustraerse a nuestra persecución.

Pude inmediatamente darme cuenta de la sinceridad de estos dichos, y renuncié a mis pesquisas para volver al Conde de Arco.

Hice en seguida que mi ordenanza, ayudado por el anciano y la mujer, transportasen al herido a la casa, donde le tumbaron en un sofá; tenía, como después supe, alguna costilla rota.

A insistencia mía, el aldeano concluyó por confesar que media hora antes habían pasado por Aron, con dirección a Courtalain-Châteaudun, un regimiento francés de caballería y otro de cazadores de caballo. No creía que hubiera tropas en la localidad, y suponía que los tres hombres que habíamos encontrado debían de pertenecer a una patrulla perdida, lo que confirmó el herido, al que interrogamos a su vez.

Tranquilizado por esta parte, me despedí de Arco y emprendí el camino de Courtalain, no sin haber pedido previamente al aldeano de Aron que condujese a mi compañero a casa del alcalde.

El camino era bueno; íbamos con atención, para evitar toda sorpresa por parte de los jinetes enemigos.

Creo que este es el momento de relatar una aventura que ocurrió aquel mismo día a un ayudante de órdenes, como yo: el Barón de Adrián. También ese compañero estaba encargado de preparar el alojamiento y proseguir su camino, acompañado de un ordenanza.

En un pueblecillo, cuyo nombre he olvidado, tuvo que tomar, durante unos minutos, un camino oblicuo, para llegar algo más lejos a la carretera. En medio de ella vió una tropa de caballería francesa, que se dirigía hacia el Este.

Nuestro teniente, sin vacilar, se acercó, seguido por su compañero, y no se paró hasta estar a cuatro pasos de aquella tropa; tuvo la satisfacción de ver desfilan tranquilamente a los dos regimientos de caballería, sin que ni él ni su ordenanza fuesen reconocidos.

Digamos desde luego que este fue un nuevo servicio que nos prestaron los famosos capuchones.

.....

En cuanto a mí, llegué sin otra aventura a Courtalain, a las siete y treinta de la tarde.

Llamé a la primera casa, y dije a un individuo que me condujese al palacio.

Charló bastante durante el trayecto, a causa, sin duda, de

la vista de mi revólver, y me contó que hacía apenas unos instantes que la retaguardia francesa había salido para Châteaudun, donde habíase anunciado la llegada de los prusianos.

Hízome saber también, mientras que andábamos, que el propietario del palacio, el Conde de Gontant-Saint-Blancard, se hallaba actualmente en París, pero que su administrador debía estar presente.

Llegamos a la morada; tenía ante mí un magnífico edificio, cuyo esplendor me maravilló; todas las ventanas estaban iluminadas.

En el pórtico se me presentó el conserje; me apeé, entregué la brida a mi ordenanza, le ordené que se pusiera en busca de una buena cuadra, y luego dije al conserje que me llevase a ver al administrador.

Tocó por dos veces una antigua campana muy sonora, cuyas llamadas debían poner a mi disposición un criado. Y, en efecto, un lacayo, galoneado de oro, se presentó en seguida, me rogó que le siguiera y me condujo al primer piso, a un salón de recibir, por extremo elegante y profusamente iluminado, de donde se alejó para ir, me dijo, a llamar al administrador.

Mientras que aguardaba la llegada, oí en una habitación contigua choque de vasos. Quise saber lo que era, y abrí una puerta que daba a aquel aposento: una mesa lujosamente servida, cuya riqueza y refinamiento me dejaron absorto, se ofreció a mis ojos; unos criados estaban ocupados en quitar numerosas botellas, que la adornaban agradablemente.

—¡Alto!—les grité con el tono más autoritario;—dejen todas esas botellas en la mesa.

En el mismo momento apareció, por el otro extremo de la sala, un hombre muy elegante, que se me presentó como el administrador del palacio.

Le manifesté sin rodeos que estaba encargado de organizar el alojamiento del Estado mayor de la 3.^a brigada de infantería bávara, y que varios oficiales habían de alojarse en el cas-

tillo; añadí que deseaba que se aprovecharan de la cena que veía preparada, y que me oponía formalmente a que se quitase la menor botella de vino. El administrador puso a mal tiempo buena cara, y ordenó a los criados que pusieran todo en orden.

Supe, al hablar, que aquella opulenta comida había estado destinada a los oficiales de una brigada de caballería francesa del 17.º cuerpo, la brigada Gueprette, creo, la cual había recibido repentinamente la orden de dirigirse a otra parte.

Como tenía mucha hambre, me hice servir algunas frutas y pan, que regué con un excelente champaña, seguido de un *leoville* no menos bueno; hecho esto, pedí visitar las habitaciones, la del general primeramente; después, la de los otros oficiales.

El administrador se prestó de buen grado a todos mis deseos, dió órdenes a la servidumbre y me paseó por las diferentes partes del palacio. Era una mansión del siglo xvi, que había pertenecido al duque de Montmorency; muy bien conservada, estaba además lujosamente acondicionada por su propietario actual.

Admiré, sobre todo, una escalera de la época, verdadera maravilla, por la que se hubiera podido subir a caballo hasta los pisos superiores.

Apenas acababa de terminar la distribución de mis cuartos, todos muy cómodos, cuando mi general apareció en el patio del castillo; tuve el gusto de conducirle a caballo hasta la puerta del salón, y de allí al comedor.

Todo estaba dispuesto.

Unos lacayos, galoneados de oro y con guantes blancos, permanecían inmóviles a lo largo de las paredes; todo nos daba la impresión de hallarnos en una comida de corte más bien que en un alojamiento enemigo, a cuatro kilómetros apenas de las avanzadas francesas.

Mandamos nuestras ordenanzas al pueblo para que trajesen el mayor número de oficiales posible al palacio, donde los esperábamos con impaciencia; pronto nos encontramos unos

treinta sentados alrededor de la magnífica mesa, regalándonos como no nos ocurrió hacerlo nunca en el transcurso de la campaña. Lo mismo les ocurrió a nuestros hombres, e incluso a nuestros caballos, que no se olvidarán nunca de que el 26 de Noviembre de 1870 tuvieron la suerte de alojarse en el soberbio palacio de Courtalain.

Para no perder mis buenas costumbres, tuve que ir de órdenes aquella noche, como las anteriores; pero debo decir que, al montar a caballo, me sentí animado de un espíritu completamente distinto del ordinario; en primer término, había comido admirablemente; y, además, el champaña me había caldeado bastante la cabeza.

Acostumbrados estábamos a beber y a resistir bien, pero esta vez habíamos pasado con mucho la medida habitual.

En medio de lo superfluo, no nos habíamos olvidado del ganso, el ganso llamado de Estado mayor, que tan concienzudamente habíamos reservado para la comida; se lo regalamos a un soldado de caballería que, durante la noche, nos trajo noticias y nos declaró que afuera, en medio de la nieve, ni él ni sus compañeros habían encontrado nada que llevarse a la boca.

También pensamos en los que se encontraban en las avanzadas; les enviamos dos botellas de *laoville*, así como unos panecillos, que debieron de apreciar bien mientras saboreaban el ganso; los pobres no sospechaban el festín de que gozábamos en aquellos mismos momentos.

A principios de Diciembre viví, durante tres días, de un poco de chocolate, pan y aguardiente.

Así es la guerra.

Unas veces la opulencia, otras la miseria; aquí, se regala uno con Burdeos y Champaña; allí, no se encuentra ni un vaso de agua para apagar la sed; hay que tomar los días como vienen, y si hoy se encuentra uno sin recursos, se encuentra, sin embargo, con un mañana mejor.

Tal es la suerte de los soldados; la hemos experimentado más de una vez.

E. M.—*Diciembre 1914.*

XVI

**Châteaudun y Varize (27 al 29
de Noviembre.)**

Muy a mi pesar dejé nuestro hermoso castillo de Courta-lain. ¿No estuve allí alojado como un príncipe? Y además, me hubiera gustado visitar más detenidamente aquel interesante edificio, con su torreón guarnecido de plantas verdes y su magnífico parque; en fin, la excelente comida de la víspera nos había hecho esperar para el día siguiente un regalo no menos suculento.

Desgraciadamente, los tenientes proponen y los generales disponen; tuvimos que reanudar nuestra marcha hacia el Este.

Al igual de verdaderos nómadas, no permanecíamos nunca quietos; todos los días cambiábamos de acantonamiento, felices cuando los encontrábamos libres de enemigos. Y aún tenía yo suerte; como llegaba, generalmente, a los pueblos al mismo tiempo que nuestra caballería de vanguardia, es decir, media hora, a veces una, antes que nuestra brigada, podía elegir para nuestro general y su Estado mayor los mejores alojamientos.

Me basaba, para no equivocarme, sobre el aspecto exterior de las casas; pero esta manera de proceder me ocasionó más de una sorpresa, y ocurrió a veces que simples soldados estuvieron mejor alojados que nuestros oficiales. Me consolaba al pensar que, muy a menudo, los primeros veíanse obligados a pasar la noche en las avanzadas y acampar a la intemperie, mientras que los segundos estaban cómodamente instalados al abrigo.

A este propósito, recuerdo una aventura que le ocurrió a uno de mis compañeros, el teniente Moser, del 1.^{er} regimiento de artillería.

Recibió la orden su batería de ir a instalarse en cierto po-

blado al borde de la carretera, adonde había de seguirla un batallón de infantería; este último marchaba a la cola del grueso de la columna; la batería se encontraba a la altura de la vanguardia. Como eran ya cerca de las cuatro y media de la tarde, los artilleros no se cuidaron de esperar a los infantes y se dirigieron sin apoyo a su acantonamiento.

El teniente Moser, que mandaba la batería, se había adelantado bastante al trote, acompañado por un corneta, a fin de reconocer el lugar exacto en que había de colocar sus piezas. Empezaba a anochecer cuando llegó a las puertas del pueblo, cuyo nombre he olvidado hoy.

Resonó un grito: «¿Quién vive?», y dos individuos avanzaron provistos de fusiles, que amartillaron.

—¡Bah!—pensó Moser,—tienen fusiles anticuados, son móviles.

No insistió, volvió grupas y corrió con la rapidez del viento, seguido por el corneta.

Saludáronles algunos tiros, que no los alcanzaron, y no hubo más.

Cuando Moser llegó a los suyos, los mandó hacer alto en seguida, dió orden de ponerse en batería a las dos piezas de cabeza y abrir el fuego sin tardar. El tiempo de decirlo, y ya cuatro granadas estallaban en el pueblo.

Fue un espectáculo inaudito; por todas partes gritos y alaridos de espanto, mezclados con órdenes de todo género, tiros de fusil, que salían por sí mismos, desorden, confusión, tropel.

En medio de aquel alocamiento, dos nuevas granadas, lanzadas muy a punto, produjeron el silencio, y todo volvió a la calma como por encanto.

Prontamente se vió a un centenar de individuos armados huir a todo escape por el otro extremo del pueblo y desaparecer en la obscuridad; seguidos un instante por un oficial y algunos suboficiales que los observaban de lejos, no demostraron ningún espíritu de ofensivo regreso.

Moser hizo entonces que la batería tomara posesión del acantonamiento, y ya sus artilleros estaban tranquilamente instalados, cuando llegó por fin el batallón de infantería.

De los enemigos no quedaba rastro; nadie hubiera dicho que habían ocupado el pueblo, a no habernos abandonado a uno de los suyos, herido en el transcurso del combate.

Una vez más los pobres móviles debían decirse que aquellos bávaros del diablo eran energúmenos.

El 27 de Noviembre, por la mañana, empezamos la marcha sobre Logron, en dirección del Este; allí se reunía todo el cuerpo de ejército frente a Châteaudun y al Sureste; los días anteriores no habíamos cesado de avanzar hacia el Oeste sobre Dreux y Le Mans, dirección que abandonábamos hoy por la del Sureste.

—Tanto mejor—decíamos;—de esta manera tal vez volvamos un día u otro a Orleans.

Mientras que nuestro cuerpo de ejército se deslizaba lentamente, celebrábase, aparte de todo ruido, un consejo de guerra, del que yo formaba parte, y que estaba encargado de juzgar a un sacerdote; había sido apresado en medio de campesinos enemigos, cuando éstos tiraban sobre nuestros soldados; hasta le habían encontrado cartuchos en los bolsillos.

Los campesinos quedaron muertos en el sitio; en cuanto al sacerdote, nuestros soldados respetaron la sotana y le pusieron en nuestras manos. El desgraciado hacía una triste figura; cuando oyó que hablaba francés, se me acercó y me suplicó que no le abandonase. Traté de tranquilizarle, afirmándole que sería juzgado lealmente y con toda imparcialidad; no le consolaba esto; debía tener muy cargada la conciencia.

Sólo una cosa pareció tranquilizarle un poco: el saber que casi todos mis compañeros, y yo mismo, éramos católicos. ¡Lisonjera cosa para los protestantes!

Tuvo la suerte de no ser fusilado, y se le puso en manos del Estado mayor del ejército, donde no sé lo que fue de él.

Supimos a la tarde, por nuestra caballería, que el enemigo

visto en la región de Châteaudun se había retirado de pronto hacia el Sureste.

Nuestro cuerpo de ejército avanzó en el acto, y tuvimos la satisfacción de alojarnos aquella misma noche en la linda población de Châteaudun.

Por mi parte, no pude instalarme hasta las ocho, por haberme visto obligado de ir a Mezelle para transmitir órdenes.

Como tenía mucha prisa y mis caballos estaban muy cansados, tomé uno de tropa y lo monté tal como estaba, con su silla de ordenanza, equipo completo y estribos muy largos.

No olvidaré, en mucho tiempo, semejante paseo en tal montura; al día siguiente me parecía haber recibido una paliza.

De vuelta a mi alojamiento, tuve una agradabilísima sorpresa: habíamos de descansar toda la jornada del 28.

Ibamos, pues, a poder dormir una noche entera, y a lavarnos de pies a cabeza.

Y, además, íbamos a tener tiempo de visitar más a fondo la villa de Châteaudun con su interesante castillo del siglo xv, una de cuyas torres, construída por Trobaldo el Tramposo, databa del xii.

Debo decir de paso que la parte Este de la población había sufrido mucho durante el combate del 18 de Octubre por la artillería de la 22.^a división prusiana, y se parecía bastante a Bazeilles; pero lo restante estaba indemne, y hasta el barrio que daba al Loir, un afluente del Loire, ofrecía la más agradable perspectiva.

Mi alojamiento era bueno, y mi patrón un hombre bien educado, con el que se podía hablar. Por su parte, como es natural, no hacía más que aludir a la heroica defensa de Châteaudun por los franco-tiradores del teniente coronel Lipowski contra las fuerzas, muy superiores, del general von Wittich.

Una cosa, sobre todo, excitaba grandemente al buen hombre: era el pensar que los alemanes habían hecho uso de la

artillería gruesa para destruir una parte de la ciudad, cuando los franceses no tenían más que infantería. No acertaba a comprender que no se batiesen con armas iguales, y que se atreviesen a oponer artillería gruesa a la infantería.

Traté de calmarle ofreciéndole el razonamiento siguiente:

—Suponga usted, señor—le dije,—que mandara usted un ejército muy pequeño, cuya misión fuese la de ocupar y conservar una región sumamente extensa y surcada por todas partes por tropas enemigas. ¿Qué haría usted?

—Trataría—me contestó—de batirlas unas tras otras.

—Muy bien, tiene usted disposiciones para la táctica; pero si le fuera preciso pelear aquí un día, allí al siguiente, perder cada vez hombres, mientras que el enemigo resistiese sin cesar, ¿qué ocurriría al fin?

—Sucumbiría.

—Bueno; pero admita usted que no quisiera sucumbir; ¿qué haría usted?

Se calló.

—Pues voy yo a decirle lo que haría usted. Empezaría por economizar mucho la vida de sus soldados, para que le quedasen todavía bastantes en el momento del último combate. No hay, sépalo bien, material más precioso que nuestros hombres, y desgraciadamente perdemos demasiados todos los días. A este propósito, ¿cree usted que sufrimos grandes pérdidas cuando la artillería de nuestra 22.^a división cañoneó, desde las alturas de Jallans, a los franco-tiradores de Châteaudun?

—Estoy seguro de que no perdieron ustedes un hombre; los tiros de nuestra infantería no podían alcanzar tanto.

—Y, sin embargo, reconocerá usted que ese cañoneo nos sirvió de algo.

—Evidentemente, puesto que nuestros bravos franco-tiradores, a pesar de su desprecio de la muerte, no pudieron resistir la granizada de proyectiles que les enviaron.

—¿Comprende usted ahora que ahí está el secreto, merced al cual economizamos nuestro material viviente? Si usted hu-

biera tenido un hijo en las filas de nuestra infantería, habría usted dado muchas gracias al Jefe de la División por haber ahorrado a esa infantería un combate cuerpo a cuerpo, y haber obtenido el mismo resultado con el envío de unos cuantos proyectiles. Nosotros no tenemos miedo, bien lo saben ustedes, de batirnos al arma blanca cuando la necesidad se presente; lo demostramos bastante el 1.º de Setiembre en Bazeilles, y el 11 de Octubre en los arrabales de Orleans. ¿No está usted convencido ahora?

Lo estaba seguramente, pero no quería reconocerlo y me dió a entender que un general francés se las hubiera arreglado de otro modo.

—Es muy posible—repliqué;—pero conocemos su método y sabemos lo que vale.

Desde entonces evitamos este género de conversación, y con ello fuimos mejores amigos.

Por la tarde turbó nuestro reposo la orden de marchar inmediatamente a Jallans; pero esta marcha fue inútil, porque las columnas francesas, que habían avanzado al Oeste de Villampuy, pensaron que era más cuerdo ceder el paso a nuestra caballería de vanguardia y no llegar a un combate serio.

Así, pues, se nos había molestado en balde. Confieso que no he sido nunca muy partidario de estas especies de alarmas, que vienen a turbar sus días de reposo; el hombre no es una máquina de la que se pueda usar sin miramientos.

Me contestaréis que el enemigo no tiene que tener en cuenta todas estas consideraciones, y yo mismo sufrí la prueba el 26 de Agosto, cuando me encontraba en aquel excelente alojamiento de Chardogne, del que tan buen recuerdo he conservado.

Y aun ahora no pudimos quejarnos mucho, puesto que a las tres horas estábamos de vuelta en nuestros cuarteles; algunas tropas fueron menos privilegiadas; los primeros batallones de los regimientos de línea 3.º y 12.º y los cazadores, que fue-

ron designados para cubrir las avanzadas, y cuyas patrullas estuvieron toda la noche en contacto con el enemigo.

Estaban en Châteaudun, además del Estado mayor de nuestra brigada, el de la división y el del cuerpo de ejército; con esto mi tarea veíase aliviada. Pude dormir un poco antes de la entrega de las órdenes, hacerme despertar en el momento de transmitir las, y reanudar el sueño inmediatamente después. Estábase habituado, en aquel tiempo, a dormir en todas partes y en todo momento; bastaba tumbarse y cerrar los ojos.

A la mañana siguiente, llevábamos dos horas de marcha, cuando empezó el fuego de fusilería en dirección de nuestra vanguardia. ¿Qué nos importaba?

¿No estábamos de nuevo en las llanuras del Beance, donde, más que en ninguna otra parte, teníamos conciencia de nuestra fuerza y de nuestra superioridad táctica?

No hay que decir que, en los países accidentados, a orillas del Huisne y de Loir, por ejemplo, sobre todo cuando se tienen en contra todos los hombres en estado de llevar armas, se experimenta siempre cierto malestar.

Los desgraciados ayudantes de órdenes, que recorrían noche y día aquellas regiones en todos sentidos, acompañados casi siempre por un ordenanza, sabían algo de eso. En las llanuras del Beance contábamos también con poder utilizar de otra manera nuestra caballería y nuestra artillería, de las que no habíamos podido hacer sino un uso muy difícil en terrenos absolutamente impropios para sus evoluciones.

—¿Qué pasará hoy?

—Seguramente poca cosa; tal vez encontremos a ese loco de Liponski con sus franco-tiradores.

Y en efecto, le encontramos; pero cuando se dió cuenta, al defender los pueblos de Vallière, Nobleville y Civry, que tenía que habérselas con todo un cuerpo de ejército, se batió prontamente en retirada y no dejó frente a nosotros más que a los «franco-tiradores girondinos».

Estos infelices fueron arrollados, pero les debo la justicia

de decir que se mostraron adversarios rudos. Eran muy distintos de los que hasta entonces habíamos encontrado.

Vestidos de elegantes uniformes grises, llevaban fusiles Winchester, así como buenos revólvers americanos, que tenían al cinto. Perteneían en su mayor parte a muy buenas familias de Burdeos y de los alrededores; se batieron muy bravamente, y luego, cuando fueron hechos prisioneros, se comportaron con cordura y dignidad.

El combate fue de corta duración.

Gracias a nuestra artillería, que dirigía sus fuegos sobre los diferentes pueblos, los batallones de la 4.^a brigada desalojaron sin gran trabajo a quienes los ocupaban.

En el parque de Varize, donde se encontraban precisamente los franco-tiradores girondinos, fue donde encontramos la mayor resistencia.

No habían tenido tiempo de abrir troneras en los muros del cercado, cuando ya se les había echado encima el 7.^o de cazadores.

De esto resultó una cantidad de pequeños combates aislados, entre el arbolado del parque, que terminaron a la bayoneta e incluso a culatazos.

En este momento se produjo una desgraciadísima escena, que costó la vida a uno de nuestros mejores oficiales, el teniente Manerer.

Manerer, a la cabeza de una veintena de cazadores, se había lanzado al asalto de un bosquecillo defendido por franco-tiradores. Estaba a punto de alcanzarlos, cuando varios de ellos, rindiendo los fusiles, agitaron sus pañuelos como para rendirse.

Nuestro compañero, al verlo, se volvió hacia sus hombres, y les gritó que respetaran a aquellos franceses, que ya no se defendían.

En este mismo momento cayó muerto; una bala de revólver le había atravesado la columna vertebral.

Ignoro si el franco-tirador autor de este crimen no vió la

señal de sus compañeros o no quiso rendirse como los demás; el caso es que el deplorable incidente costó la vida a uno de nuestros mejores oficiales, y, como es natural, a todos los que, voluntariamente o no, eran responsables.

Aquel día recibí una bala en la vaina de mi sable, cuando observaba el ataque del 7.º de cazadores, para dar cuenta a mi general.

Por la tarde me ocurrió, en Varize mismo, una historia bastante original.

En una callejuela habían reunido a todos los paisanos que durante el combate fueron cogidos con las armas en la mano; el pelotón de ejecución encargado de fusilarlos estaba ya formado.

Aquellos mismos paisanos, cuando las batallas de Octubre, nos habían obligado ya, con su actitud hostil, a incendiar una gran parte de la población de Varize; a pesar de este precedente, no se habían hecho más razonables.

Vi a aquellos hombres rodeados de sus guardianes, en el momento en que los iban a fusilar. En medio del grupo, un personaje muy bien vestido, de elevada estatura y gran corpulencia, hablaba con ellos.

En campaña se vuelve uno algo rudo, se adquiere el hábito de no guardar muchos miramientos, particularmente con aquellos que a diario nos hacen una guerra a puñaladas.

Cuando vi a aquel señor grueso, creyéndole también un prisionero, grité a mis hombres:

—¡Buen cerdo habéis cogido!

Antes de que el jefe del pelotón de ejecución hubiera podido decirme nada, el hombretón, dando un salto prodigioso, se me plantó delante, y, en impecable alemán, me dijo:

—Ruego a usted, señor teniente, que hable de mí en términos más corteses.

No podía dar crédito a mis oídos.

—¿Sería usted alemán, por acaso?—le pregunté.

—Ciertamente, señor, tan buen alemán como usted; me llamo Voget.

—Le ruego que me perdone, estaba lejos de sospecharlo; pero ¿cómo es que usted, un paisano alemán, se encuentra en un campo de batalla del Beance?

—Pertenezco al Estado mayor de Su Alteza el gran Duque de Mecklemburgo.

—Perfectamente. Una vez más, señor, acepte usted todas mis excusas.

—No le preocupe; no es la primera vez que me ocurre esto.

Todo se arregló bien, y nos separamos buenos amigos, dándonos la mano. Más adelante supe que el señor Voget era el corresponsal de guerra de la *Gaceta de Francfort* y de la *Nueva Prensa Libre*.

.....
Dejamos Varize por Cormainville y Orgères, donde nos alojamos.

Estaban en esta última localidad, además de nuestro Estado mayor, el del cuerpo de ejército, los dos de divisiones, diferentes Estados mayores de brigadas y tantas tropas como podían caber. Algunos regimientos, en marcha desde la mañana, no encontraron donde meterse y tuvieron que continuar hasta el pueblo próximo.

En esto, había empezado a nevar; un viento frío nos atravesaba de parte a parte y nos recordaba que estábamos a las puertas de Diciembre.

Como nuestra brigada iba a la cola de la columna, llegué demasiado tarde a Orgères para organizar el acantonamiento. Cada cuadra, cada granja estaba ocupada y tenía ya el odioso letrero en tiza: «Estado mayor del cuerpo de ejército, 6 caballos»; «Estado mayor de la 1.^a división, 14 caballos», y así sucesivamente.

Ahora bien; todo el mundo sabe que si a veces es posible desalojar a un inferior y ocupar su puesto, no es lo mismo cuando se trata de superiores; en rigor me hubiera sido posible alojar a nuestros oficiales sin sus caballos; pero, con aquella insoportable temperatura, los pobres animales, más toda-

vía que nosotros, tenían necesidad de abrigarse y descansar. Se me ocurrió entonces una idea genial.

Había observado que una cuadra, ocupada por el Estado mayor de la 1.^a división, se hallaba justamente situada entre las que estaban reservadas para el Estado mayor del cuerpo de ejército, y que, en cambio, algunas cuadras del cuerpo de ejército estaban muy distantes y completamente separadas del cuartel general.

No vacilé; ir a buscar al jefe de acantonamiento del cuerpo de ejército fue para mí cosa de un momento.

Le expliqué que le convenía hacer un cambio conmigo, ocupando la cuadra de la división próxima a las suyas y dejándome la que de esta manera quedaba libre.

Abundó en mi opinión, y, en su apresuramiento por seguir mis consejos, no se le ocurrió ni por un instante la idea de que yo no pertenecía a la 1.^a división.

Dicho y hecho; borré yo mismo de la puerta de la cuadra: «1.^a división, 14 caballos», y escribí en su lugar: «Cuerpo de ejército, 14 caballos»; luego me fuí.

No hay que decir que, cuando me hube confortablemente establecido en mi nuevo local, me olvidé, como es natural, de escribir sobre mi puerta: «3.^a brigada de infantería», y dejé la primera inscripción: «Estado mayor del cuerpo de ejército.»

Nuestros bravos caballos descansaban desde hacía ya tiempo, cuando vi llegar furioso al jefe de acantonamiento de la división, que buscaba una cuadra desocupada. Cuando vió el letrero de nuestra puerta no insistió, y desapareció sin preguntar siquiera a nuestros hombres si verdaderamente pertenecían al cuerpo de ejército.

No sé quién se quedó fuera y durmió al aire libre; ignoro también cómo se arreglaron los jefes de acantonamientos de la división y del cuerpo de ejército.

Antes de encontrar las causas y las razones de aquella sustitución, estábamos ya lejos.

No me impidió esto el reírme mucho interiormente y estar

muy satisfecho, porque nada gusta tanto en campaña como lograr alojarse a costa de los compañeros, con golpes de ingenio y astucia...

A partir de aquel momento, estuvimos permanentemente en contacto con el enemigo.

El 30 de Noviembre me pasé el día trotando de una avanzada a otra; el 1.º de Diciembre fue el combate de Villepión, y al día siguiente la batalla de Loigny.

CAPITÁN TANERA

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

MARIANA DE AUSTRIA

Mientras el Príncipe Baltasar vivió, Felipe supo resistir todos los requerimientos que a contraer segundas nupcias se le hacían. Las primaveras y veranos los pasaba en Aragón, empeñado en la difícilísima empresa de rescatar sus dominios del poder de Francia. A las excitaciones que de una parte y otra se le hicieron para contraer nuevo enlace, denegó siempre amablemente, alegando el motivo de que sus esperanzas todas se concentraban en su hijo, a quien retenía a su lado, instruyéndole en los negocios del gobierno. Desprovisto lamentablemente de recursos materiales para continuar su campaña de Cataluña, no pudo por menos de ser infructífero su esfuerzo. Seguían unas derrotas a otras con prolija monotonía; y cuanto más hundido estaba Felipe en la desgracia, se hacía más melancólico y piadoso; su única consejera y confidente ahora era la monja María de Agreda, y su único recurso la oración del afligido. Cuando su hijo cayó enfermo en Pamplona (Mayo de 1646), al dirigirse al teatro de la guerra, las invocaciones de Felipe para implorar del cielo la salud de su hijo son algo que aterra por su intensidad apasionada (1). El joven sanó, y al llegar con su padre a Zaragoza, en Julio, los

(1) *Cartas de la venerable madre Sor María de Agreda y Felipe IV*, editadas por Silvela.

embajadores imperiales esperaban allí para ofrecer en matrimonio al heredero de España la mano de su prima la Archiduchesa de Austria, hija del Emperador.

Felipe no tenía que buscar en otra parte para procurarse una alianza. Francia era su enemiga mortal, aunque fuera gobernada por su hermana Ana como Regente, y probar si en esta dirección se podría elegir la alianza matrimonial, no había ni para qué pensarse en ello. Eso, aun cuando se encontrase princesa de esta nación que valiera la pena (1). El Emperador y España (para ruina de esta última), por lo demás, habían estado peleando juntos durante treinta años enteros en guerra que ahora se precipitaba hacia su conclusión. Firmóse, pues, inmediatamente el tratado de matrimonio de Baltasar, de edad de diez y siete años, con Mariana de Austria, tres años más joven. Con relación a estos desposorios, escribía Felipe a la monja: «Habiendo muerto mi hermana la Emperatriz, considero oportuno apretar los lazos entre el Emperador y nosotros de esta manera, puesta la mira en la exaltación de la fe; pues cierto es que cuanto más unidas estén las dos ramas de nuestra Casa, más firme será la religión en todo el orbe cristiano.»

No pasaron más de dos meses cuando a primeros de Octubre se abatió de nuevo la desgracia en la mansión de Felipe. El Príncipe murió de una invasión de viruela. Durante la enfermedad escribía el Rey a su confidente implorando la misericordia de Dios para que le ahorrara esta última prueba. Muerto el hijo, se percibe en las cartas de Felipe un tono de sombría desesperación. Dios no había oído sus preces, porque, sin duda, convenía así. El había hecho lo posible por ofrecer a Dios esta tribulación; pero su corazón quedaba traspasado, y ahora no sabía si vivía o soñaba. Estaba resignado, pero no

(1) María Ana de Montpensier, hija de Gastón, Duque de Orleans (La Grande Demoiselle), fue propuesta, pero rechazada al punto como imposible, por franceses y españoles. Esto, en efecto, hubiera destruido, más bien que enderezado, la amistad entre la Regente y España.

confiaba en su propia constancia; y a este tenor cuanto escribía, revelaba en cada frase que casi dudaba de la eficacia de la oración y de la bondad del Omnipotente (1).

Desde entonces, por algún tiempo cambió su conducta. Había hecho cuanto podía pedírsele, y no había tenido duda de sí mismo. Había orado día y noche, acomodando su vida a los consejos monásticos. Pero las derrotas, las tribulaciones, pobreza y muerte de sus más íntimos afectos se habían desplomado sobre él a despecho de todo, y Felipe, en los intervalos de su contrición punzante, se hundió en una vida disoluta, que maravillaba con escándalo a las personas piadosas que le rodeaban. Tenía cuarenta y dos años, edad en que, como resultado de cierta continencia, se había desarrollado una corriente de devoción mística que muy de cerca tocaba a la locura. No tenía heredero varón, sino sólo una niña delicada, de ocho años, y sus excesos y calamidades le habían envejecido precozmente. Toda España le exigía un hijo varón que le sucediera en su poderío; y las recomendaciones de los eclesiásticos y monjas, por los escándalos de su vida, recibieron el refuerzo de los Embajadores del Emperador, que le daban prisa para que consintiera en desposarse con la sobrina destinada un día a ser mujer de su hijo Baltasar.

De esta suerte se repite la Historia: como sucedió a su abuelo Felipe II, el Rey hubo de aceptar por mujer a la Princesa austriaca, de quien primero se pensó había de ser su nuera. De sus muchos hijos naturales no había legitimado más que uno, Don Juan José de Austria, hijo de la comedianta María Calderón. Era distinguido y bello, y había interesado profundamente al padre; pero no podía ser Rey de España, y Felipe, con poco entusiasmo, consintió en casarse con una niña aún no formada, para poder dar un heredero a su nación, y para mantener la solidaridad de la Casa de Austria, que representaba el antiguo sueño de asumir España la misión de dictar la reli-

(1) *Cartas de la venerable madre Sor María de Agreda y Felipe IV.*

gión al mundo. Fue este consentimiento desastroso, y trajo aparejada la consumación de la ruina del país y de la causa que aspiraba a favorecer.

Felipe ponía en juego hasta lo último de sus fuerzas contra los franceses en Cataluña y en Flandes; en la medida de ellas atacó también a los portugueses en su frontera oriental; su reino de Nápoles estaba en rebelión. La prolongada guerra le había dejado exhausto, como exhausta a toda Europa también; había, para su propia ruina, combatido las batallas religiosas en la Europa central, al lado del Emperador, durante muchos años, y su nuevo matrimonio significaría una aproximación más íntima del Emperador a la causa de España. La impotencia de los enlaces matrimoniales para resistir a las fuerzas políticas, se comprobó una vez más cuando Felipe hubo de conocer a su prometida. El tratado de Westfalia (Octubre 1648) fue firmado por fin, y España, que con la guerra había sufrido tanto, quedó aún más sacrificada en la paz. La cuestión religiosa quedó en Alemania definida para siempre, y el sueño de Carlos V acabó totalmente de desvanecerse: la independencia de Holanda, que había arrastrado a la guerra y mantenido en ella a España por casi cien años, quedó reconocida por fin, siendo imposible ya que Felipe imaginara combatirla. Alsacia tocó a Francia y Pomerania a Suecia; las potencias del centro de Europa se dieron por satisfechas; el Emperador cesó de tener motivo de hacer la guerra, y España quedó frente a frente con su enemiga la Francia, y sin la ayuda imperial que Felipe había pagado tan cara.

Con ceremonias y pompas, que sería cansado referir, la joven Princesa salió de Viena en 13 de Noviembre de 1648, haciendo su camino lentamente, acompañada de su hermano el Rey de Hungría, hasta Trento, donde los representantes de Felipe se encargaron de acompañar a su vez a la nueva Reina. Lleváronse a efecto interminables festejos en Trento y en otras ciudades italianas (1), y en Madrid simultáneamente. Calles

(1) Los progresos y sucesos de aquella jornada refiérelos día por día

iluminadas, corridas de toros, y fiestas de Palacio, que presenciaba Felipe con semblante de desengaño y el corazón oprimido, celebraron el anuncio de las bodas, que coincidieron con la noticia de haberse recuperado Nápoles, merced a la diplomacia del joven Don Juan de Austria, hijo de Felipe, en el invierno de 1648. Pero hasta el 4 de Setiembre del siguiente año no llegaron a España la novia y su comitiva española, compuesta de ciento sesenta nobles. Aquel día desembarcaron en Denia, ciudad del reino de Valencia.

En Navalcarnero, pueblo situado a unas quince millas de Madrid, llegó la gran cabalgata el 6 de Octubre de 1649; y allí se había prevenido que Felipe esperara a su esposa (1). Durante muchos meses no había cesado de escribir a la monja, deplorando su incapacidad para resistir a las tentaciones de la carne, juzgando que por sus pecados venían las guerras, pestilencias y miseria que azotaban a su amado pueblo. Con tales escrúpulos de conciencia debería darse por satisfecho—agotado además por su vida de placeres—con entrar en una unión legítima que le pusiese a salvo de las tentaciones. Disfrazado fue a observar la entrada de su prometida en Navalcarnero, y luego se alojó en distinta población antes de hacer su visita de ceremonia. María tenía entonces quince años, y era una joven de compleción sanguínea y ánimo recio. Al salir de Denia, su camarera, la Condesa de Medellín, la había reconvenido severamente, porque había reído a los donaires de los bufones que trataban de divertirla, cosa que, según la etiqueta, no podía una Reina de España hacer en público. Pero Mariana, burlándose

Mascarenhas, obispo de Livia, que acompañaba a la Reina en su *Viaje de la Serenísima Reina Doña Margarita de Austria*. Madrid, 1650.

(1) Ha excitado la curiosidad de muchos investigadores averiguar por qué los casamientos reales han tenido lugar ordinariamente en lugares insignificantes y pobres, como Navalcarnero y Quintanapalla. La verdadera razón parece ser que cuando tal sucedía, aquel pueblo quedaba libre en lo sucesivo de pagar tributos. Y cuanto más pobre era el pueblo, menor era el sacrificio de la Hacienda pública.

de tal mogigatería con el desenfado propio de sus pocos años, se rió cuanto le vino en gana durante la representación cabal de una comedia que se hizo en Navalcarnero, hasta tanto que llegara la hora de la cena.

El Rey y la Reina se vieron por primera vez en el pequeño oratorio en que su casamiento había de ser confirmado por el Arzobispo de Toledo, y después de muchas comedias y corridas de toros, la real pareja se encaminó a El Escorial, iluminado entonces con no menos de 11.000 luces, y allí pasaron la luna de miel. Mariana hizo su entrada oficial en Madrid el 15 de Noviembre, partiendo del Retiro. La capital se superó a sí misma en muestra de regocijo, pues Felipe era popular en extremo, y sus súbditos anhelaban un heredero para su trono. Se cuenta que en toda la longitud que media entre el Retiro y el Palacio Real, que es como decir de un cabo al otro de Madrid, estaba el camino adornado de arcos de flores, construcciones monumentales, con divisas en que se expresaba la bienvenida a los desposados (1). La Reina cabalgaba en blanquísimo palafrén, y sonreía con amable manera a las demostraciones de alabanza que sus súbditos hacían, y que bien conocían al ver sus frescos colores, sus labios de carmín y su rostro retozón, como en aquel su juvenil pecho latía su corazón egoísta y glacial.

No tenía tiempo Felipe en aquellos días de su luna de miel tan solicitados por diversos placeres y regocijos, para escribir a la monja consejera, y aun se ha de pensar que le faltaba ahora motivo libre como estaba en las primeras semanas de aquellas tentaciones que tan frecuentemente deploraba. Mas el 17 de Noviembre vemos que escribía expresando la más viva satisfacción por tener tal ayuda. «Confieso a Vuestra Merced—decía,—que no sé cómo dar gracias a nuestro Señor por la merced que me ha hecho dándome tal compañera; pues todas

(1) Todo ello lo describe Amador de los Ríos en su *Historia de Madrid*, y menciona las sumas enormes que entonces se gastaron.

las dotes que hasta ahora he reconocido en mi sobrina son excelentes, y yo por ello me hallo harto contento y deseoso de mostrar que no soy ingrato a tanta merced, cambiando mi manera de vivir y sometiéndome en todo a su voluntad» (1). La monja, en respuesta, le exhorta a proseguir en esta nueva manera: «Buscando con todo empeño que a la Reina no le falten vuestras atenciones y obsequios, y no distrayendo los ojos de Vuestra Majestad en objetos extraños y curiosos.» «Toda España—prosigue Sor María,—anhela un heredero, y para que sea concedido no deja de rogar a Dios un momento.»

Felipe estaba lleno de buenas intenciones. Prometíase no pecar mas; pero, aunque tenía tanto deseo de sucesión como su pueblo, le asaltaba la duda de si su mujer había llegado ya a la madurez suficiente para tener hijos. «Por más que muchas de su edad, que es de quince años, los tienen. A Dios nuestro Señor le es fácil poner remedio en esto y espero en su misericordia que nos atenderá» (2). En este tiempo, la depositaria de todas estas esperanzas se entretenía cuanto podía en diversiones infantiles con la hija de su marido, que entonces tenía diez años, y que parece haber sido su compañía de siempre. Felipe, cuando escribe de ellas, habla de las dos diciendo: «las niñas», y muchas veces nos hace conocer la alegría de Mariana por los espectáculos y regocijos públicos. Otra vez volvió a animarse el Buen Retiro con frívolas fiestas. No había otra diversión para la Corte que comedias y mascaradas, mientras la peste flagelaba el país, Cataluña y Portugal desafiaban las tropas de Felipe, y los franceses en Flandes echaban a pique sus escuadras. El deleite, la alegría del vivir, absorbían la atención de la joven Reina; y pocos meses después de la boda, ya habla Felipe de ella con algo de pesadez, insistiendo en enumerar sus encantos o en sus esperanzas de sucesión. Después de un nuevo chasco, vino otra criatura en Julio de 1651, una

(1) *Cartas de Sor María*, etc.

(2) *Cartas de Sor María*.

niña que fué bautizada con la exagerada esplendidez de siempre, y se le puso el nombre de María Margarita (1). Concibiéronse alegres esperanzas nuevamente, que se vieron también chasqueadas, y Mariana cayó en profunda tristeza, porque Felipe había vuelto a sus malas costumbres a pesar de sus resoluciones y promesas, y la tardanza en venir un heredero aumentaba su frialdad para con ella. A veces la sacaban de su abatimiento los regocijados festejos del Buen Retiro (2), pero Felipe sentía ahora poquísimo gusto en estas diversiones brillantes; le acuitaba el no tener aquel hijo suspirado y el ver cómo la guerra y la peste azotaban a España, lo que consideraba efecto de sus culpas.

La vida de Palacio entró de lleno en la monotonía. Felipe, sumergido en sus asuntos «con la pluma constantemente en la mano», como él dice, tenía poco tiempo que gastar en frivolidades. Su continente, en público, era como de estatua, y se dice que cuando recibía a sus ministros o embajadores, no movía ni un solo músculo de su rostro, fuera de los labios. Todo movimiento estaba prevenido con anticipación, y era posible predecir con un año de antemano y con toda exactitud, dónde estaría le Corte en tal día y lo que el Rey estaría haciendo en tal hora. Mariana vivía a su manera, con pocas señales de afecto hacia su esposo, de edad tan diferente, o hacia la gente que le rodeaba. Por entonces (1657) había entrado en la rígida etiqueta de la Corte de España; y en los intervalos de su alegría bullanguera, desplegaba una altivez tan grande como la del mismo Felipe, sin la ternura recóndita de su resignación patética. Era alemana en todas sus simpatías, y pronto perdió el amor de los españoles, que había podido atraerse con el frescor de su juventud (3). Vestida con su bas-

(1) Casó, andando los años, con su primo el Emperador Leopoldo.

(2) *Reinas Católicas*: Flórez.

(3) Hasta llegó a introducir la etiqueta austriaca en sus recepciones, tal como obligar a las damas que se le presentaban, que entraran por una puerta y salieran por la opuesta. (*Avisos de Barrionuevo*.)

quiña tremenda de triple vuelo, su tocado rígido y acomodado en forma cuadrangular y con sus mejillas arreboladas, presentaba majestuosa apariencia en público; pero su rostro inflado, adusto, sus ojos mortecinos y prominentes mandíbulas, le daban un aspecto más repulsivo que atrayente.

La mojigatería superficial de su Corte velaba apenas un estado de inmoralidad espantosa entre todas las clases. Se llegaba a considerar como demérito particular, entre las damas viudas o casadas que en infinito número estaban afectas al servicio de Corte, no tener algún galán frenético, pronto a perderse por el capricho de ellas; y como resultado de esto, los asesinatos en la capital estaban a la orden del día; las cartas de novedades de aquel tiempo están llenas de historias escandalosas, en que figuran, por manera bien torpe, nobles, damas, actrices. La corrupción reinaba con más descaro que nunca, y mientras los barcos se pudrían en los arsenales, y los soldados sin paga se consumían de inedia en el campamento, se gastaban enormes caudales en espectáculos insensatos y diversiones de Corte. Felipe ahora se complacía poco en estas cosas, a las que asistía como un autómatas de plomo, sólo para atormentarse con los remordimientos después; pero aun entonces, la costumbre o su misma flaqueza le hacían consentir eseándalos, tales como la imposición de un tributo sobre el aceite para pagar la construcción de un nuevo teatro en el Buen Retiro, o el robo de un gran candelabro de plata del Santuario de Nuestra Señora de Atocha (que tanta veneración tenía) para iluminar el teatro (1).

En Setiembre de 1654 se anunció que otra vez estaba encinta Mariana. «Quiera Dios que así sea—escribía un cortesano;—pero si ha de venir una niña, poco vale. No hemos menester de más, que ya ha muchas mujeres» (2).

Descansaban las esperanzas del Rey en que por fin le nace-

(1) *Avisos de Barrionuevo*, vol. II, pág. 303 (Febrero 1656).

(2) *Ibid.*, vol. I.

ría varón, y Mariana, con muchas ansias, le pedía estuviera siempre a su lado, porque cuando no había fiestas, era presa de atroz melancolía, que aumentó aun más cuando a los pocos días le nació una niña. Los pronósticos de astrólogos y charlatanes decidieron, en el verano de 1655, que el anhelado varón estaba de veras en camino; y cuando el tiempo llegó, ya se habían prevenido inauditos aprestos para celebrar el acontecimiento. El Marqués de Heliche disponía de veintidós comedias escritas para representarse en las próximas fiestas, y se invirtieron grandes cantidades de dinero en las decoraciones. Los más ligeros caprichos de Mariana se tornaron en ley, y Felipe apenas se apartaba de su lado. El viejo palacio se iba descuidando; en cambio, el del Buen Retiro cada vez estaba más animado. Don Juan de Austria envió de Flandes tapices maravillosos y ropa de cama nunca vista. El catre era de bronce sobredorado, que costaba una fortuna; los paramentos de la alcoba eran un montón de perlas y bordados de oro sobre raso. «No hay que buscar a la Reina en otro sitio que el Retiro, porque en Palacio se entristece. Pasa las mañanas entre sus flores, los días en fiestas y las noches en comedias. Y esto sin cesar; yo no me explico cómo una vida tan llena de placeres no acaba por abatirla» (1). Pero los adivinos se engañaron una vez más, pues en Diciembre otra niña epiléptica nació, y murió al punto, «a pesar de San Cayetano» (2).

Mariana cayó enferma de gravedad después de este parto, y un leve ataque de parálisis, entre otras complicaciones, la tuvo varias semanas luchando entre la vida y la muerte; Felipe procuró con afán animarla, y habiendo pedido las Cortes que reconociera como heredera a su hija María Teresa, se opuso a ello, alegando que esto afligiría a la Reina, que, según decía,

(1) *Barrionuevo*, vol. II.

(2) La comedia de San Cayetano había sido representada por deseo especial de la Reina, pocos días antes, no sin dificultades, porque la Inquisición se oponía. Fue tal el concurso de gente, que varias personas murieron aplastadas.

tenía confianza en tener un heredero directamente suyo. Las cartas del Rey a la monja manifiestan que en este período estaba hundido en la más tétrica desesperación, a causa de sus muchas contrariedades; pues Crómwell se había apoderado de Jamaica, y España estaba en lucha por mar y por tierra, con Francia y con Inglaterra a la vez. Mientras tanto, Felipe entretenía a su mujer con diversiones tales, como mandar encerrar en unas cajas un centenar de ratas, que de improviso se soltaron en el teatro lleno de mujeres (1); era víctima de una debilidad morbosa, vecina a la locura, que le adelantaba la muerte, en medio de sus lágrimas por la ruina que envolvía a España y a él mismo, y por la falta de un hijo varón.

Uno de los caprichos extravagantes que le dominaban entonces era pasarse horas enteras solo en el nuevo mausoleo de jaspes de El Escorial, en que acababan de depositarse los restos de sus antepasados. Escribía después de una de estas visitas en 1654:

«He visto el cadáver del Emperador, que aún permanece incorrupto después de noventa y seis años, en lo que se ve que el Señor le ha querido recompensar por sus esfuerzos en favor de la fe cuando vivía. Esto me ha servido de mucho; en particular, cuando contemplo el sitio destinado para mí, cuando Dios me llame. Yo le ruego que no permita me olvide de lo que he visto» (2). Y poco tiempo después, un contemporáneo suyo nos recuerda que el Rey había pasado dos horas solo, arrodillado en las losas del mausoleo, orando ante su propia sepultura; y cuando salió, sus ojos estaban colorados y henchidos de lágrimas (3).

Otra vez, en Agosto de 1656, tuvo una niña Mariana, que también murió en el mismo día. La consternación más tremenda hizo presa en los Reyes, pues no veían ya relucir el más leve rayo de esperanza por ninguna parte. No había dinero

(1) *Barrionuevo*, vol. II, 308.

(2) *Cartas de la venerable Sor María de Agreda*.

(3) *Barrionuevo*, vol. III, 63.

para las necesidades más comunes. Los tesoros de las Indias caían con perfecta regularidad en poder de los ingleses, que llegaron a atacar a Cádiz mismo, en tanto que los franceses, en la frontera de Flandes y en Cataluña, hacían cuanto les venía en gana, sin casi encontrar resistencia, y los portugueses desafiaban su antigua soberanía. Felipe estaba pronto a hacer la paz a costa de cualquier sacrificio, por lo menos con los franceses; pero las exigencias de Mazarino eran demasiado humillantes para una potencia que había reclamado por tanto tiempo la soberanía de Europa. Por fin, en medio de tantas aflicciones renacieron las esperanzas, porque los astrólogos volvían a predecir que esta vez la Reina tendría hijo varón. No hubo antojo de Mariana que no fuera al punto contentado (1). Fiestas acuáticas en el estanque del Retiro, interminables representaciones cómicas como de costumbre, corridas de toros con ridículas suertes, y diversiones de toda clase que la solazaran y animaran. Don Juan envió esta vez un aderezo de cama aún más costoso que el del anterior regalo. Mientras en estas cosas se prodigaba tanto, aumentaron de tal manera los impuestos, que ahogaban la producción, con lo que se vino a tan gran penuria, que en el propio Palacio Real, Felipe, mismo en la víspera de la Presentación de la Virgen (20 Noviembre 1657) no tenía para comer más que huevos, sin pescado, ni su mayordomo tenía un real para mercar ninguna cosa (Barrionuevo). Justamente, cuando se hallaba en tales apuros nació el hijo de sus deseos. Venía por fin el heredero de aquel hombre agobiado a los cincuenta y dos años por una corona que le aplastaba.

Volvió como siempre Madrid a arder en fiestas, mientras Mariana, en su gravísimo trance luchaba entre la vida y la

(1) Cierta día (8 de Noviembre 1657) tuvo antojo repentino de comer buñuelos, y al momento se envió gente a buscarlos a la Plaza, que es donde se vendían. Lleváronle un gran caldero de ocho libras, todo vahando con los buñuelos cubiertos de miel, y Mariana comió con codicia hasta hartarse.

muerte. No quedó banco ni mesa en el Palacio sin romper, ni bodegón o taberna en la población que se libraran de ser saqueados por una multitud de pícaros holgazanes que marchaban con músicas y cantando, y cuando podían, despojaban hasta de sus vestidos a las personas decentes para pagarse sus franquicias (1). Después hubo las corridas de siempre, mascaradas y comedias interminables, con nuevas tramoyas y efectos escénicos. No hubo noble de Castilla que omitiera felicitar al Rey. Los astrólogos, como solían, estaban en las plazuelas prediciendo, por lo que leían en las estrellas, que el recién nacido sería sabio, prudente y valeroso, y sobreviviría a sus hermanos y hermanas con próspera y afortunada carrera. El padre, orgulloso, sentía inmensa gratitud hacia el Altísimo por el señalado favor de El recibido. «Ayúdeme sor María—escribe a la monja—a darle gracias; porque yo por mí soy incapaz de hacerlo dignamente; y pídale me haga agradecido y justo, y me dé fuerzas en lo sucesivo para hacer su santa voluntad. El recién nacido está bien, y yo imploro a Vuestra Merced le tome bajo su protección, y ruegue a nuestro Señor y su Santa Madre le conserven para su servicio, exaltación de la fe y bienestar de estos reinos. Y si no ha de ser así, pídale me lo lleve antes de que llegue a la edad adulta» (2).

Felipe y sus cortesanos prorrumpieron en himnos de admiración por la belleza y perfecciones del niño que acababa de nacer. Nunca, con seguridad, se había visto ángel más hermoso que este pobre trozo, epiléptico de carne humana, que tan patéticas esperanzas sugería. El 6 de Diciembre, en fuerte potro napolitano, salió Felipe por las calles de Madrid a visitar a la Virgen de Atocha para darle gracias por el bien concedido.

Empezó en seguida en la Corte la serie de festejos oficiales. Fuentes que manaban vino, músicas y danzas día y noche,

(1) *Barrionuevo*.

(2) *Cartas de la venerable Sor María de Agreda*. La oración del Rey fue atendida, pues el niño murió a los cuatro años.

máscaras extravagantes en procesión, corridas de toros, y prolijas pantomimas y ridículos espectáculos, atestiguaban el placer que con el Rey compartía Madrid por el advenimiento del sucesor en el trono (1). Felipe mismo, estaba de mejor temple, permitiéndose chistes con su favorito D. Luis de Haro; y en la brillante ceremonia del bautizo del Príncipe Felipe Próspero, una semana más tarde, el Rey, escondido en su sillón confesonario, complacido y orgulloso de los recios chillidos de la criatura, le decía por lo bajo al mencionado Haro: «¡Ah!, cómo me gusta oírle; se nota en él lo varonil que es» (2). Felizmente, no podía el Rey prever que aquel niño, por quien había rogado con tanto fervor, llegaría a faltar cuatro años después, víctima de la degeneración de su linaje; y que el niño que le había de suceder realmente, fruto incestuoso, terminaría en imbecilidad decrepita la progenie del gran Emperador, en triste conformidad con la decadencia del país.

En tanto las fiestas costosas y continuas con que se celebraba la tardía convalecencia de la Reina, después del nacimiento de aquel hijo enfermizo, seguían escandalizando, pues los asuntos nacionales, tan necesitados de atención, iban de

(1) La extravagancia de estos regocijos valió al Rey una reprimenda de parte de la monja... «Está bien y es político en V. M. recibir las felicitaciones de los súbditos; pero yo os suplico con afán que no consintáis se gaste tanto dinero en estos festejos, cuando hay tanta falta de él para la misma defensa de vuestra corona. No permitáis que en estas fiestas se ofenda a Dios... Bien está regocijarse con el nacimiento del Príncipe... pero ello ha de ser con juicio.—*Cartas*.

(2) *Barrionuevo*. El mismo refiere una circunstancia curiosa del acto del bautismo. La doncella que tenía el niño se lo pasó, como era usanza, a la Infanta Margarita, de edad de seis años, su madrina. El único vestido que llevaba la criatura consistía en una túnica cortísima, que le dejaba desnudo de medio cuerpo hacia abajo. Sorprendida la Infanta de lo que, a su parecer, demostrada descuido irreverente, preguntó enojada a la doncella la causa, y le fue contestado que se hacía siempre así para que se pudiera cerciorar de que era varón.

mal en peor (1). Don Luis de Haro, primer Ministro de Felipe, había partido a socorrer a Badajoz, atacada ferozmente por la varonil Reina de Portugal, española por cierto, y fue derrotado lastimosamente por aquellos portugueses a quien en tan poco se les tenía. Humillación fue ésta que demostraba al mundo la completa impotencia de España; mas en Junio del mismo año aun debía sufrir España golpe más calamitoso que todos los pasados. La batalla de las Dunas, o de Dunquerque, en la cual D. Juan, Condé y el Duque de York, por la parte de España, fueron en contra de Turena, ayudado por las tropas de Crómwell fue una derrota desastrosa para las fuerzas de Felipe, que dejó Flandes a merced de los franceses. Era evidente que Felipe no podría ya combatir, porque España había sido sangrada hasta la muerte. La despoblación de Castilla era tal que se adoptó un proyecto—el cual no pudo llevarse a cabo por falta de dinero—para repoblar el país con católicos irlandeses y dálmatas.

Hubo otras circunstancias que favorecieron la paz, además del agotamiento de España. Los largos años de guerra habían gravado enormemente los recursos de la nación francesa. Los catalanes, por aquella sazón, estaban hartos inmensamente del rey culebrón de Francia, y suspiraban ya por la vuelta del rey zoquete de España. Mazarino, además, había echado miradas codiciosas a la sucesión del trono español, con que podía contarse en el caso probabilísimo de que llegara a faltar a Felipe descendencia en su segundo matrimonio. Muchos hacía que la Reina Regente Ana de Austria tenía empeño por la paz con su hermano; pero las circunstancias y su propio orgullo nacional habían frustrado sus propósitos. Los esfuerzos de los agentes

(1) *Barrionuevo* refiere (vol. IV, pág. 166) que un santo fraile franciscano, a quien Felipe hizo llamar para que rogara por la salud del niño, contestó que de buena gana lo haría, pero que mejor oración sería que el Rey diera de mano a tantas comedias y regocijos e hiciera oración él mismo. Esto aconteció en Junio de 1658, época en que la monja también le exhortaba en igual forma.

del Emperador en Madrid, ayudados poderosamente por Mariana, habían predispuesto también un acuerdo entre España y Francia. En 1656, M. de Lionne fué secretamente a Madrid, de parte de Mazarino, y allí pasó muchos meses en frecuentes conversaciones con Luis de Haro, tratando, mas sin éxito de negociar la paz.

En una de estas conferencias, Haro llevaba en su sombrero, como gala, una medalla con el retrato de la Infanta María Teresa, hija de Felipe y de su primera mujer. «Si vuestro rey diera a mi señor por mujer el original del retrato que lleváis—decía Lionne, aleccionado hábilmente por Mazarino,—la paz sería pronto un hecho.» Nada más se habló sobre ello en esta ocasión, porque en tanto no hubiera hijo varón, Felipe no osaba casar a la heredera de España con Luis XIV; pero al nacer el niño, la idea de tal matrimonio empezó a parecer realizable. Los intereses de Austria aún se interponían en el camino. Mariana, que era realmente tan embajadora de su hermano como el mismo embajador, empleó todas sus fuerzas para desbaratar el plan, y con toda actividad se abogó por un matrimonio entre María Teresa y Leopoldo, heredero del Imperio. Felipe por algún tiempo consintió en decidirse a favor de la causa austriaca, que tan ruinosa le había salido.

Así que el proyecto de enlace con la casa de Francia pareció viable, como consecuencia de muchas intrigas secretas entre Mazarino y Haro, el Emperador ofreció a Felipe un gran ejército en Flandes, para ayudarle a expulsar a los franceses; mas cuando Felipe aún vacilaba entre las instancias de su esposa y las de sus parientes, de la otra parte y la penuria le ahogaba, imposibilitándole para hacer la guerra, Mazarino jugó la carta que había de darle el triunfo. Lleváronse a Luis con toda pompa a Lyon para que hiciera la corte a la princesa de Saboya; temiendo entonces Felipe una coalición contra España, se apresuró a enviar a su Ministro Haro para que en persona negociase la paz con Mazarino, a orillas del Bidasoa. Durante el otoño de 1659, en la histórica isla de los Faisanes, de

aquel río, empeñóse aguda lucha diplomática, en que no se descuidó una minucia; muchas veces parecía que aquellos trabajos no conducirían a nada, porque los españoles eran tan soberbios como siempre y los franceses tan codiciosos. Pero la menguada salud de aquel pequeñuelo, que era el único tropiezo entre la Infanta y la herencia de la corona de España, motivó que Mazarino se moderase al fin en sus exigencias; pasóse por alto la mayor dificultad, que era la restauración de las posesiones confiscadas por Condé, y se concluyó uno de los tratados más decisivos de la Historia.

Lance poco favorable vino a ser para España, porque perdía mucho de sus dominios de Flandes y el Condado del Rosellón; pero al menos recobraba Cataluña, y, lo que es más, aseguraba la paz con Francia. Casaríase la Infanta con Luis XIV; pero los españoles insistieron en que había de renunciar a suceder en el trono a su padre, si bien Mazarino quitó eficacia a la cláusula ésta, estipulando que la renuncia llevaría aparejado como compensación el pago de 500.000 escudos de dote de la Infanta, cantidad que con toda probabilidad Felipe se vería imposibilitado de pagar (1). Por entonces Mariana había dado a luz otro niño, que murió en seguida. Cuando la Embajada pomposa del Duque de Grammont fué a Madrid a pedir la mano de la Infanta, la Reina no se cuidó de manifestar agrado a los visitantes, por considerar que le traían su derrota y la de su familia.

Uno de los que acompañaban la Embajada de Grammont nos ha dejado animada pintura de los Reyes y de las representaciones magníficas que tuvieron lugar en el Palacio con tal motivo (2). «El gran salón—escribía—estaba alumbrado con seis grandes hachas de cera en gigantescos candeleros de plata. A uno y otro lado se veían dos palcos o tribunas resguar-

(1) *Recueil des Instructions données aux ambassadeurs de France en Espagne*, vol. I. (Morel-Fatio.)

(2) *Journal du Voyage d'Espagne*. Paris, 1669.

dados por verjas de hierro. El uno estaba ocupado por las Infantas y algunos cortesanos, y el otro estaba destinado al Mariscal (Grammont). Dos bancos, uno enfrente del otro, cubiertos de alfombras de Persia, estaban a los lados de la sala. En ellos se sentaban algunas docenas de damas de la Corte, y nosotros, los caballeros franceses, estábamos en pie detrás de ellas..., luego la Reina y la pequeña Infanta entraron precedidas de una dama, que llevaba un hacha. Cuando apareció el Rey saludó a las damas, y tomó asiento en el palco, a la derecha de la Reina, y la Infanta se puso a la izquierda. El Rey estuvo sin hacer el menor movimiento durante la representación de toda la comedia, y sólo una vez dijo a la Reina una palabra, no sin mirar alrededor: tenía un enano cerca de sí. Cuando acabó la comedia, todas las damas se levantaron y se reunieron en medio, como la etiqueta prescribe. Luego juntaron las manos e hicieron sus reverencias, en lo que se pasaron siete u ocho minutos, pues cada una de las damas había de hacer las ceremonias por separado. En todo este tiempo el Rey estuvo en pie, y luego se inclinó ante la Reina, la que hizo otro tanto con la Infanta, y, por último, juntando todos las manos, se retiraron.»

En Abril de 1660 Felipe se despidió de Mariana, y se puso en camino para su famoso viaje a la frontera francesa para ratificar la paz de los Pirineos con su hermana Ana de Austria, a la que no había visto desde hacía cuarenta años, y para dar a su hija en matrimonio al joven Rey de Francia. Felipe, por economía, dispuso que le acompañara el menor séquito posible; pero aun así, era tan enorme el número de servidores y el de sus nobles, y tan descomunales los aprovisionamientos y bagaje, que toda la escolta ocupaba veinte millas de camino. En su lento viaje, a razón de seis millas por día, eran saludados por campesinos, demacrados, míseros, que se quedaban llorando de contento, pues aquello significaba la paz. Llegó por fin la comitiva al lugar ya histórico por tantas ceremonias y fiestas reales, las orillas del Bidasoa, a primeros de Junio. En

el insignificante islote de aquel río, en donde el año anterior se había celebrado la entrevista de Haro y Mazarino, aún subsistía intacto el palacio provisional que para aquel intento se había edificado, y en él se llevó a cabo la magnífica ceremonia de confiar a Luis XIV el acompañamiento de María Teresa, su futura esposa (1).

Los espectadores, franceses y españoles, de aquella escena, describen, con fastidiosa prolijidad, lo que vestían y cómo parecían todos y cada uno de los cortesanos; pero la persona más considerable de cuantas iban en aquella comitiva entre los españoles era el aposentador del Rey, cuyo gusto exquisito y conocimientos especiales habían dirigido los pormenores artísticos de la fiesta, Diego de Silva Velázquez, de quien describiré los vestidos como muestra de lo que debieran ser los de los demás. Era la ropa negra, enteramente cubierta con recamos de plata milaneses, y guarnecía su cuello una golilla, que había reemplazado a la valona, a instancias de Felipe, hacía muchos años, con la mira de ahorrar el excesivo gasto de almidón (2). En su ropilla iba bordada la gran cruz de Santiago, encarnada, y semejando algo a una espada, y a su costado llevaba la propia espada en vaina de finísimas labores de plata; y al pecho una pesada cadena de oro, de la que pendía un pequeño medallón de diamantes, que encuadraba la dicha cruz encarnada de la Orden de Santiago (3).

La restauración de los Estuardos en Inglaterra, después de la ratificación del tratado de los Pirineos, hizo fáciles las negociaciones de paz entre esta nación y España, y al comenzar el 1661 se vió Felipe por primera vez en paz, después de

(1) Castillo: *Viaje del Rey N. S. a la Frontera de Francia*. Madrid, 1667.

(2) La golilla tan característica de este reinado era un collar de cartón rígido, guarnecido por abajo con paño y por arriba con seda muy delgada.

(3) Palomino: *Vida de Velázquez*. Todos los decretos sobre el lujo quedaron en suspenso. En esta ocasión cambia la moda española.

un reinado de cuarenta años, con todas las potencias de fuera de la Península.

Pero era preciso volver a conquistar al Portugal rebelde. Hirió nuevo desastre a los españoles. Don Juan, el hijo natural del Rey, fue derrotado en Amegial después de algunos sucesos parciales, porque Mariana había trabajado activamente en contra suya, procurando que se le negaran los refuerzos y municiones que necesitaba.

Mientras Don Juan luchaba contra los portugueses y sus favorecedores los ingleses, con fuerzas desiguales y heroísmo inútil, Felipe iba hundiéndose cada vez más en aquel achaque de fanatismo enfermizo que afligió en sus últimos años a tantos individuos de su raza. Su único hijo, Felipe Próspero, después de una vida de cuatro años de enfermedades continuas, falleció en los primeros días de Noviembre de 1661, como el año anterior murió también otro niño que naciera después. Desposeído el padre que había velado junto al lecho de su hijo hasta el último instante, no tuvo ya valor para resistir este golpe horroroso; de suerte que ni aun pudo en esta ocasión, como él mismo confiesa, recurrir a su último consuelo: la correspondencia con la monja Sor María de Agreda. Cuando pudo hacerlo, deja escapar como otras veces su grito de remordimiento. «Aseguro a Vuestra Merced—escribía,—que aún más, mucho más que mi desgracia, me apena el ver claramente que he ofendido a Dios, y que El me envía tantas tribulaciones como castigo de mis culpas. Solamente quiero saber qué tengo de hacer para enmendarme y cumplir del todo su santa voluntad. Hago y haré lo que en mí esté; porque antes quiero perder mi vida que ofenderle más. Ayúdeme como buena amiga, con sus oraciones, para aplacar la justa cólera de Dios e implorar al Señor que ha sido servido de llevarme el hijo, que bendiga ahora el nuevo alumbramiento de la Reina, que se espera de un día a otro, y mantenga su buena salud al hijo que ha de nacer si así conviene a su santo servicio, mas no si así no conviniera. La Reina ha sufrido este golpe con harta

tristeza, pero con resignación cristiana. No me maravilla, porque es un ángel. ¡Ah, Sor María! Si yo me hubiera dejado guiar de sus enseñanzas no me vería quizá en esta cuita» (1).

Pocos días después de ser escrita esta carta, Mariana dió a luz un niño raquítico, mezquino, que parecía amenazado de muerte prematura. Pero su nacimiento causó en España un torbellino de regocijos tan exagerados cual nunca se habían visto. Felipe, sin embargo, estaba ya sumamente abatido (la gente decía hechizado), para poderse reanimar gran cosa ni aun con el nacimiento de un hijo. A compás de su decadencia iba creciendo el poder de Mariana. Con las maniobras del jesuíta alemán Everardo Nithard, se las arregló para arrastrar otra vez a su infeliz esposo al ciclón de la política imperial, que ya había hecho naufragar a España, persuadiéndole a levantar un ejército para ayudar a Austria y Hungría en contra de las incursiones de los turcos. Mazarino había muerto al poco tiempo de la paz de los Pirineos, y los nuevos consejeros de Luis XIV estaban incitando a éste a que atajase la aproximación que se intentaba entre Austria y España, agrediendo repentinamente los Estados españoles de Flandes. Don Juan, que con toda severidad se había opuesto a los planes germanófilos de España, se retiró a Consuegra apesarado y en desgracia con el Rey. Los Gobiernos de Francia e Inglaterra, asumieron ahora para con España un tono dictatorial antes nunca oído en esta nación, y Felipe, maltrecho en su salud y en sus ánimos, no sabía adonde volver la vista para encontrar consuelo y amparo; su Ministro Haro había muerto, y la monja que por tantos años habían sido su refugio, había entrado en el del eterno descanso en la primavera de 1665. Nadie le quedaba como no fuera Mariana, que ya estaba trabajando para dominar sin oposición cuando su marido muriera, y su confesor Nithard que aspiraba a gastar en beneficio de Austria los pocos recursos que en España quedaban.

(1) *Carta de Sor María.*

Otros había que acechaban también lo que ocurriría a la muerte de Felipe. Sir Ricardo Fanshawe fue enviado a Madrid, de parte de Carlos II de Inglaterra, con motivo de negociar el reconocimiento de la independencia de Portugal, pero además con el de usar la mayor habilidad e industria en penetrar y descubrir bajo qué modelo y forma pretende su Majestad Católica dejar el gobierno cuando Dios sea servido de llamarle; lo que, considerando su gran decaimiento y achaques, puede presumirse que no tardará mucho (1). Cuando Felipe recibió por primera vez a Fanshawe en Junio de 1664, estaba tan débil y cansado, que sólo pudo pedirle le dejara por escrito su mensaje, y ya en lo sucesivo toda Europa consideró al Rey como un moribundo que no tiene más que hacer en el mundo.

Al paso que él declinaba iba subiendo la importancia de Mariana. Lady Fanshawe da una relación de su entrevista con la Reina en 27 de Junio de 1664, habida en el Buen Retiro, que manifiesta cómo Mariana era ya considerada casi como la única soberana de España: «Fué recibida en el Buen Retiro por la guardia, y luego, al subir la escalera, me recibió la Marquesa de Hinojosa, Camarera mayor de la Reina, que estaba aguardando. Por entre multitud de personas pasé a presencia de la Reina. Su Majestad estaba al final del salón, sentada bajo un dosel regio, sobre tres almohadones, y a la izquierda la Emperatriz (2), sobre otros tres. Las damas de asistencia estaban en pie. Después de hacer mi última reverencia, Su Majestad y la Emperatriz se levantaron, hicieron una leve inclinación de cabeza y tornaron a sentarse; luego, valiéndome de mi intérprete Sir Benjamín Wrigth, hice los cumplimientos debidos a Su Majestad, a los que ella contestó con graciosa y amable respuesta. Después, presenté a mis hijos, a quienes Su

(1) *Original Letters of Sir R. Fanshawe*. Enero, 1664.

(2) Esta era la Infanta Margarita, hija de Mariana, tan conocida por el retrato que de ella hizo Velázquez; tenía en esta sazón trece años, y estaba prometida a su primo el Emperador Leopoldo. Casóse dos años después y murió en 1673, a los veintidós años de edad.

Majestad recibió con no menos gracia y favor. Entonces Su Majestad dijo que me sentara, lo que hice en un almohadón dispuesto al efecto. Sentáronse todas las otras damas, pero en lugar inferior al de la Camarera mayor, ante quien ninguna mujer tiene precedencia fuera de las Princesas... Habiendo pasado así media hora en conversación, me despedí de Su Majestad y de la Emperatriz, haciendo, al pasar, mis saludos a las damas (1). Algunos meses después, la Reina envió a la dama inglesa muchos mensajes de consideración y estima, con un espléndido adorno de diamantes, evaluado en dos mil libras, que aceptó Lady Fanshawe con exageradas protestas de humildad, y tornó a darle las gracias en otra visita (8 de Abril 1665).

La derrota completa y final de los españoles en la frontera portuguesa, que ocurrió aquel mismo año, hizo perder las esperanzas de recobrar el perdido reino, y llenó de amargura a Felipe. Había escrito en la primavera a la monja moribunda que no deseaba más salud y vida que la que conviniera al servicio de Dios, y que estaba pronto a escuchar a su llamamiento. Este llamamiento tuvo efecto en Setiembre de 1665. Su enfermedad crónica habíase agravado en tales términos por la angustia y la melancolía, que al mediar dicho mes los médicos se declararon impotentes para salvarle. Entonces tuvo lugar una de aquellas mogigangas lúgubres, tan comunes en aquel tiempo en España. Susurróse en Palacio que el Rey estaba hechizado, y el Inquisidor general convocó una conferencia de eclesiásticos que estudiara los medios de exorcizar los malos espíritus que le esclavizaban. Felipe mismo concedió permiso al Inquisidor para que obrara conforme a su parecer; y un día, Fray Martínez, confesor Real, acompañado del Inquisidor general, se acercaron al lecho del enfermo y pidieron al Rey cierta bolsita de reliquias y amuletos que llevaba en el seno. Después de examinarla cuidadosamente, se la devolvieron, y por ciertas indicaciones que en ella encontraron, bus-

(1) *Memoirs of Lady Fanshawe.*

caron más, y encontraron un libro antiguo, negro, de magia y ciertas estampas con el retrato del Rey, traspasadas por alfileres. Todo esto fue solemnemente quemado después de una ceremonia de exorcismos por el Inquisidor general en la Capilla de Atocha; y luego, para asistir a la cura el grupo aquel de eclesiásticos administró al Rey, que padecía de varios achaques mortales, y principalmente de cálculo biliar, una confeción de hojas de malvas con drogas y azúcar.

Este tratamiento empeoró el mal, y a las dos o tres días se encontró el Rey *in periculo mortis*, pues sobrevino un ataque de apoplejía. Prodújose en toda la Corte confusión repentina, y ya la sala mortuoria había quedado desierta, cuando el Rey recobró sus sentidos de pronto, y alteró varias cláusulas de su testamento, y entre ellas, una en que nombraba a Mariana Regente durante la menor edad de su hijo. El testamento fue, por orden de Felipe, cerrado con candado en un saco de cuero, juntamente con otros documentos de Estado importantes, mandando además el monarca moribundo que le fuera entregada la llave a su mujer. Aquella tarde, después de recibir los santos sacramentos, dió un lastimoso adiós a Mariana, y bendijo a sus dos hijos. Despidióse también afectuosamente del Duque de Medina de las Torres y de otros nobles, exhortándoles con irreprimible llanto a trabajar todos en concordia, y a prestar su auxilio a la viuda y al pobre niño a quien había de pasar la agobiadora herencia.

Felipe estuvo agonizando aquella noche, y al día siguiente pasaron por delante de las ventanas del palacio la imagen de Nuestra Señora de Atocha, y la llevaron al convento de Carmelitas Descalzas, no muy lejano; también se llevaron a la Capilla Real los cuerpos de San Diego y de San Isidro (1), para ser expuestos a la veneración pública; y en todas las iglesias y

(1) Refiérese que al ser preguntado Felipe si le llevarían a su aposento los restos de aquellos santos, contestó: «tanto pueden interceder en mi favor desde la capilla, como aquí.»

conventos de Madrid hubo rogativas y procesiones por la salud del Rey. En torno al lecho del moribundo se desencadenaron pronto las malas pasiones, porque la Corte estaba dividida en dos bandos, uno en favor de Mariana y el otro en el de Don Juan. El Duque de Medina de las Torres, Ministro principal, se despidió y marchó de Palacio, y entonces tuvo lugar una porfía inverosímil, casi pelea, en presencia del Rey, entre los frailes rivales, sobre si se le había de administrar el viático o no, hasta que les obligó a salir de la Cámara el Marqués de Aytona.

No había terminado aquella escena, cuando el Conde de Castriello entró en el aposento, anunciando que Don Juan había llegado, y aguardaba licencia para ver a su padre. Felipe sabía, y por desgracia era verdad, que tan pronto como su espíritu abandonara a su cuerpo, sobrevendría atroz contienda entre su mujer y su hijo; pero el que Don Juan viniera del destierro sin ser llamado y osara desobedecer a su Rey aún en vida, produjo una centella de indignación soberana en aquel hombre moribundo. «Decidle—dijo—que vuelva al lugar de donde ha venido, hasta que sea llamado. No quiero verle, pues no tengo tiempo para otra cosa que para morir.» Al rayar el alba del viernes (17 Setiembre), el pobre Felipe el Grande exhaló su último aliento; y «cosa notable—escribe un contemporáneo,—en la Cámara de Su Majestad, cuando murió, no había más que el Marqués de Aytona y dos criados para llorar la muerte de su Rey y Señor». En los demás sitios de la Corte no hubo alma viviente que vertiera una lágrima por él. Terrible lección es ésta para el género humano; que un monarca que había dispensado tan grandes favores y encumbrado a tantas personas, no obtuviera de ellas un solo gemido por su muerte (1).

(1) Así que Felipe murió, el Marqués de Malpica, que era a quien atañía anunciar, como gentilhombre principal de la compañía del Rey y capitán de su guardia, fué al cuarto de los oficiales y dijo a éstos: «Compañeros,

Aquella noche, el cadáver del Rey fue vestido de un colete magnífico de terciopelo negro bordado y entretejido de plata, con la gran cruz encarnada de Santiago, bordada en el peto, con que se había de presentar en la ceremonia de exponer el cadáver en la misma sala dorada del viejo Palacio de Madrid, donde las comedias de que el Rey gustaba tanto se habían representado ante su presencia. Mientras tanto, en un salón contiguo se habían reunido los Consejos de Castilla y de Estado, para escuchar la lectura del testamento, que hacía el Secretario Blasco de Loyola. En él se nombraba a Mariana Reina Regente de España, con la asistencia de los grandes dignatarios del Estado, faltando dos de los cuales, podía la Reina nombrar dos sustitutos, eventualidad que en parte ocurrió a las pocas horas de morir Felipe, pues Moscoso, Cardenal Arzobispo de Toledo, falleció entonces. Don Juan, que aparecía en el testamento recomendado a la viuda, tan pronto como supo la elevación de Mariana a la Regencia, no aguardó a oír más, y a toda prisa escapó a caballo a su seguro retiro de Ocaña. Pocos días después, acabadas las ceremonias de la exposición del cadáver y cambios de situación política, el cuerpo de «Felipe el Grande» fué trasladado en larga procesión a El Escorial, a reposar para siempre en aquel túmulo de jaspe, ante el cual se le pudo ver tantas veces en oración, llorando (1).

no hay más que hacer aquí. Subid a hacer la guardia al Rey nuestro Señor, Carlos II.» Felipe, en efecto, había muerto en una de las habitaciones de la planta baja del Palacio. El anterior relato ha sido extractado de un diario contemporáneo inédito. Ms., estante en la Biblioteca Nacional, c. XXIV, 4. Lady Fanshawe da también noticias preeisas sobre el suceso, que difieren algo del Ms. mencionado.

(1) El autor del diario mencionado trae otro ejemplo de la impía conducta de los nobles después de la muerte del Rey. Cuando se hubo de trasladar el cadáver a El Escorial, cada uno de los chambelanes y oficiales se negaba, alegando que no le correspondía ayudar a la traslación del cadáver. Terminó esta cuestión el Duque de Medina, ordenando a su primo Montealegre que lo hiciera.

Mariana, a sus treinta años, quedaba como soberana de España, en nombre de su hijo Carlos II, de edad de cuatro años, y sin pérdida de tiempo dió a conocer sus propósitos. El fundamento de la mayor parte de las calamidades que affigían a España estaba en las tradiciones que la unían con la casa imperial. Todo lo que, aun entonces, necesitaba la nación era descanso, paz y libertarse de las complicaciones exteriores en que a los españoles no les iba nada. Pero Mariana era austriaca por los cuatro costados; y ya, antes de que la salud de Felipe empezara a flaquear, trabajaba ella por el predominio de sus deudos y por aflojar los lazos de amistad con Francia, anudados por el matrimonio de María Teresa con Luis XIV.

Existía ya un gran partido de nobles que, viendo la necesidad nacional de estar en paz, miraba con recelo aquella política que se preparaba a consumir aún más los recursos del país en combatir batallas por la causa imperial en el centro de Europa; así que, cuando en el Consejo de la Regencia ocurrían las vacantes de una plaza de Consejero y de Inquisidor general, por la muerte del Cardenal Moreno, según dijimos, y Mariana se apresuró a nombrar para cubrirlas a su confesor, el jesuíta austriaco Nithard, se sintió herida la altivez española, y se llegó a una protesta general. Nithard era, sin duda, un sacerdote digno, aunque no de gran capacidad; pero aun cuando hubiera sido un genio, hubiera sobrevenido igual aborrecimiento a su persona, porque era extranjero, y al punto se adivinaba que entre él y la Reina austriaca quedaría sacrificada España, como lo había sido anteriormente en asuntos que no interesaban en el país. Los que de lejos contemplaban la situación lo veían asimismo demasiado bien; tanto, que aunque el mensajero que de parte del Rey de Francia fué a dar el pésame a la Reina por la muerte de Felipe, la asegurara de los buenos deseos de Luis de sostener la amistad con ella, los primeros actos de la Regencia dieron pretexto al monarca francés para quebrantarla, afirmando los derechos de su mujer a la herencia de Flandes, pues no se le había pagado la dote estipulada, y la renuncia de

María Teresa, en consecuencia, había de estimarse como no válida.

En Mayo de 1667, Luis invadió a Flandes con cincuenta mil hombres, a los que no se pudo oponer más que tropas sin entusiasmos, mal pagadas, mandadas por el Virrey. Resultó, naturalmente, que los franceses hicieron incursiones y tomaron muchas de las principales ciudades. A toda prisa hubo que llamar a Don Juan de su destierro al Consejo de Estado en Madrid, y él y Mariana, su enemiga jurada, se dividieron las simpatías de la capital y de la nación. En el Mentidero y en la calle Mayor circulaban profusamente pasquines y pullas contra Nithard y la Reina, a quienes se echaba la culpa de la guerra; y las relaciones entre Don Juan y Mariana iban haciéndose cada vez más tirantes.

Siendo además de toda evidencia que España no era capaz de sujetar a Portugal, se firmó en Febrero de 1668 un tratado humillante, merced, sobre todo, a la influencia de Fanshawe (1) y Sandwich, en que se reconocía la independencia de la nación hermana. Luis XIV prosiguió sus ataques a Flandes con vigor y rechazó todas las conclusiones de paz que no llevaran aparejada la humillación de los españoles. En Febrero de 1668, el ejército francés ocupó el Franco Condado, que pertenecía a España; y entonces, con esfuerzo supremo, se logró allegar una hueste de nueve mil hombres en España para defender el propio territorio. La amistad de Austria fue de poco provecho para España, como siempre, y Castilla hubo de llevar otra vez adelante la guerra atendida a sus fuerzas. En estas circunstancias de peligro nacional, la influencia de Mariana y Nithard en el Consejo de Regencia procuró una orden en la que se disponía que Don Juan tomase el mando del ejército y lo condujera a Flandes contra los franceses, y de muy mala gana el real bastardo salió

(1) Fanshawe murió en España poco después de su revocación, y Lord Sandwich se encargó de continuar el tratado. Véanse «Letters of Earl of Sandwich y Fanshawe's Letters.»

de Madrid el Domingo de Ramos (1668), para dirigirse a la Coruña, donde se esperaba vendrían de Cádiz navíos cargados de oro, y se le juntarían las tropas. Don Juan vió en esta orden la intención de alejarle del centro del Gobierno, y esta sospecha fue reforzada con la noticia de haber sido desterradas o detenidas, con pretextos insignificantes, algunas de las personas más conocidas por sus simpatías hacia él, una de las cuales, Malladas, fue estrangulado en la cárcel por orden de Mariana.

Toda la primavera pasó Don Juan en la Coruña difiriendo con varios pretextos, uno de ellos el mal estado de su salud, el embarcarse; hasta que, finalmente, y gracias a la intervención de Bélgica y Holanda, Luis se determinó a firmar la paz con España, en Aquisgrán, Mayo de 1668, que le dejaba en posesión de los territorios de Flandes, conquistados por él. Aún siguieron Mariana y Nithard en su propósito de que marchara Don Juan y tomara posesión del gobierno en Flandes, y se le envió orden perentoria de embarcar. Negóse él a hacerlo, y un decreto de la Reina, publicado en Agosto, le intimó a retirarse a Consuegra y no acercarse a Madrid a una distancia de sesenta millas. Tenía Don Juan muchos amigos y parciales, especialmente en Aragón, y a ellos se comunicó su mal humor. Los que estaban en Madrid empezaron a clamorear que Mariana y Nithard tenían al Rey niño escondido y apartado de su pueblo y perseguían a los que podían servir mejor a la monarquía.

Carlos II tenía entonces siete años, y seguía tan desmedrado y débil como lo había sido siempre y como en los años sucesivos lo fue, confiado enteramente a manos de mujeres y tratado como un niño en mantillas. Era raquítico y ruin, con una pierna más corta que la otra; su andar vacilante, inseguro. La cara la tenía extraordinariamente luenga y de una palidez de espectro; la mandíbula inferior tan monstruosamente prominente, que le impedía morder o mascar y hablar de modo inteligible. Esta infeliz criatura, siempre al lado de su madre, por condescender con los clamores de los amigos de Don Juan, fue presentada al

público en una serie de visitas a los conventos e iglesias de Madrid, en el verano de 1668 (1). Cuando se disponían precisamente a salir el Rey y Mariana de su Palacio de Madrid a una de estas visitas, en Octubre 1668, llegó un oficial, todo agitado, a la puerta del aposento de la Reina, y pidió audiencia. Le habían dicho que el coche esperaba a Sus Majestades, y que la Reina no debería recibirle entonces, sino cuando volviera. Pidió que se le concediera mientras tanto permanecer en un lugar seguro del Palacio. Esta petición daba a su visita importancia bastante para que Mariana se dispensara de saber los motivos, y, en consecuencia, ordenó que le hicieran entrar. Al hacerlo se postró a los pies de la Reina, y suplicó le consintiera hablar con ella a solas, y por media hora estuvo encerrado con la Reina.

Lo que tenía que contarle era una vasta conspiración, tramada por Don Juan y sus partidarios, contra la Regencia, y, sin pérdida de tiempo, se hicieron diligencias, por virtud de las cuales cayó preso uno de los principales agentes de Don Juan en Madrid, Patiño, con toda su familia. Se despachó aquel día o al siguiente una compañía de tropas a Consuegra para detener a Don Juan, pero ya el pájaro había volado. Allí encontraron un documento dirigido a la Reina, en que denunciaba violentamente a Nithard como tirano y asesino, y contenía muchas protestas de su lealtad hacia el soberano, hermano suyo de padre. Madrid empezó de nuevo a murmurar contra la persecución de un Príncipe español en España mismo por un jesuíta extranjero, y tras de un fuego graneado de manifiestos y folletos recriminatorios, pudo apreciarse que la gran masa de la población estaba de parte de Don Juan y en contra de la Reina alemana y el jesuíta, su valido.

El Príncipe huyó a Barcelona, donde el P. Nithard era particularmente detestado, y el Gobierno de Madrid continuaba

(1) Relación muy detallada de los sucesos que acompañaron el pleito entre Mariana y Don Juan, ofrece un libro raro, titulado *Relación de las diferencias habidas en la Corte de España*. Londres, 1678.

siendo impopular, así que nobles y pueblo acogieron a Don Juan con entusiasmo. Enviáronle mensajes ofreciendo socorro de todas partes de España, y ayudaron su propaganda poderosamente el dinero y las simpatías de Francia, con lo que, al fin de aquel año, los asuntos de Mariana y su confesor tomaron aspecto por demás peligroso. La Reina y su camarilla se sobrecogieron de espanto e intentaron una reconciliación; pero Don Juan, dándose cuenta de que tenía el látigo en la mano, exigió en una carta, escrita en Noviembre a Mariana, la pronta destitución de Nithard, no dándole de plazo más de quince días. Los amigos de Mariana, en el Consejo de Regencia, votaron que se hiciera acusación de Don Juan por el crimen de alta traición, y por algún tiempo se creyó que pondrían en vigor medidas severas. Pero el Consejo de Castilla, suprema autoridad judicial, por instrumento de su miembro más influyente, aconsejó a la Reina que en la contienda entre el hermano del Rey y un jesuíta extranjero, los españoles, por necesidad, habían de ponerse al lado del primero, y la Reina debería usar de mucha cautela si no quería enajenarse la voluntad del país. Mariana, en consecuencia, escribió mansamente a Don Juan, instándole a que se acercara a Madrid para una entrevista de conciliación. Pero el Príncipe desconfiaba de Nithard, del que sabía había tramado su asesinato, y así renunciaba a pasar por tal riesgo, dejando el ir a Madrid para cuando se le ofreciera mejor coyuntura.

A principios de Febrero de 1669, Don Juan, con una buena escolta de doscientos jinetes, salió de Barcelona, pasando por Cataluña y Aragón, camino de Madrid. Mariana había enviado órdenes terminantes de que no se le rindieran honores; pero su viaje, a pesar de ello, fue triunfal, y al entrar en Zaragoza con toda pompa, la plebe le recibió con aclamaciones de: «¡Viva, viva Don Juan de Austria, y muera el P. Nithard!» Aragón agregó un regimiento de infantería a la escolta del Príncipe, y el 24 de Febrero Mariana y su valido supieron con espanto que Don Juan estaba a las puertas

de la capital con un ejército demasiado poderoso para poderlo contener.

Mientras se hacían a toda prisa preparativos de resistencia, ya todo Madrid manifestaba franco júbilo por la llegada de su Príncipe favorito. Las fuerzas de Don Juan aumentaban de hora en hora, y con ellas su altivez para con los poderes gubernativos. El Nuncio trató de aplacar los ánimos de Don Juan; los magnates del séquito de la Reina le escribieron suplicándole no hiciera uso de violencias; y, finalmente, la Reina misma escribió una carta de amable bienvenida. Pero a todas estas blanduras Don Juan se mantuvo firme. El P. Nithard había de marchar al punto y para siempre. El Consejo de Castilla pidió también su expulsión.

En la mañana del 25 de Febrero, estando Mariana en el lecho, se llenaron las galerías y patios del Palacio de grupos de caballeros y oficiales que se declararon abiertamente por Don Juan y por la expulsión del P. Nithard. Los Duques del Infantado y Pastrana pidieron una entrevista con la Reina para comunicarla la resolución general; pero se les rehusó acceso a la cámara real. Entonces encargaron al Secretario de la Reina, Loyola, que la informara de que si no firmaba inmediatamente un decreto de expulsión de Nithard, ellos mismos procederían contra él, pues Madrid estaba alborotado y peligraba el orden público. Mariana, con lágrimas de rabia, juró que no la obligarían a ello, y Nithard se opuso a salir. Antes del medio día se reunió aprisa el Consejo de Regencia, al que Nithard, cediendo únicamente a consejos del Nuncio, dejó de asistir, y allí se redactó, en la forma más suave posible, un decreto de expulsión, que se hizo presentar a la Reina para que lo firmara cuando acabara de comer.

Mariana estaba como atada de pies y manos. La Corte, la plebe y la soldadesca eran contra su favorito, y no tuvo más remedio que firmar el decreto. Pero si lo hizo, nunca perdonó a Don Juan por la humillación que le había hecho pasar, y desde entonces hubo guerra sin cuartel entre ellos. El Carde-

nal, gratificado con ricos presentes de la Reina, apenas pudo librarse de la multitud indignada que rodeaba su coche cuando se escabullía de la Corte; y Don Juan, triunfador, solicitó permiso para ir a saludar a la Reina y darle las gracias por haber firmado el decreto. Mariana, altiva, se opuso fríamente a recibirle, y Don Juan volvió a la carga pidiendo la reforma total de la administración del Gobierno, la enmienda del sistema tributario y otras muchas innovaciones que, en su entender, sólo Nithard había impedido. Mas los nobles españoles no eran amigos de reformas, y los requerimientos eficaces de Don Juan se interpretaron como camino indirecto para otros fines, en sentir de muchos. Sucedióse a esto una larga y acre correspondencia entre la Reina, desde Madrid, y Don Juan, en Guadalajara, durante la cual prometía la Reina la reforma de algunos puntos de Hacienda; pero mientras tanto, los amigos de Mariana habían ido formando un cuerpo de guardia para ella y su hijo, que fue en lo sucesivo famoso, con el nombre de regimiento *Chambergo*, a causa del uniforme que reproducía el de las tropas del Mariscal Schomberg. La formación de esta guardia permanente causó amargo sabor a los ciudadanos de Madrid y excitó nuevas simpatías en torno de Don Juan. Al fin tuvo lugar una media reconciliación, nombrando al Príncipe Virrey de Aragón, en Julio de 1669; y durante algunos años cuidó Don Juan de ir allegando caudales, merced a sus lucrativos cargos, para poder dar el golpe decisivo en la ocasión oportuna.

La debilidad extrema del Rey niño, de quien en 1670 se pensó que era un moribundo, había dividido a los cortesanos, no ya de España, sino de Europa, en dos bandos. Si Carlos II moría sin sucesión, como parecía probable, su hermana mayor, María Teresa, mujer de Luis XIV, sería la sucesora natural, pues el acto de la renuncia que había firmado el día de su matrimonio, por las condiciones en que se había discutido y acordado, tenía escasísima validez, y el mismo Felipe lo había estimado como una «patraña». Era seguro que Luis XIV,

cuyo poder y ambición aumentaban de día en día, no tenía intención de dar su beneplácito a la renuncia, atravesándose en el camino de las reclamaciones de su esposa si su hermano moría sin hijos; y todos los enemigos de Mariana en España, que eran en gran número, estaban prontos a apoyar las pretensiones de María Teresa, hija de Isabel de Borbón, tan amada en este país, caso que hubiese litigio sobre la sucesión.

Por su parte, Mariana, naturalmente, defendía la causa de su propia hija, la Infanta Margarita, casada con el Emperador Leopoldo, y sostenía la validez de la renuncia de María Teresa a la sucesión cuando se casó. Las relaciones con Austria no habían servido más que para perturbar a España, y los progresos brillantes de Francia, aun los obtenidos a costa de España, habían conquistado muchos admiradores en esta nación, que alababan el espíritu moderno difundido en los procedimientos de Luis XIV. Mariana, pues, para la mayor parte de los españoles, representaba, con sus exageradas propensiones austriacas, la amenaza de sujetar el país otra vez a tiempos ominosos, y atropellar los derechos legítimos de la Infanta primogénita para favorecer los de la Emperatriz Margarita, que contaba con menos simpatía popular.

La Reina madre, que se daba cuenta de lo fuerte que era el partido contrario, y que su enemigo principal, Don Juan, aguardaba la ocasión de descargar el golpe sobre ella, empleaba todos los recursos que podía para proveer a su propia defensa contra los enemigos del interior, dejando desprovistas de tropas las fortalezas de la frontera, para realizar un ataque de la parte de Francia; y, por otro lado, provocaba a Luis, enviando un contingente de fuerzas españolas, que en compañía de las tropas del Emperador ayudaran a Holanda en su guerra con Francia; y más tarde, en 1673, firmaba una alianza en regla con el Emperador y Holanda en contra de Luis XIV. Conducta imprudentísima en aquellas circunstancias, pues España estaba en peores condiciones que nunca, por lo que se refiere al agotamiento de recursos, y la esperanza de abatir a

Francia por la fuerza de las armas resultaba ilusoria desde hacía ya muchos años. El Franco Condado, antiguo patrimonio de Borgoña, pasó pronto a perpetuidad del poder de España a Francia; y aún no acabada la lucha en Flandes y en la frontera catalana, tuvo lugar en 1674 una nueva turbulencia contra el gobierno de Mariana. La isla de Sicilia se rebeló, e invitó a los franceses a que se hicieran cargo de su soberanía, invitación que fue inmediatamente aceptada. Treinta y siete años antes, cuando aún no era más que un adolescente, había Don Juan reconquistado Nápoles para España, en circunstancias semejantes; y Mariana, en el mayor apuro, sólo a su enemigo podía recurrir, y le pidió que dejara su gobierno de Zaragoza, y tomara el mando de las fuerzas hispano-holandesas que habían de atacar a los franceses en Sicilia.

Pero Don Juan, entreviendo su deseo de dejarla libre de su presencia, se resolvió a no moverse del centro de los asuntos, y se negó a aceptar el cargo brindado.

Sus razones estaban bien cimentadas, pues los acontecimientos que tuvieron lugar en el Palacio hicieron acrecentar la impopularidad de Mariana, y por el testamento de Felipe IV cesaba la Regencia al llegar su hijo a los quince años, cosa que ocurriría en el próximo de 1675. Se pudo haber creído que con la expulsión del P. Nithard y estar Don Juan ausente de la capital, cesaría la lucha de los partidos que tenían dividida la capital en estos últimos y pocos años que había de durar la Regencia; y quizá hubiera así sucedido si la Reina hubiese sido prudente. Su indiscreto favor al P. Nithard la había hecho harto impopular, además de que las Reinas extranjeras inspiraban recelos en España; pero ella no había escarmentado gran cosa con la ignominiosa expulsión del favorito, y no pasó mucho tiempo cuando ya un confidente, infinitamente menos digno que el P. Nithard, se había apoderado enteramente de la voluntad de la Reina. Fue el tal un caballero de menguado patrimonio, llamado Fernando de Valenzuela. Era uno de esos andaluces ligeros, amenos, natural de Ronda, que

había figurado con mucho lustre en la Corte de Felipe IV; y a Mariana, la facilidad para exponer en alambicados versos las ingeniosidades amatorias o improvisar un paso escénico o rematar punzantemente un epigrama, eran motivos bastantes para allanar a un hombre el camino de la fortuna. Había formado parte de la servidumbre en la casa del Duque del Infantado, y a la muerte de éste se había unido al bando del P. Nithard, que había menester de hombres tales.

Valenzuela era no sólo agudo e ingenioso, sino además un hombre en extremo gallardo con la hermosura de la gente morena, de ojos negros y demás cualidades heredadas de los moriscos españoles, que tanta fama ha dado a los habitantes de Ronda, y pronto se las arregló para conquistar la confianza plena de Nithard y la Reina, a quienes servía de correveidile, papel que siguió desempeñando después de la expulsión del jesuita. Se había casado con una doncella favorita de la Reina, que tenía algo de alemana por sus ascendientes, y había sido nombrado caballero real; circunstancias ambas que le daban pretexto para estar continuamente en Palacio; y en los días de la agitación contra Nithard, y aun después, había hecho señalados servicios a la Reina, llevándole todos los comentarios que podía alcanzar de oídas en la calle Mayor, y en el Mentihero, o sea en el Pórtico, como ya se ha dicho, de la Iglesia de San Felipe. Súpose que los que hablaban sin cautela de la Reina eran luego denunciados y vejados; y los charlatanes sorprendidos por el espionaje de Valenzuela, le aplicaron el remoquete con que en lo sucesivo se le conoció de «el lindo de Palacio». Era osado, ambicioso y sin escrúpulos con lo que no tardó en ocupar la vacante del P. Nithard.

Los nobles y cortesanos, celosos, miraron con indignación el rápido encumbramiento de un simple aventurero de provincias a los más altos cargos del Estado. No sólo se le confirieron el Marquesado y altos mandos y empleos, sino que además, en tiempos en que España se hallaba en una guerra internacional que terminaría con reformar el mapa de Europa a su

costa, este favorito sin aptitud especial ni experiencia que lo explicara, fue nombrado por Mariana su Ministro universal, y Valenzuela llegó a ser el hombre más poderoso de España. Luchó varonilmente, mas sin resultado, porque era cordialmente detestado, por ganarse la popularidad en situación inoportuna, multiplicando en Madrid las fiestas y diversiones de que sus habitantes gustaban tanto, escribiendo él mismo comedias llenas de ingenio y malicia, que habían de ser representadas gratis en los teatros, reedificando construcciones públicas y embelleciendo por todos los medios la capital. Iba, además, rodeado de una nube de parásitos, nulidades como él, que cantaban sus alabanzas a precio de las liberalidades que derramaba sobre ellos.

Su encumbramiento fue demasiado rápido y harto oscuro su origen, para que se le pudiera olvidar en seguida, y no tardó en desencadenarse sobre él un diluvio completo de sátiras, versos, folletos y hojas sueltas, llenas de gruesos ataques contra la Reina también, que se publicaban clandestinamente en todos los rincones de España. La opinión general le tenía por amante de la Reina, tanto como por Ministro; pero Madrid seguía siendo un foco de chismes, y aunque pudiera ello ser cierto, no se puede considerar como demostrado. Como ejemplo de lo que los contemporáneos entreveían en aquella relación, puede servir la siguiente descripción de un pliego de cordel que se encontró una mañana en las paredes del Palacio. Tenía un retrato de la Reina, en que se la representaba apuntando con una mano a su corazón y abajo el charrado o leyenda: «Este, fue dado.» A Valenzuela se le representaba señalando a las insignias y emblemas de sus muchos y altos empleos y las palabras: «Estos, vendidos.» Y aun parece que el válido tuvo interés en corroborar la fama pública que le atribuía la preferencia amorosa de la Reina viuda, pues en dos fiestas cortas de las muchas que había dispuesto, llevaba como divisas respectivamente: «Yo solo tengo licencia» y «A mí solo es permitido» (1).

(1) Montero de los Ríos: *Historia de Madrid*.

El favor escandaloso dispensado por la Reina a un aventurero semejante, sumó nuevos partidarios al bando de Don Juan; y algunos de ellos, que tenían facultad para hablar con el joven Rey que se iba acercando a su mayor edad, tuvieron cuidado de significarle la mísera condición del país con los más negros colores y culpar de la situación al mal Ministro de la Reina. El Rey, aunque ya lindaba en sus quince años, era todavía un chiquillo atrasadísimo y, por añadidura, casi imbecil. Apenas sabía leer y escribir, porque la debilidad de su espíritu y su degeneración física habían motivado el abandono completo de su educación, y fue por ello, ya grande, ignorante en grado sumo de las cosas más sencillas. Pero, como su padre, era de condición mansa, benigno y de buena intención, y se le movió pronto a compasión con el relato de las historias tristes que se le contaron de las tribulaciones de su pueblo, especialmente cuando las supo de labios de su confesor, el P. Montenegro, y su preceptor, Ramos del Manzano.

Estos y los nobles que les dirigían, comprendieron que había llegado el momento de entrar en acción, cuando, en otoño de 1675, Mariana y Valenzuela ordenaron a Don Juan que zarpara en la armada de Ruyter para Sicilia, para expulsar de allí a los franceses; y, lo que a ellos interesaba más, para que los dejara sin rivales al lado cuando el Rey cumpliera sus quince años. Carlos se dejó persuadir por su confesor, sin que su madre lo supiera, para firmar una carta llamando a su entere hermano a Madrid; y con ella en la mano, Don Juan podía negarse a salir para Sicilia, como así fue. La mañana del 6 de Noviembre de 1675, día en que Carlos cumplía quince años y terminaba la Regencia, el pueblo de Madrid, dominado de extraordinaria inquietud, sentía impaciencia por ver las ceremonias y actos con que se celebraría el nuevo reinado, aunque el país en su extremado abatimiento y miseria, no se sentía con ganas de holgarse ya.

Con general sorpresa se vió aparecer una carroza real que rápidamente se aproximaba al Palacio del Buen Retiro, y la

escolta que la rodeaba proclamaba que el que ocupaba el coche no era otro que Don Juan. Todo estaba preparado para el golpe de Estado. El Príncipe fué corriendo, sin que Mariana lo supiera, al aposento del joven Rey, y arrodillándose le besó la mano; en seguida se presentó al Rey un decreto, previamente redactado, en que se nombraba al Príncipe Ministro universal de la Corona. Mariana había pasado la noche en el otro Palacio; pero la llegada de su enemigo al Buen Retiro le había sorprendido antes de que él tuviera tiempo de apearse. Sin perder momento, voló hacia el Retiro y llegó a la habitación de su hijo precisamente cuando se ponía a firmar el decreto que había de perderla. Era mujer imperiosa y había sido Reina Regente de España diez años; el dominio que había ejercido sobre su débil hijo mientras estuvo con ella había sido supremo. Dió colérica orden de que despejaran la cámara, y fue obedecida sin réplica. Sola luego con su hijo, le llevó a una habitación particular, y allí, con lágrimas y reconvenciones furiosas, redujo al infeliz muchacho enteramente a su voluntad.

El Presidente del Consejo de Castilla dijo entonces a Mariana que como Don Juan había venido con el beneplácito y garantía de la Monarquía, sólo por orden del mismo podría obligársele a salir. Carlos tuvo que firmar un decreto ordenando al Príncipe que volviera al Gobierno de Aragón y no se moviera de allí hasta nuevas órdenes. Esta era la ocasión en que el valor del partido de Don Juan podía haber ganado la batalla, pues nobles, cortesanos y pueblo, en su mayor parte, le seguían e iban en contra de Valenzuela y la Reina, cuyos medios no les permitían entonces sobornar a nadie. Pero Don Juan resultó ser tan vano y fatuo como ambicioso, y dejó perder la ocasión. El carácter sacrosanto del Rey de Castilla seguía siendo tradición poderosa, y Don Juan, que conocía bien a sus compatriotas, no aspiraba a gobernar en lugar del Rey, sino en su representación. Así es que aquella noche, juntos en cónclave Don Juan y sus partidarios principales, decidieron apocadamente obedecer el nuevo mandato del Rey sin repli-

car, en vez de intentar otro golpe para desbaratar la influencia de Mariana sobre su hijo; y el Príncipe se volvió a Aragón lleno de confusión y chasqueado (1).

El triunfo de Mariana era completo, y no se tomó el trabajo de disimular su alegría asistiendo aquella noche al teatro del Buen Retiro, para celebrar la mayor edad del Rey. En pocos días todos aquellos que habían intervenido en la vana conspiración no tuvieron otro resultado que el destierro, y para cubrir las apariencias se le dió a Valenzuela el cargo pingüe de Almirante de las costas andaluzas, juntamente con un rico marquesado, y con ello pretexto para estar alejado de la capital durante las primeras semanas de la mayor edad del Rey. Pronto estuvo de regreso y empezó a cosechar honores del débil Rey, a instancias de Mariana y con indignación de los demás nobles. El gran cargo de Jefe de las Caballerizas, que de ordinario se adjudicaba a los principales magnates de España, le fue conferido a Valenzuela; y a las protestas de los Grandes se contestó con elevarlo a Grande de primera clase, para que pudiera conformarse a su nueva dignidad. Todo esto, juntamente con haber desposeído a Don Juan de su Virreinato, dice ciertamente mucho en pro de la decisión y osadía de Mariana; pero no dice menos en contra de su sensatez, pues todos los españoles, altos o bajos, se aunaron en contra suya, y Valenzuela era debilísima defensa enfrente a oposición tan poderosa.

Ya en esta sazón iba ganando fuerzas la conjura contra Mariana. Don Juan, entre sus adictos y fieles aragoneses, podía tramarla impunemente, colaborando al mismo fin, mientras tanto, los nobles de Madrid, sin cesar un punto. El intento era el destierro de Mariana y el proceso y castigo de Valenzuela. En Febrero de 1676, todos los Grandes principales firmaron el acuerdo de mantenerse unidos hasta conseguir es-

(1) *Diario de los sucesos de la Corte*. Ms. en la R. Academia de la Historia. Madrid.

tos propósitos; y como, merced a su posición, tenían acceso libre a la persona del Rey, que era ya nominalmente su señor, pronto pudo verse el resultado de sus esfuerzos.

Las conclusiones que habían de darle a conocer eran muy claras: las tropas españolas seguían derramando su sangre en los campos de batalla de Europa, sin beneficio para España; la miseria en la capital misma era aterradora; hasta en la mansión real faltaban a veces los alimentos o los medios de adquirirlos. Por todas partes se cernía la ruina sobre la gente. La industria había sucumbido bajo el peso de los impuestos, las provincias estaban despobladas, desiertas; ni la vida ni la propiedad estaban seguras de ataques de bandidos, que desafiaban a la ley en las ciudades y en los campos (1). España estaba casi tocando al término de su decadencia. Y aunque todas estas calamidades tuvieran por fundamento causas permanentemente ya estudiadas en anteriores páginas de este libro, se trataba de hacer creer al joven monarca que dependían del mal gobierno de su madre y de Valenzuela, y que Don Juan podía remediarlas y hacer nuevamente a España fuerte y feliz.

Los nobles de la conspiración cuidaron esta vez de no omitir precauciones conducentes al triunfo, y obtuvieron (27 Diciembre 1676) del Rey una orden, a que Mariana no pudo oponerse, en que se disponía el regreso de Don Juan a la Corte; y, al propio tiempo, con diversos pretextos, impedían que la Reina pudiera influir en su hijo. Valenzuela supo en seguida, como es natural, lo que pasaba, y, al darse cuenta de que la coalición era poderosa, lo bastante para aplastarle, huyó súbitamente a esconderse con algún tiempo. La noche del 14 de Enero de 1677, cuando el Rey se había retirado a su dormitorio y la Reina no podía pensar que hasta el día siguiente hubiera que temer nada, Carlos, acompañado de un intendente, y de acuerdo con los conspiradores, salió por las escaleras y

(1) De la situación de España en este período se da larga noticia, resumida de muchos testimonios contemporáneos, en *Spain Its Greatness and Decay*, por Martín Hume (Cambridge University Press).

callejones de servicio del antiguo Palacio al del Buen Retiro, donde los nobles y cortesanos esperaban reunidos. Mucho antes de la madrugada, se hizo llevar a manos de la Reina, que se encontraba en su aposento, un decreto en que se le ordenaba que no se moviera de sus habitaciones sin permiso escrito del Rey. La rabia y la indignación de Mariana no tuvieron límites, y todo el resto de la noche no hizo sino enviar cartas a toda prisa y sin descansar, recriminando su mala conducta y apelando a los sentimientos filiales de aquel prematuro viejo de diez y seis años que intentaba desempeñar el papel de Rey en la casa de placer del Buen Retiro. Ninguna de aquellas cartas logró ablandarle, si, en efecto, llegaron hasta él, lo que puede dudarse, y durante todo el día siguiente las antesalas del Palacio del Buen Retiro estaban rebosantes de cortesanos que aplaudían aquel golpe de su soberano, mientras en el viejo Palacio, en donde tanto tiempo había imperado, se encontraba la Reina madre abandonada ahora de sus aduladores, como prisionera.

Al día siguiente vino la noticia de que Don Juan, con gran escolta de gente de armas y séquito de nobles, llegaba a Hita, poco distante de la capital; y allí se encontró con el Cardenal Arzobispo de Toledo y una multitud de magnates que le traían un mensaje de parte del Rey pidiéndole que licenciara la escolta y fuera a la Corte a asumir la dirección de los asuntos públicos. Pero Don Juan tenía que proponer primero algunas condiciones: se negaba a entrar en la capital hasta tanto que Mariana saliera de ella, Valenzuela fuera encarcelado y el odioso regimiento de Chambergos suprimido. En todo se le satisfacía; pues aquella misma noche, Mariana, con rabia en el corazón, salió para su destierro a Toledo; los Chambergos fueron conducidos a toda prisa para ser embarcados con rumbo a Sicilia... Quedaba el asunto de Valenzuela. Con muchísima dificultad pudo sacársele al Rey que él había preparado la fuga del favorito de su madre, y sabía que estaba refugiado entre los frailes de El Escorial.

Desde sus ventanas, que miran a las desoladas sierras del Guadarrama, el fugitivo valido se consideraba, en el repentino oscurecer del 17 de Enero de 1677, con la ansiada seguridad, cuando, con grande abatimiento suyo, un respetable cuerpo de caballería entraba a galope por el atrio, y se adueñaba del palacio. Columbró entre ellos al Duque de Medina Sidonia, su enemigo, y otros varios nobles. Huyendo en busca de refugio por el sagrado recinto, imploró al Prior que le salvara. Cerráronse las puertas del monasterio, y el Prior salió a recibir a los nobles, preguntándoles qué querían. «No más, replicaron, sino que nos entreguéis al traidor Valenzuela.» «¿Tenéis orden de Su Majestad?, preguntó el Prior.» «Tenémosla de palabra, replicó D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, que dirigía la partida.» «Entonces, replicó el fraile, alentado con las aprobaciones de sus hermanos que de dentro le llegaban, no os lo entregaremos sino de por fuerza, pues le amparamos por salvoconducto escrito del Rey.» No pudieron persuadir a los monjes ni insultos ni amenazas; al fin se iba llegando a un arreglo de entrevistarse el mismo Valenzuela en la Iglesia con el Duque de Medina Sidonia y Toledo; pero por la violencia de este último fracasó; y al ver el Prior que la soldadesca se disponía a forzar el santuario, hizo esconder a Valenzuela en un cuarto secreto, ideado para casos tales, en que podía estar bien libre de ser descubierto. Despechados nobles y soldadesca por el chasco, asaltaron el inmenso edificio, recorriéndolo habitación por habitación, trastornando altares, insultando y violando la clausura de los frailes, y cometiendo sacrilegios que durante siglos no hubieran podido concebirse en España, y de los que fueron severamente castigados después por la autoridad eclesiástica (1).

Finalmente, en la noche del 21 de Enero, Valenzuela sin-

(1) Los nobles y jefes fueron excomulgados, y la intercesión del Rey pudo ablandar al Papa hasta que se logró entera reparación con gastos tremendos, y se cumplieron las más infamantes penitencias.

tió espanto de voces que oyó cerca de él, y aturdido se dejó descolgar de la ventana de su refugio, valiéndose de las sábanas retorcidas de su lecho: y aunque un centinela lo dejó marchar y los monjes intentaron ocultarle con esfuerzos desesperados, fue aprehendido el 22 de Enero y conducido ignominiosamente a la fortaleza de Consuegra, que había sido cárcel de Don Juan; después de muchos ultrajes le despojaron de todos sus honores y posesiones, y le enviaron prisionero a Manila; más tarde a Méjico, donde murió. Su infeliz mujer era en tanto tratada con atroz brutalidad en Toledo, y se vió obligada a mendigar de puerta en puerta, hasta que sus padecimientos la redujeron a la demencia (1). Tan pronto como Valenzuela quedó asegurado en Consuegra, entró Don Juan de Austria en Madrid, con todos los honores, el 23 de Enero, aclamado por la plebe como el salvador de España, y recibido por el Rey como un Ministro enviado del cielo para hacer su reinado brillante y feliz. La venganza de Don Juan no conoció límites, ni su alma la generosidad. Cualesquiera que fueran los yerros de Mariana como Reina de España, o sus faltas como diplomática, la ignominia a que se vió reducida por orden de su hijo, a instancias de Don Juan, manifiesta la carencia de generosidad de éste, no menos que la miserable debilidad del Rey. Llegáronle otras alternativas a Mariana; pero su vida como Reina de España quedó finalizada con su destierro a Toledo. Aún vivió casi veinte años después de estos sucesos, si bien las vicisitudes de estos últimos tiempos ya deberán estudiarse más adecuadamente, en relación con la historia de las que le sucedieron, las consortes de su desdichado hijo.

MARTÍN HUME

(1) Un Ms. de la Biblioteca de El Escorial escrito por un fraile de aquel convento, suministra estas y otras noticias. Algunas de ellas vense citadas en la *Historia de España*, vol. XII, de D. Modesto Lafuente.

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPÍTULO XII

Acento de los nombres propios.

350. Tratándose de nombres propios, no presta ayuda alguna el *Dic.* de la Acad.; hay que recurrir a las enciclopedias o a los Diccionarios históricos y geográficos; y me toca advertir que la mayoría de éstos poco se cuidan de la prosodia. Tropiézase, a cada paso, con nombres de distinta acentuación que dejan a uno perpejo, sin saber cuál debe adoptar.

Como una de las pocas obras que pueden consultarse con entera confianza, he de citar la novísima *Enciclopedia Larousse*, edición de 1913, traducida por Miguel de Toro, quien es a la vez autor de una de las mejores producciones que tratan este asunto: me refiero a la *Ortología castellana de nombres propios*.

Nuestros más eruditos filólogos, Bello y Cuervo, y con ellos Caro, Conto, Isaza, Robles Dégano, Toro y Gómez, Toro Gisbert y otros de nuestros gramáticos eminentes, se muestran más partidarios de la acentuación etimológica en ciertos nombres propios que de la popular.

Será, para muchos, motivo de extrañeza el saber que estos autores piden que se pronuncie *Aristides*, *Arquimedes*, *Mitridates*, *Sardanapalo*; así, con acento grave, de acuerdo con la etimología.

La mayor dificultad para que se abra camino esta acentuación erudita está, a mi ver, en el hecho de que la mayoría de los libros de historia, geografía o literatura, que caen en manos de nuestra juventud estudiosa, sean como obras de texto o de consulta, y aun los mismos léxicos raramente la contienen.

Antes que consentirla, no pocos autores han dado en burlarse de ella..., y hasta en verso, que tal intención, poco plausible por cierto, puede advertirse en estas estrofas del poeta cubano Juan J. de Armas:

«Dirás *aneroídes*, *romboídes*,
Arteriola, *égida*, *preságo*,
Mitridátes, *Eufrátes*, *Aristídes*,
Sardanapálo, *ambrósia*, *órgia*, *farrágo*...
 ¡Cuán bella es la prosódica monserga
 Que arroba el alma con tan dulce halago!

(*Contra los malos críticos.*)

Indudable es que la imposición del acento etimológico tiene sus ventajas, mayormente cuando viene a conceder uniformidad y facilidades en el empleo del acento; lo pide la misma evolución de la lengua; pero si en los nombres comunes sufre no pocas desviaciones, consentidas muchas de ellas caprichosamente por la Acad. como he tenido ocasión de mostrarlo en el capítulo anterior, no es raro que los nombres propios los soporten mayores, ya que éstos ruedan comúnmente sin sujetarse a norma alguna.

Cuando el uso, por ser vario, no puede indicar cuál es la acentuación que merece preferencia, bien puede concederse primacía a la que trae la palabra desde su origen, o será, al menos, caso en que convenga admitir la doble prosodia.

Entraré a examinar, siquiera sea somerante, el uso que ha correspondido a las voces que acabo de mentar.

Si bien, como lo prueba Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 23), léese *Aristides* en Argensola y en Lope de Vega; tiénese, en cambio, ocasión de hallar este nombre como esdrújulo en poe-

sías del mismo Lope, de Lista, de Bretón de los Herreros; en la *Filosofía de la Elocuencia*, por Capmani; en el *Dic. Etim.* de R. Barcia, en el *Dic. Universal* de Serrano, en el *Dic. de Historia, Biografía, etc.*, de L. Gregoire (traducido al castellano por una sociedad de escritores); en el *Dic. Castellano* de Rodríguez Navas (Madrid, 1906); en el *Compendio de la Hist. Universal* de C. Cantú vertido al castellano por Juan B. Enseñat (pág. 64), en la traducción de esta misma *Historia*, por J. García Bravo; en la *Historia de Grecia*, por el abate Drioux y en la de Juan de la G. Artero, uno de los textos más usados en la enseñanza secundaria y normal; y, como en éstas, en todas o casi todas las historias universales, o en las que tratan particularmente de Grecia antigua. Cúmpleme agregar que como *Arístides* he conocido y he oído nombrar a muchas personas por estas tierras, y a ninguna como *Aristides*. Valera, en su *Historia de España*, que es continuación de la de Lafuente, cita el nombre de *Arístides Artiñano*, historiador distinguido; y podría dar otros ejemplos que prueban que el acento esdrújulo predomina también en la madre patria.

Argensola (B. L. de), Esquilache, Tirso de Molina, Lope de Vega y otras respetables autoridades escribieron *Arquimedes*, tal como lo piden los insignes prosodistas nombrados, viniéndose a uniformar el acento de este nombre con que el corresponde á *Diomedes, Ganimedes, Nicomedes, Palamedes* y otros nombres griegos terminados en *medes*; y así, con igual prosodia, aparece en el *Dic. Etim* de Barcia y en el *Dic.* de Gregoire. Con todo, no deja de haber motivos sobrados para seguir usando también la acentuación esdrújula desde que la emplea Maury en sus poesías, la trae el *Dic.* de la Acad. al definir la voz «rosca», y consta en el *Dic.* de Rodríguez Navas; en las *Historias de Grecia*, por Artero y por Drioux; en las traducciones ya citadas de la *Hist. Universal*, de C. Cantú; en la *Historia de la Literatura*, por Pompeyo Gener (pág. 190, y en otras obras, así antiguas como modernas, que sería largo enumerar.

En poesías de Jáuregui, Lope de Vega, F. de Herrera y

N. F. de Moratín puede leerse el *Mitridates* que piden Bello, Cuervo, Conto, Isaza, Caro, Toro y Gómez, Toro Gisbert y algún otro prosodista o gramático; pero no se anda tan desamparado el esdrújulo *Mitrídates*, que puede verse en obras de Rivadeneyra, Hermosilla y Monlau; así está estampado en los *Diccionarios* de Barcia, Domínguez, Gregoire y Rodríguez, Navas; así consta en las *Vidas Paralelas*, de Plutarco (trad. de Ranz Romanilos); en la *Historia Antigua* de Guillemón (traducción de Urrabieta); en las *Historias de Roma*, por Drioux y por Artero; en la *Historia Universal*, de C. Cantú (trad. de García Bravo, tomo X, pág. 81); en el *Compendio* de esta misma *Hist.*, por J. B. Enseñat (págs. 199, 180 y 181), y en otras obras.

Sardanapalo, que tan mal nos suena porque estamos habituados a nombrar como esdrújulo este rey asirio, modelo de glotonería y molicie, está abonado por clásicas autoridades, según lo muestran estos versos:

«Mientras yo tuviese aqueste
Con quien el alma regalo,
Lecho será el que me acueste
El tuyo, *Sardanapalo*»

(Cervantes. *Teatro. Los baños de Argel*, Jor 1.^a);

«Es su vil capitán *Sardanapalo*»

(Rufo. *La Austríada*, Canto III);

«Para uno solo bueno, muchos malos,
Un Curio y más de mil *Sardanapalos*»

(P. de Oña. *Arauco Domado*, C. V.);

y otros de Góngora, Valbuena, Villaviciosa, Castillejo y Moreto. Aparece *Sardanápalo* en los *Diccionarios* de Barcia, Gregoire, Rodríguez Navas, en la mayoría de los tratados de historia antigua, y esta misma acentuación usó J. Alcalá Galiano en su trad. del poema dramático de lord Byron, obra que se ha publicado con una carta-prólogo de M. M. Pelayo.

Bien estará, como se ve, el conceder a los nombres apunta-

dos doble prosodia, tal como lo reclama, para éstas como para otras voces, Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 227); así quedará siempre al arbitrio de cada cual el escoger la que mejor le parezca, la más erudita, la etimológica, o la esdrújula, que es, indiscutiblemente, la más popular.

351. He aquí una serie de nombres pertenecientes a la Historia antigua o a la Mitología, que andan por ahí con su acento revuelto y que han de contarse como voces esdrújulas si se quiere estar al tanto con lo escrito por las principales autoridades en materia de bien decir: *Agrícola, Alcínoo, Alcione, Anaxímenes, Androcles, Andrómaca, Andrómeda, Antígone, Antígono, Antínoo, Antioco, Antiope, Antípater, Antístenes, Aquémenes, Aqueménidas, Arbaces, Aristófanes, Aristómenes, Aristóxeno, Arquíloco, Asclepiades, Astiages, Átropos, Báratro, Bóreas, Calícrates, Calímaco, Caliope, Calístenes, Calistrato, Carnéades, Cécrope, Céfalo, Cleóbulo, Cleómenes, Clímaco, Clímenes, Clístenes, Crátero, Dálila, Dámocles, Danae, Dánao, Dárdano, Dátames, Deífobo, Demóstenes, Dídimo, Dífilo, Dinócrates, Dioscórides, Díoscoro, Eácido, Éaco, Empédocles, Encélado, Epífanes, Epiménides, Erasístrato, Eratóstenes, Eróstrato, Estesícoro, Etéocles, Eubólides, Éricaris, Eufrosina, Euménides, Euriale, Eurídice, Eurípides, Eurístenes, Fálaris, Fárnaces, Harpócrates, Hermócrates, Heródoto, Hesíodo, Hesíone, Hespérides, Hipócrates, Hipómenes, Ifícrates, Isócrates, Jenócrates, Jenófanes, Lépidio, Lisímaco, Melpómene, Ménades, Mérope, Mnemósine, Némesis, Niobe, Orígenes, Pácoro, Parménides, Pasífae, Pélope Pelópidas, Penélope, Perséfone, Pílates, Píndaro, Píramo, Píritoo, Pisístrato, Polícrates, Príamo, Protógenes, Sémele, Semíramis, Sísifo, Sócrates, Sófocles, Sosígenes, Tántalo, Telémaco, Temístocles, Terámenes, Terpsícore, Timágenes, Tíndaro, Tisífone, Títiro, Triptólemo y Tucídides. Si bien, en la compulsas realizada para fijar su acento a las voces precedentes, he dado preferencia al mayor uso y al más erudito a la vez, concediendo primacía al que traen Barcia, Bello, Cuervo, Benot, Isaza, Robles Dégano, Toro y Gómez,*

Toro Gisbert, los clásicos y demás biógrafos y prosodistas, aparecen algunas que pudieran tener bien disculpada su doble prosodia, dándose en admitirles también con acentuación grave.

Así *Dálila*, que tiene amparado su acento esdrújulo por Cuervo (*Apunt.* pág. 79), por Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 202), con citas de Dueñas y Carrillo, y por Amunátegui Reyes (*Acent. Viciosas*, pág. 131), con citas del P. Scío, de Cervantes y de Capmay, circula mucho, especialmente en el habla popular, con acento grave; y así puede verse en el *Dic.* de Barcia, en el de Gregoire y en algunos otros.

Espártaco, que tiene a su favor la muy erudita autoridad de Cuervo (*Apunt.*), a quien apoyan Rivodó (*Voces Nuevas*), Conto e Isaza (*Dic. Ortográfico*), Toro y Gómez (*Diccionario Enciclop.*) y Toro Gisbert (*Ortología Cast. de nombres propios, Tesoro y Dic. Larousse*), aparece como grave en el *Dic.* de Barcia y en el de Gregoire, en la *Historia de Roma* por Artero, en traducciones de la *Hist. Univ.* de Cantú y de la *de Roma* por Drioux, y en otras obras.

Heródoto, que, como digno padre de la Historia, debió merecer mejor atención, está así, con acento esdrújulo, en el *Diccionario* de Barcia, en obras del P. Isla, de Gómez Hermosilla, de Bello, de Rivodó, de Toro Gisbert, de Menéndez Pelayo, en la *Historia* de Artero, etc., lo que no impide que se muestre como grave en obras de Calderón, de Capmany, de Monlau, de Burgos, de Lafuente, de Rauz Romanillos (trad. de *Vidas Paralelas* de Plutarco), de Ferrer del Río (*Hist. Universal* de Cantú, *Introducción*), de J. B. Enseñat (*Comp. de la Hist. Univ.* de Cantú), en los tratados de *Literatura* por Gil y Zárate y por M. de la Revilla, en la *Hist. de la Literatura* por P. Gener, en los *Dic.* de Toro y Gómez y de Gregoire, etc. Con razón pide Robles Dégano (*Ortol. Clásica*) que se admitan las dos acentuaciones.

Hesiodo, a quien podríamos llamar el padre de la poesía di-

dáctica, no se anda más afortunado en su prosodia que el llamado padre de la Historia; Bello y Cuervo le dan como esdrújulo, y así puede leerse en la *Filosofía de la Eloc.* por Capmany; así lo quiere Robles Dégano (*Ortol. Clásica*, pág. 204) y así consta en el *Dic. Ortog.* de Conto e Isaza, en el *Dic.* de Toro y Gómez y en Toro Gisbert; pero pasa sin tilde alguno, como voz grave, en el *Arte de Hablar* por Gómez Hermosilla, en *Vidas paralelas* (trad. de Ranz Romanillos), en la *Literatura* de M. de la Revilla, en la *Hist. de la Lit.* por P. Gener, en la *Historia de Grecia* por Artero, en el *Dic.* de Gregoire y en otras muchas obras.

Bello, en su tratado de *Ortología* (2.^a parte, § IV, regla V), acentúa *Pasífae*, y condicen con tal prosodia Conto e Isaza (*Dic. Ortog.*, Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*) y Toro Gisbert, *Ortol.*, *Tesoro* y *Dic.*). En cambio, Sicilia, en sus *Lec. Elem. de Ortol.*, 2.^a parte, 9.^a lección), sostiene que es voz grave; y como tal la traen, desde que suprimen el tilde, Burgos, Ranz Romanillos y E. de Ochoa, según puede verse en citas que transcribe el mismo Amunátegui, y esta es la acentuación que se tiene en los *Dic.* de Barcia, Gregoire y Toro y Gómez.

352. Aun cuando Bello, consecuente con la acentuación etimológica, dijo *Ésquilo*, es innegable que ha prevalecido el acento grave (*Esquilo*). Otro tanto ocurre con Leonidas, que priva con acentuación grave desde que así lo anotan Barcia, Cuervo, Rivodó, Conto e Isaza y Toro Gisbert; desde que así lo quiere Robles Dégano (*Ortol. Clás.*), fundándose en ejemplos dejados por Meléndez, Cienfuegos y Lista, y desde que así se estila, al menos por estos mundos; con todo, hay que reconocer que no deja de andar por algunas Historias y Diccionarios, entre éstos, el *Enciclopédico* de Toro y Gómez, el acento esdrújulo que está de acuerdo con la prosodia que tenía este nombre en griego y en latín, ni falta aun hoy día, quien dé en la flor de llamarse *Leónidas*, sin duda para parecerse más al héroe de las Termópilas.

Como graves han de nombrarse también Amílcar, Anfítri-

te, Aristipo, Aristodemo, Asdrúbal, Catulo (1), Coriolano, Cripipo, Diomedes, Epitecto, Epicuro, Esquilo, Euclides, Heracles, Heraclito, Herodías, Iturbide, Lisipo, Masinisa, Mecenas, Oscar, Pactolo, Patroclo, Pausanias, Perdicas, Pericles, Polifemo, Polinices, Porsena, Praxiteles, Priapo, Proserpina, Proteo, Selene, Sibila, Tibulo, etc. *Priapo* consta como esdrújulo, seguramente por la influencia de *Príamo*, en poesías de Castellano, Jáuregui y otros autores, y en los *Dic.* de Barcia, Domínguez, Gregoire y Toro y Gómez; no obstante, corresponde el acento grave que reclaman Cuervo (*Apunt.*), Conto e Isaza (*Dic. Ortog.*), Robles Dégano (*Ortol. Clás.*) y Toro Gisbert, autoridades que bastan para imponerlo. Y aunque Quevedo haya escrito *Cátulo*, Jovellanos *Tíbulo* (ortografía ésta que figura en el *Dic.* de Dominguez), y puedan citarse otros autores insignes que discrepan con la prosodia de los nombres que dejo anotados, debo advertir que he tomado las acentuaciones más autorizadas.

353. *Eolo* se ha pronunciado y está escrito como grave y como esdrújulo. Toro Gisbert afirma que *Éolo* es mejor que *Eolo*; esta última prosodia es la que más he oído; tenemos en el Plata un antiguo vapor, que todos llamamos el *Eolo*, y viene en nuestro apoyo Villaviciosa con estos versos de la *Mosquea* (Canto XI):

«Turbóse entonces la región de *Eolo*
Con tan súbita y grande vocería.
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió su cara...»

(1) Advierte Bello en su *Ortol.* (2.^a parte), que «debe decirse *Catúlo*, grave, cuando se habla del poeta; y *Cátulo*, esdrújulo, cuando se designa algún individuo de la gente *Lutacia*, como el célebre vencedor de los cimbro». Y quiere el ilustre maestro que *Lúculo* sea cónsono de *Catulo*, grave; pero bien está el acento esdrújulo aunque disienta con la prosodia latina; y si faltara la sanción del uso en pro de *Lúculo*—que, afortunadamente, no falta,—vendría a imponerse como eufemismo.

354. No pocos son los textos de Historia que olvidan el tilde que en la *i* ha de cargar *Darío*, y muchas son las *Eloísas* (antes *Heloísa*) que omiten indebidamente el que requiere su *i* para estar conforme con la pronunciación que reclaman los más eminentes prosodistas. Para estar según lo pide el habla más correcta, desatan también el diptongo que pudieran formar las dos vocales últimas, con el tilde que debe llevar la vocal débil, los nombres siguientes: *Abigaíl*, *Adonai*, *Efraím*, *Esauí*, *Raúl*, *Saúl*, etc.

355. CAIN dicen muchos, pero ha de tenerse buen cuidado en separar las vocales adyacentes dando su acento a la *i*, como puede verse en estos versos:

«Se estremeció *Cain* y, despertando
A su familia del dormir rehacio»,

(R. Palma. *La Conciencia*);

«¡Alarma! dicen; la oprobiosa llama
Que consumió a *Cain*, la torpe envidia
Contra nosotros su picar inflama»

G. G. de Armas. *Contra los malos críticos*).

356. Muchos de los textos de literatura que andan en manos de nuestra juventud estudiosa (Gil y Gárate, Soldevilla, M. de la Revilla, etc.), y con ellos Barcia (*Dic. Etim.*) (1) y otros autores distinguidos, anotan como grave la *Iliada*, que en cambio veráse escrita como esdrújula por Iriarte, M. de la Rosa, Burgos, V. de los Ríos, Gómez Hermosilla, Bello, Cervo y otros escritores y filólogos. Pompeyo Gener, en la *Hist. de la Liter.*, dice *Iliada*, y en la misma obra se lee LUSIADAS; lo mismo ocurre en la *Literatura*, de Coll y Vehí, donde se tiene *Iliada*, y a la vez LUSIADAS, AUSTRIADA, CRISTIADA, ENRIADA, MENSIADA (pág. 278 y 280); no hay razón para tal inconsecuencia, que todas las voces de origen griego terminadas en *iada*,

(1) Estoy por creer que la omisión del tilde en el *Dic.* obedece simplemente a una errata, pues en la *Formación de la Leng. Españ.*, pág 69, escribe el mismo Barcia *Iliada*.

en su mayoría nombres de poemas épicos, esdrújulas han de ser, según lo piden Bello (1), Cuervo, Conto, Isaza, Toro Gisbert y otros filólogos y gramáticos. Diráse, por tanto, *Austríada*, *Cristíada*, *Enríada*, *Iliada*, *Lusiadas*, y más propio será *Los Lusiadas* que *Las Lusiadas*), *Mestada*, etc.

357. En igual condición están los nombres griegos terminados en *iades*, que aparecen con tan variada prosodia en las historias; así, en la de Artero, p. ej., dice MILCIÁDES y *Alcibiades*. Bien harán los profesores de esta asignatura si dan en uniformar la acentuación de estas palabras, prefiriendo la etimológica, que es sin duda alguna la más correcta; la piden Bello, Cuervo, Toro, Gisbert y otros autores de nota; se dirá *Alcibiades*, *Ciriades*, *Euribiades*, *Hamadriades*, *Heliades*, *Htiades*, *Melquiades*, *Milciades*, etc...

358. Para terminar estas ligeras notas, veamos algunos nombres geográficos de acento ambulante.

¿Cómo se dirá, *Dnieper* o *Dniéper*?... La R. Acad., que en materia de acentuación muestra admirable inconsecuencia, trae *Dnieper* en la definición de «ostrogodo» y *Dniéper* en «visigodo» (ediciones 12.^a y 13.^a del *Léxico*). Amunátegui Reyes se pliega a esta última, y a fe que es la más conveniente; como que resulta, ante todo, la más fácil de pronunciar, es la que anotan Toro y Gómez y Toro Gisbert en sus *Diccionarios* y la que se lee en la *Geografía Universal*, de E. Reclús (primer tomo), última edición, traducida por el eminente literato español V. Blasco Ibáñez. En los *Diccionarios* de Domínguez y Gregoire; en la *Hist. de España*, por M. Lafuente, en la *Geografía Cortambert* y en varias otras obras he visto esta voz sin tilde alguno, caso en que corresponde cargar la pronunciación sobre la última sílaba; y no es raro que exista tanta disparidad

(1) En la *Ortol*. (2.^a parte, Cap. V, edic. de 1890, Madrid) está escrito *LIADA*; pero poco más adelante se lee la regla que pide el acento sobre la antepenúltima sílaba de los nombres, en *ada*, *ide*, *ida*, cuyo nominativo griego es en *as* ó en *is* (*triada*, *driada*, etc.); y es de creer que no tendría motivo el gran maestro para hacer excepción con las voces que cita.

prosódica en el nombre de este gran río, desde que suele a la vez perder la consonante inicial o la última vocal (*Niéper* o *Dniepr*); y lo mismo ocurre con el vecino río *Dniéster*.

359. Hasta la 12.^a edición traía el *Dic. Ac. Etiopia*, al definir la voz «etíope», y *Etiopía* en «troglodita». En los *Dic. Etim.* de Barcia y de Monlau, en las *Apunt.* de Cuervo, en las *Acent. Vic.* de Amunátegui Reyes, en las *Voces Nuevas* de Rivodó, en el *Tesoro y Dic.*, de Toro Gisbert, se registra este nombre sin tilde en la *i* o concediendo decidida preferencia a la pronunciación *Etiópia*; Robles Dégano (*Ortol. Clás.*) viene en apoyo de esta manera de acentuar, fundándose en ejemplos de Montesinos, Castellanos, Lope, Hojeda, Luis Ribera, Villaviciosa, Tirso, Alarcón, P. Céspedes, Rojas y otras autoridades fehacientes. La R. Acad., en la 13.^a edición de su *Dic.*, echa por tierra esta autorizada prosodia; pues, tanto al definir la voz «etíope», como en «etiópico», como en «troglodita», escribe *Etiopía*; así anota también esta palabra Toro y Gómez (*Dic.*); y estaba llamada a primar esta acentuación desde que consta en poemas del M. de Santillana, de Valbuena, en Salazar y Torres, en traducciones del C. de Cheste y de Baráibar, según lo anota el mismo Amunátegui, y además en poesías de Góngora, Calderón y Maury. De la Peña, en su notable *Gram.*, pide doble prosodia para esta voz, y a fe que con acierto.

360. Sorprendidos quedarán muchos si advertimos que es más propio y correcto decir *Eufrates* (grave) que *Éufrates* (esdrújulo). Vease la primera acentuación, que es la etimológica, en el *Dic. de la Acad.*, en la definición de la voz «nabateo»; en los *Dic.* de Toro y Gómez, de Gregoire y de Toro Gisbert, y además en el *Dic. Geográfico*, que está al final de la *Biblia* del P. Scío, en poesías de Jáuregui, Valbuena, Calderón, Mora, V. de la Vega, F. de Herrera, y de éste, aquel verso tan mentado, como ejemplo de sinalefa con cuatro vocales:

«Del Nilo a *Eufrates* fértil e Istro frío» (1)

(1) Tanto este verso, como este otro de Bello:

Es éste el acento reclamado por Bello, Cuervo, de la Peña y otros de los más insignes prosodistas; consta en el *Comp. de la Hist. Univ.* de Cantú, por J. B. Enseñat (pág. 79), y en varias otras obras de geografía e historia. Con todo, hay que reconocer que mucho ha cundido el esdrújulo *Éufrates*, que tal se lee en poesías de Lope de Vega, en *La Araucana* de Ercilla, en la *Geograf. Cortambert* y en algunos otros textos (lo que hace que nuestros estudiantes, y los maestros a las veces, usen generalmente esta popular acentuación), y es también la prosodia que consta en los *Dic.* de Domínguez y Rodríguez Navas.

361. La primer isla de América que vió Colón anda aún con acento inseguro; unos dicen GUANAHANI, y otros *Guana-haní*. Amunátegui Reyes, mediante nutrido acopio de citas, concluye decidiéndose por la acentuación aguda. Cuervo (*Apunt.*, pág. 28) pide el mismo acento agudo para *Misisipi* y *Haití*, fundándose en autoridades irrecusables; y débese poner en la misma cuenta a *Misurí*, ya que la más correcta prosodia exige tilde en la *i* final de todos estos nombres, y así los registran Toro y Gómez y Toro Gisbert en sus *Diccionarios*.

362. Rivodó (*Voces N.*) incluye entre las voces que pueden tener doble prosodia a *Guipúzcoa*. Si bien es cierto que algunos dicen GUIPUZCOA, el acento en la *u* es de rigor para quien pretenda ser bien hablado; tal lo pide Cuervo en sus *Apuntaciones* (pág. 30); así está en el *Dic. Ac.* en la definición de «Guipuzcoano», en Toro Gisbert y en Toro y Gómez.

363. No pocos son los que hablan de nuestra gran victoria, obtenida en 1827 sobre los brasileños, de nuestra bellísima marcha oficial, del departamento correntino y de su capital,

«Del heladó Danubio a *Eufrates* fértil»,

donde se tiene un ejemplo de sinalefa con cinco vocales, están citados por el mismo Bello en su *Ortol.*, y se encuentran trascritos, dando *Eufrates* y no *Éufrates*, en la *Ortol. Clás.*, de Robles (pág. 88), y en los *Elementos de Literatura*, por C. Oyuela (pág. 256), texto muy usado en nuestra enseñanza secundaria y normal.

nombrando ITUZAINGO, y esta misma acentuación grave consta en el *Comp. de Historia Arg.* por N. Larrain (pág. 155), y en algunas otras obras. Si no bastara el título del inspirado poema de J. C. Varela: «*A la victoria de Ituzaingó*», donde siempre se ha repetido *Ituzaingó* y no ITUZAINGO, para venir en conocimiento del acento agudo, que corresponde a este nombre tan digno de recordación para los argentinos, tómese nota de lo que dicen estos versos:

«¡*Ituzaingó!*... Señor de las batallas,
¡oh, Dios de Sabahot omnipotente!»

(J. Zorrilla de San Martín. *La Leyenda Patria.*)

Y cuéntese que esta es la acentuación que dan el *Dic. Geográfico, Estadíst. Arg.*, por M. F. Paz Soldán (pág. 289); los *Dic. de Toro y Gómez y Toro Gisbert*; la *Historia Arg.*, por Pelliza (tomo III, págs. 215, 218, 221, 222, etc.); la de Martín García Merou (tomo II, pág. 285), y otras obras de importancia.

364. ¿Dónde carga el acento *Jujuy*, sobre la *u*, o sobre la *y*?... Los porteños lo llevamos generalmente a la *y*; pero los pocos jujeños que he tenido ocasión de tratar lo marcaban sobre la *u*, emitían como diptongo las concurrentes *uy* (*Ju-juy*), y ellos están en condiciones de saber mejor que nosotros cómo ha de decirse este nombre autóctono. Ocasiona tal disparidad prosódica la *y*; pues si diéramos en escribir como Bello, como Amunátegui Reyes y otros chilenos, y como Sarmiento, no existiría la dificultad desde que la hubiera salvado la presencia o la falta del tilde. Mi rebusca para dilucidar el punto ha sido afortunada: ha caído en mis manos la *Historia Civil*, por el Dr. Joaquín Carrillo, donde se dice o historia todo cuanto puede mentarse sobre esta provincia, y donde, gracias a la ortografía *sui generis* empleada por el ilustrado autor, catedrático hoy en la Universidad de La Plata (Buenos Aires), se adquiere el convencimiento de que ha de decirse *Jujui* y no JUJUI.

365. Miéntase como agudo el río que cruza la capital de los peruanos, brindando frescura y verdor: *Rimac* se lee en el *Dic.* de Gregoire; en la monumental *Geografía* de este mismo autor, traducida por el español N. Estévanez; en la *Geografía* de Malte-Brun, en la novísima versión castellana de la *Geog.* de Reclús, debida a Blasco Ibáñez (tomo V); en la *Geografía* de Cortambert; en la de *América*, por Cincinato Bollo; en otras obras y textos, y en estos versos de Bretón de los Herreros:

«¿Teñiste, como al Jauto un día en Troya,
al Niágara, al *Rimac* y al Orinoco?»

(*El Comercio.*)

Estaba por creer que esta vez, como cuando se trató de Jujuy, el acento ha podido ser trasladado de una letra a otra por quienes mal pueden dar fe de la genuina prosodia, como que oyen y ven desde lejos; mas, advierto en las *Tradiciones peruanas* del festivo Palma (tomo I, págs. 98, 159, etc.), que este esclarecido hablista y escritor dice también *Rimac*. Con todo, me permito afirmar que la etimología pide *Rímac*, ya que está demostrado que el nombre de la capital peruana no es más que una corrupción del nombre del río sobre que está asentada (1), y del agudo *Rimac* mal pudo resultar la grave Lima.

Y vienen a confirmarme en tal parecer estos versos:

«El cano y rubio *Rímac* resonante
Que de vejez en urna se recuesta»

P. de Oña. *Arauco domado*, C. V);

«Bebiendo, te adormeces
Del *Rímac* en las márgenes floridas»

(Miguel A. Caro. *A la estatua del Libertador*);

(1) Recúrrase a la *Historia de la Conquista del Perú* (ed. de Gaspar y Roig, Madrid, pág. 134), o a las obras de Garcilaso de la Vega, Herrera, etc.

«Que el Magdalena y *Rímac* bullicioso
Ya sabe el Tíber y el Eurotas ama»

(J. J. de Olmedo. *La Victoria de Junín*).

En la misma condición prosódica anda el torrencioso *Apurímac*, y es Olmedo otra vez quien se encarga de darnos la acentuación que creo más propia, acentuación que anotan en sus obras los eruditos lexicógrafos Toro y Gómez y Toro Gisbert. He aquí los ejemplos de Olmedo:

«Y las brillantes linfas de *Apurímac*
Y las fugaces linfas de Ucayale.

.....
Que en la fragosa margen de *Apurímac*
Con palmas os espera la Victoria»

(*La Victoria de Junín*).

366. Como en estas ligeras notas vengo siguiendo el orden alfabético, pondré ahora en la cuenta, aunque larga sea la distancia a recorrer, al célebre monte *Sinaí*, que tiene un acento muy andariego; algunos dicen, o escribieron *SINAI*, de acuerdo con la pronunciación hebrea; para otros es *SINAI* o *Siñá*; pero ha de primar *Sinaí*, como se pronunció en latín, y como lo reclama hoy el buen decir. Tal es la prosodia más usada en América, y lo prueban estas citas:

«El abrasado *Sinaí* parecía
Altísima pirámide de lumbre»

(M. Carpio. *El Monte Sinaí*);

«Del nuevo *Sinaí* sobre la espalda,
cual león que sacude la melena»

(J. Zorrilla de San Martín. *La Leyenda Patria*).

367. Para dar fin a este capítulo, séame permitido advertir a los que nombran *VALPARAISO*, ¡que no son pocos!, que *Valparaiso* ha de decirse; es de rigor el tilde en la *i*, como lo es en *paraiso*, y decididamente así lo reclama el distinguido filólogo chileno Amunátegui Reyes, en sus *Acent. viciosas* (pág. 464.)

CAPITULO XIII

Prosodia verbal.

368. El *Léx.* de la Acad. y la mayoría de los diccionarios, tratándose de los verbos, sólo anotan el infinitivo; para conocer la acentuación que corresponde a las distintas inflexiones, hay que recurrir a las gramáticas o a diccionarios especiales, donde muchas veces faltará o no ha de estar bien aclarada la indicación que se busca. Esto por una parte, y el poco cuidado que se pone en la colocación del tilde, por otra, motivan la mucha disparidad que reina en la acentuación de las formas verbales.

Sicilia, Bello, Cuervo, Benot, Isaza, Rivodó de la Peña, Robles Dégano, Toro Gisbert y otros gramáticos han estudiado esta prosodia, bien con verdadero detenimiento, bien incidentalmente, como de paso. Contrapesando el parecer de tan autorizados autores y las indicaciones que he podido recoger espigando los mejores campos de la literatura castellana, especialmente en poesía, intentaré determinar cuál es, en cada ejemplo ocasionado a duda o a yerro, la pronunciación que conviene, la que merece preferencia.

Voy al grano.

369. Bello (*Ortología*, Cap. II), dice: «En las dicciones que constan de enclíticos, el primer acento es el principal y el más fuerte; el débil o secundario cae constantemente sobre el último de los pronombres. Es un defecto pronunciar estas dicciones como si el acento principal cayera sobre el pronombre enclítico, bien que a los poetas se les permite hacerlo a beneficio del metro.»

Por mi tierra, y por otros puntos de América, muchos se toman la misma licencia, aunque no tengan ni pizca de poetas. Y como la plaga se ha propagado tanto, que alcanza hasta a la gente más culta, bueno es que se procure extirparla

desde los bancos de la escuela primaria, enseñando a los niños la correcta pronunciación: *dijéronme*, y no *DIJERONMÉ*; *llámelo*, y no *LLAMELÓ*; *váyase*, y no *VAYASÉ*, etc.

De esta tan reprobable tendencia a hacer agudos tales compuestos, nacen los muy vulgares *DIJERONMELÓN*, *TRAIGANMELÓN*... y otros-*melones*, o no melones, que ni en mercado o feria están bien.

370. Y a los que dicen o escriben *CONTEMOSNÓS*, *ESCRIBAMOSNÓS*, *ESTIREMOSNÓS*, etc.—¡y cuidado, que son legión!—adviértelos que cometen doble yerro, desde que sacan de quicio el acento y dejan una *s*, que por razones de eufonía debe suprimirse. Si quieren ser correctos, digan y escriban *contémonos*, *escribámonos*, *estirémonos*, etc., que tal se oye y se ve en quienes saben hablar y escribir correctamente:

Y dijo: «El sacrificio ha terminado:
¡Ven! ¡Vámonos a casa!» y tendió el vuelo
(*Elvira Tracy, Rafael Pombo*).

«Pues *ocupémonos* de la sociedad... «Como de la sociedad de seguros, *ocupémonos* de la familia» (*Obras*, tomo IX, J. B. Alberdi).

371. Bello, Cuervo, Benot, Isaza, de la Peña y otros gramáticos y hablistas, están contestes en condenar el vicio prosódico en que incurren los que dicen *HÁYAMOS*, *HÁYAIS*, *SÉAMOS*, *SÉAIS*, *VÁYAMOS*, *VÁYAIS*; formas verbales que deben pronunciarse, de acuerdo con los demás verbos, *hayamos*, *hayáis*, *seamos*, *seáis*, *vayamos*, *vayáis*.

Como algunos de nuestros filólogos han creído que esta trasgresión es achaque de americanos solamente, conviene advertirles que ocurre también por España; Rivodó (*Entretencimientos Gram.*, tomo VII) recuerda haber oído pronunciar *HÁYAMOS*, no una vez, sino varias, nada menos que al fénix de los oradores iberos, al gran Castelar, en uno de sus más sonados discursos.

La verdad es que no hay razón alguna que permita á estos

verbos disentir con la prosodia, que es común a la primera y segunda persona, plural, del presente de indicativo, en todos los verbos. No echen esta advertencia en saco roto los que dicen MUÉRAMOS, MUÉRAIS, por *muramos*, *muráis*; QUIÉRAMOS, QUIÉRAIS, por *queramos*, *queráis*, etc.

Y para no dejar de citar siquiera un ejemplo que muestre la pronunciación correcta, vaya el siguiente:

«Juzgo que no hay precisión
De que tan lejos *vayamos*»

(*La ley de raza*. Hartzenbusch).

372. «Se me AGRÍA el estómago.» «¡Cómo CHIRRIA ese aceite!» «No ESPACIE tanto la escritura», «TERCIE en el debate», «SACIO la sed, y nada más»... sí, ¡y nada más!, que con los barbarismos prosódicos que apuntados quedan, recogidos por ahí, basta para tener colección.

La verdad es que a las veces pone en apuros a los mismos maestros la acentuación de los presentes de indicativo, imperativo (1) y subjuntivo de los verbos terminados en *iar* y *uar*.

Bello, Sicilia, Cuervo, Isaza, Benot, Robles Dégano, y otros prosodistas que han dedicado alguna atención á este punto, no siempre se muestran de acuerdo. La Academia no refleja mayor luz al respecto, pues se trata comúnmente de verbos regulares que no ha tenido ocasión de conjugar.

Para los terminados en *iar* establece Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 172), que «si el verbo se compone o deriva de un nombre, se conserva el acento de éste»; y tanto es así, que basta en la mayoría de los casos la coexistencia de un nombre afín, aun cuando no sea el que haya venido a formar el verbo, para indicarnos la acentuación que corresponde. Esta norma resulta de acertada aplicación en los casos siguientes, que muchos equivocan:

(1) Daré como presente al imperativo, ya que así lo quiere la Academia; pero más de acuerdo estoy con los que ven en este modo un tiempo futuro y no presente.

- Acopiar (de copia), *acopio*, *acopias*, etc.
 Agraviar (de agravio), *agravio*, *agravias*, etc.
 Agriar (de agrio), *agrio*, *agrias*, etc.
 Asfixiar (de asfixia), *asfixio*, *asfixias*, etc.
 Auxiliar (de auxilio), *auxilio*, *auxilias*, etc. (1).
 Calumniar (de calumnia), *calumnio*, *calumnias*, etc.
 Columpiar (de columpio), *columpio*, *columpias*, etc.
 Conciliar (de concilio), *concilio*, *concilias*, etc. (2).
 Espaciar (de espacio), *espacio*, *espacias*, etc. (3).

(1) Bello da como incierta la prosodia de este verbo. Sicilia pretende establecer que *auxilio* equivale a «dar auxilio», y AUXILÍO al significado de «ayudar a bien morir». Cuervo, desacorde, como es lógico, con esta caprichosa distinción, aconseja seguir la norma que ofrece el nombre *auxilio*, y presenta ejemplos de Jovellanos y Hartzenbusch.

(2) En apoyo de que las formas que corresponden a *conciliar* y *reconciliar* han de acentuarse en *ci*, cita Cuervo (*Apunt.*, págs. 172 y 173) ejemplos de Iriarte, Moratín, Angel de Saavedra y Bretón; pudo agregar pasajes de Tirso, Moreto y otros clásicos que han tenido ocasión de usar el mismo acento.

No veo en qué ha podido fundarse Bello para conceder doble prosodia a estas voces (*concilio* y *concilio*, *concilias* y *concilias*, etc.).

En América prima la acentuación que muestran estos versos:

«¿Quién la miseria y el amor *concilia*?
 Esto, más que problema, es un misterio:
 Para hablar de un asunto que es tan serio,
 Hubo ayer un consejo de familia»

(*Un consejo de familia*. Juan de Dios Peza);

«Pues todo se *concilia*
 Al calor celestial de tus cariños»
 (*Agathias, Poemas griegos*. C. Guido y Spano);

«Que al hombre con el mundo *reconcilia*
 El ver crecer en torno la familia»

(*At home*, C. Guido y Spano).

(3) En favor de *espacio*, *espacias*, *espacian*, etc., Cuervo cita á Lope, Arriaza y Angel Saavedra. Encuentro la misma acentuación en *El Bernardo*, de Valbuena (libro XV); en poesías de Reinoso y traducciones de J. de Burgos; y, para no dejar de citar siquiera un autor americano, vaya esta estrofa de Mitre:

- Expatriar (de patria), *expatrio, expatrias*, etc. (1).
 Foliar (de folio), *folio, folias*, etc.
 Irradiar (de radio), *irradio, irradias*, etc.
 Lidiar (de lid, lidia), *lidio, lidias*, etc. (2).
 Negociar (de negocio), *negocio, negocias*, etc.
 Obviar (de obvio), *obvio, obvias*, etc.
 Paliar (de palio), *palio palias*, etc. (3).
 Plagiar (de plagio), *plagio, plagias*, etc.
 Premiar (de premio), *premio, premias*, etc.
 Radiar (de radio), *radio, radias*, etc.

«Un corolario te daré por gracia,
 Que no pienso te sea indiferente,
 Si mi palabra para ti se *espacia*»

(Trad. de *La Divina Comedia; El Purgatorio, Canto 28*).

- (1) Sicilia, en su *Tratado de Ortología*, acentúa *expatria*.
 (2) He aquí algunos ejemplos que confirman la más correcta acentuación:

«Mas ¿qué no hará un pecho donde *lidia*
 Ambición fiera y delalmada envidia?»

(*La Cristiada*, L. III, Ojeda).

Hasta que en su ciudad se encierren todos,
 y con Héctor yo *lidie*, y con su lanza
 él me atraviere el pecho...»

(*Iliada*, libro XXI, trad. de Hermsilla);

«—¡Calle usted por Dios, señora!
 Se conoce que no *lidia*
 Usted con ellos...»

(*La mancha de la mora*. Antonio de Trueba);

«...y á su sombra habitan
 Las más heroicas tribus de la raza
 Que por diez lustros contra España *lidian*»

(*Tribus del Avila*. Francisco G. Pardo).

- (3) Benot (*Prosodia*, tomo II, pág. 75) cita a *palie* entre las voces de doble prosodia. Es indudable que la acentuación más correcta es la que anoto. Van en su apoyo estos versos del Duque de Rivas:

«¿Quién de tan grande ingenuidad blasona,
 Que no disculpa o *palie* sus delitos?»

Repatriar (de patria), *repatrio, repatrias*, etc.

Sitiar (de sitio), *sitio, sitias*, etc. (1).

Tapiar (de tapia), *tapio, tapias*, etc.

Terciar (de tercio), *tercio, tercias*, etc.

Testimoniar (de testimonio), *testimonio, testimonias*, etc.

Viciar (de vicio), *vicio vicias*, etc.

Chirriar (de chirrío), *chirrio, chirrias*, etc. (2).

Desvariar (de desvarío), *desvario, desvarias*, etc.

Estriar (de estria), *estrio, estrias*, etc.

Rociar (de rocío), *rocío, rocías*, etc.

373. Los verbos *ampliar, cariar, contrariar, gloriar, inventariar, variar* y *vidriar* pueden contarse como excepciones de la regla a que se ajustan los verbos precedentes; pues aun cuando en algunos de ellos el uso es incierto, compulsándose tanto el uso clásico como el moderno, y el parecer de los gramáticos que han dado en citarlos, viene a merecer preferencia la acentuación que se aparta de la que corresponde a los nombres o adjetivos de que se derivan; diráse por tanto, *amplio* (3), *caría* (la 1.^a persona y la 2.^a poco se emplean) (4), *contrario, glorío* (5),

(1) Para Benot puede ser *sitio* o *sitío*; pero no veo que haya quien apoye esta segunda pronunciación.

(2) Está de acuerdo con esta acentuación la Academia, que emplea este verbo en el Diccionario al definir las voces *chirriador, chirrión* y *gárrulo*.

(3) Así escribió Hartzenbusch en su *Prólogo* de la *Colección de Sinónimos* por J. J. Mora (pág. VI): «El Sr. Conde (de la Cortina) adopta muchas veces la doctrina de sus predecesores; otras, la *amplía* o corrige.

(4) Robles Dégano, en su *Ortología Clásica*, opta por *CARIA, CARIAN*.

(5) Hermosilla adoptó decididamente esta acentuación:

«Aunque nombraras
al mismo Agamenón, que se *gloría*
de ser en el ejército el primero»

(*Ilíada*, Libro 1.^o);

«Egialea, que ahora se *gloría*
de tener por esposo al más valiente»

(*Idem*, Libro V);

inventario, vario, vidrio (1); *gloriar, inventariar y vidriar* recurre indistintamente a cualquiera de las dos acentuaciones, y creo que pueden tolerarse ambas sin mayor aspaviento; que si bien la una prima en los clásicos y en escritores modernos, la obra tiene en su pro el estar conforme con la regla general.

Vanagloriar no admite, como *gloriar*, la disolución del diptongo; tanto Bello, como Cuervo, Isaza, Rivodó, Amunátegui Reyes y otros gramáticos y hablistas, conjugan. *vanaglorio, vanaglorias, vanagloria*, etc. *Engloriar* está en las mismas condiciones; Benot escribe *englorie* (*Prosodia*, 2.^a parte, página 168); y aquí es del caso advertir que este ilustre autor concede doble prosodia, así a *glorio* como a *vanaglorio* (*Pros.*, 2.^a parte, pág. 75).

374. Quédanse por considerar algunos otros casos de acentuación dudosa.

En el verbo *ansiar*, Bello (*Ortol. y Métrica*, pág. 37) se decide por la pronunciación que está de acuerdo con el nombre

«Pero de ser también yo me *glorio*
de esclarecida alcurnia»

(Idem, Libro XIV);

Y para no dejar de citar otros autores, vayan también estos ejemplos:

«Impaciente un moro alcaide
De que España se *glorie*

(*Marta la Piadosa*. Tirso de Molina);

Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima; aquel otro, García,
A quien sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes, por quien Turia se *gloria*.

(*Las naves de Cortés destruidas*. N. Fernández de Moratín).

(1) He aquí un ejemplo que no se le olvida a quien llega a leerlo una vez:

Cuando la muerte *vidrie*
de mis ojos el cristal,
Mis párpados aun abiertos,
¿Quién los cerrará?»

(*Rima* de Becquer).

afín *ansia* (*ansio, ansias, ansia, ansian, ansie, ansies, ansien*), y lo mismo Sicilia (*Lec. de Ortología*), Salvá (*Gram. Cast.*), Robles Dégano (*Ortol. Clásica*, pág. 339) y Amunátegui Reyes (*Acen- tuaciones Vic.*, pág. 39). Benot usó también esta acentuación con preferencia, aunque anota este verbo en la cuenta de los que admiten doble prosodia (*Prosodia*, 2.^a parte, pág. 75). Cuervo, si bien opta por esta misma acentuación, con citas de Balmes, Martínez de la Rosa, Lista, Meléndez, Angel Saavedra y Quintana, autores a los que pudo agregar Maury, Arriaza, Gallego, Tapia, Marchena, el Duque de Rivas, Hartzenbusch, Burgos, J. Vargas y Ponce y otros, prueba de que también puede usarse el acento en la *i* disolvente del diptongo, que tal consta en Forner, Espronceda, Valera, López de Ayala y, además, en Alcalá Galiano, Antonio de Trueba y Núñez de Arce (citados por de la Peña, *Gramática Práct.*). En prueba de que bien pueden permitirse las dos acentuaciones, tiénese que las usaron indistintamente, acomodándolas a las exigen- cias del verso, José de Espronceda, el Conde de Cheste, Valera y José Zorrilla.

Parece que el uso moderno tiende a dar preferencia a la prosodia que disuelve el diptongo.

En el bellísimo drama de Echegaray, *Enseñar al que no sabe*, se lee varias veces *ansio*; y predomina este verbo con igual acento en otras obras del insigne dramaturgo. La misma prosodia se tiene en *La Ricahembra*, escrita en colaboración por A. Fernández-Guerra y Orbe y M. Tamayo y Baus, como puede verse en este pasaje:

«Ramiro su grave yerro
En tierra lejana expie;
Por su patria en vano *ansie*:
También es muerte el destierro.»

Adopta también esta acentuación el académico D. Francis- co Rodríguez Marín. Véanse estos versos de su soneto *Mensaje*:

«Dile, en fin, cuanto sueño y cuanto *ansío*...
Y que, pues has de ver sus lindos ojos,
Celos tengo de ti, soneto mío.»

Y estoy por creer que es esta misma la prosodia que prevalece en la Argentina. He aquí unos ejemplos:

«Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariño»

(*At home*. C. Guido y Spano);

«Cuando falucho que *ansía*
Dar un viva a su manera»

(*El Negro Falucho*. Rafael Obligado).

375. «En *extasiarse*, dice Bello (*Ort.*), verbo recientemente introducido», no se puede decir que hay uso constante, y me parece más suave *extasio* que *extasio*.» Benot sólo anota la segunda acentuación en su *Dic. de Asonantes y Cons.*; pero acepta las dos en su *Prosodia* (2.^a parte, pág. 75). Cuervo opta por la pronunciación que disuelve el diptongo, apoyándose en ejemplos de Moratín y Bretón.

Si bien pueden tolerarse las dos prosodias, es indudable que resulta preferible la que desata el diptongo. Y para no dejar de añadir siquiera un ejemplo de mi cosecha de papeletas, vaya este:

«¡*Se extasia*

Con ella!—¡Estoy impaciente!»

(*El hombre de mundo*. Ac. III, Esc. XV. V. de la Vega.)

El uso más corriente en la Argentina, así popular como literario, está con este mismo acento; anotaré para muestra estos versos:

La deidad de la armonía

Soñadora

Que en sus himnos se *extasia*»

(*A una joven rusa*. C. Guido y Spano).

«¡Tú en cuyo noble rostro la opulenta
Llama del sol gozosa se *extasia*»

(*Patria*. C. Oyuela).

376. *Historiar* conviene con su afín *historia* (*historio*, *historias*, etc.); así le quieren Benot (*Dic. de Ason. y Cons.*), Isaza (*Dic. de la Conj. Cast.*) y Rivodó (*Entretenimientos Gram.*, tomo II, pág. 25). Y me parece ésta la pronunciación más aceptable, aunque de la Peña (*Gram.*, pág. 521) opte decididamente por *HISTORIO*, ateniéndose a su analogía con *glorio*, aun cuando Bello se mantenga indeciso y Sicilia haya dado en aceptar dos acentuaciones, *HISTORIO*, *HISTORÍAS*, *HISTORÍA*, *HISTORÍAN*, para el indicativo; e *historie*, *histories*, *historien*, para el subjuntivo; diversidad que no tiene razón de existir.

377. *Rumiar* se conjuga de acuerdo con el acento del sustantivo afín *rumia*. Salvá y Sicilia opinan por *rumia*, *rumian*, etcétera, podrían aducir a su favor estas palabras dirigidas por Don Quijote a Sancho: «Considera y *RUMIA* las palabras antes que te salgan de la boca» (2.^a parte, C. XXXI), que vienen en el facsímile de la 1.^a edición del *Quijote*, publicada por la casa Montaner y Simón, de Barcelona, con tilde en la *i* de *rumia*. Pero nada menos que Bello, Cuervo, Benot, Robles Dégano, Isaza, Rivodó y de la Peña comprueban que se han de diptongar las dos vocales finales (*rumio*, *rumias*, *rumia*, *rumian*, *rumie*, *rumien*), y la misma Academia viene a resolver el punto desde que conjuga este verbo estampando *rumia*, al definir en el Dic. las voces *rumiador* *rumiante* y *rumión*. Y para mayor abundamiento de pruebas, me permitiré arrimar estos dos ejemplos de mi cosecha de papeletas:

«Huyen los ciervos, *rumian* los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde...»

(*El Bernardo*. Libro VIII, Valbuena);

«*Rumian* también de Cristo las grandezas,
Del mundo el venerable acatamiento»

(*La Cristiada*. Libro IV, Hojeda).

Y priva por estos mundos la pronunciación más correcta; vaya para muestra este ejemplo, que tomo de las *Lecturas*

selectas, por C. Oyuela: «Al suave resplandor de la luna *rumia* el ganado tranquilamente en la pradera» (*El Llanero*, R. M. Baralt). Con todo, no faltan quienes pronuncien RUMEA, RUMEAN, etc.; pero tal decir es propio de palurdos.

378. Aun cuando no faltan quienes conjuguen SACIO, SACIAS, etc., Bello, Isaza de la Peña, Rivodó, Benot y Peñalver no aceptan como correcta otra acentuación que la que mantiene el diptongo, de acuerdo con el adjetivo afín *sacio* (*sacio, sacias, sacia*, etc.). Si se quiere mayor comprobación, pásese la vista por estos ejemplos:

«Antes hará que los voraces buitres
Se *sacien* de la carne delicada»

(*La Ilíada*, Libro IV, trad. de Hermsilla);

«Y pronto espero la arrogante audacia
Castigar de los dos, o que a lo menos
postrado el uno, el furibundo Marte
Sacie la sed de sangre con la suya»

(*La Ilíada*. L. V., Hermsilla);

«¡No *sacio*
mi razón! Terrible pena!
El éter, no hay duda, llena
los ámbitos del espacio»

(*Un sol que nace y un sol que muere*. J. Echegaray);

«Más que todas las otras es sabrosa—
Si con esto tu sed aun no se se *sacia*,—
No puedo descubrirte yo otra cosa»

(*La Divina Comedia*, *El Purgatorio*, canto 28.º, versión de Mitre);

«Vemos que tanta podredumbre *sacia*»

(*La D. C.*, *el Infierno*, último verso del canto 18.º Mitre).

379. Es indudable que el uso clásico apartó el verbo *vaciar* de la prosodia que corresponde a su nombre afín *vacío* (véase Menéndez Pidal, *Manual elemental de Gramática histórica española*, pág. 161; Cuervo, *Apuntaciones*, pág. 178; Robles Dégano, *Ortología clásica*, pág. 342; Rivodó, *Entret. Gram.*),

tomo II, pág. 26; Isaza, *Dic. de la Conj. Cast.*). Salvá se decidió por *vacío, vacías*, etc., aunque sin desconocer que muchos pronuncian *vacio, vacias*, etc., y Puigblanch, que le critica (*Opúsculos Gram.*), no deja de reconocer que la norma de *vacío* influye en sus paisanos tanto como ha podido influir en los de Salvá. Sicilia y de la Peña están con Salvá; en el *Dic. de la Rima* por Peñalver, sólo se halla la forma *vacie*, que consueña con *contrarie, descarríe, rocie, varíe, zurríe, caríe, glorie* etc., y Benot (*Prosodia*, tomo I, pág. 277) cuenta este verbo como de acentuación indecisa.

En la Argentina se oyen las dos acentuaciones, y creo que la única forma intolerable de todo punto es el *VACEO, VACEAS, VACEA*, etc., que da en emplear el vulgo.

*
* *

380. *Afliar, arriar, filiar, lisiar y zurriar* andan con su conjugación a mal traer, y no es de extrañarlos desde que carecen de un nombre afín que pueda darles norma prosódica.

Cuervo (*Apunt.*), Isaza (*Dic. de la Conj.*), de la Peña (*Gramática Cast.*, pág. 522) y Robles Dégano (*Ortología clásica*), conjugan *aflio, aflias*, etc. Para Sicilia (*Lec. de Ort.*), es *AFILIO AFILÍAS*, etc. Benot (*Dic. de Ason. y Cons.*, págs. 56 y 782) trae las dos acentuaciones, y Rivodó (*Entr. Gram.*, tomo 2.º, página 26) es del mismo parecer. He aquí un ejemplo que muestra la acentuación que merece preferencia: «Sin embargo, France no quiere que le *aflien* entre los escépticos á carga cerrada» (*Lecc. de Literatura*, pág. 34, Emilia Pardo Bazán).

La conjugación de *arriar* (bajar las velas o banderas), aun cuando haya podido suscitar alguna disparidad entre los prosodistas, está resuelta por la Acad. desde que anota, en el *Diccionario*, *arrián* al definir la voz «driza». Isaza, Cuervo y Benot están acordes en que debe caer el tilde sobre la *i*.

Según Isaza (*Dic. de la Conj.*), ha de pronunciarse *filio, filias*, etc., y tiene a su favor á Peñalver (*Dic. de la Rima*); Be-

llo opta por *FILIO* (*Ortología*, § III, 3.^a regla), y están con él Sicilia (*Ortol.*, 2.^a parte, lec. IX), y Benot (*Dic. de Ason. y Cons.*, y *Prosodia*, 2.^a parte, pág. 168). Rivodó encuentra aceptables las dos prosodias; pero es indudable que goza de primacía la que conserva el diptongo (*filio*, *filias*, etc.).

Lislar ha de conjugarse *lisio*, *lisias*, *lisia*, etc; así lo piden Benot (*Prosodia*, 2.^a parte, págs. 165 y 166), Isaza, Rivodó y otros autores.

Zurriar (sonar bronca, desapasible y confusamente alguna cosa) conjúgase, según Isaza (*Dic.*), *zurrio*, *zurrias*, etc, y con igual acentuación aparece este verbo en el *Dic. de la Rima* por Peñalver y en Sicilia. Rivodó conjuga ZURRIO, ZURRIAS, etcétera (*Entr. Gram.*, tomo 2.^o, pág. 26); pero no veo en qué pueda fundar tal pronunciación.

381. «Esta sal se LICÚA rápidamente», dice un señor boticario, tan solícito con las fórmulas químicas como descuidado con los cánones gramaticales; «FRAGÚO nuevas combinaciones», oigo a un político que se tiene por muy leído»; «esta pared se OBLICÚA demasiado», observa un arquitecto muy entendido en construcciones, pero muy ignorante en cuanto a buen decir se refiere; «no promiscúe, que es día de ayuno»; y quien tal aconseja no repara en que *promiscua* con el idioma, que es peor, mil veces peor que promiscuar con carne y pescado.

Cuantos quieran evitarse trasgresiones de esta laya en toda la serie de los verbos terminados en *uar*, aprendan esta receta, que es infalible: «Si el infinitivo termina en *cuar* o *guar*, no carga el acento sobre la *u*; si termina de cualquier otro modo, carga sobre ella» (*Ortología y Métrica*, por Bello, pág. 172, edic. de 1890).

Y a fe que conviene tenerla siempre presente, porque a quien comienza por descuidar el simple acento, la insignificante virgulilla, le ocurre lo que al *joven filósofo* de la mentada fábula de Samaniego:

«De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan»...

y a lo mejor se pasa una vergüenza de padre y muy señor mío.

382. «EMBAULO todo y me voy»... Sí, con la música a otra parte, con tal que quede en paz la gramática.

Las inflexiones del verbo *embaular* y *desembaular* deben conservar la acentuación que corresponde a *baúl* (que no es BAUL, como incorrectamente dicen algunos). En el primer *Dic. académico* (el de *Autoridades*, que es sin duda el mejor de cuantos ha publicado la docta Corp.) se lee *embaúlen*, y esta misma colocación del acento se tiene en el *Dic. de Ason. y Cons.*, por Benot, en el *Dic. de la Conj.* por Isaza, y es la que ha de adoptarse si se quiere hablar correctamente.

Embaucar se puede mantener en toda su conjugación como asonante de *embaular*; se tendrá en apoyo de tal decir la autoridad de Castillejo, de Villaviciosa, de Maury, de Benot (*Dic. de As. y Cons.*), del eminente filólogo Cuervo y del gramático Isaza. Con todo, los que dicen *embauco*, *embaucas*, etc., tienen a su favor la Acad., que así acentúa en la última edición de su *Léxico*, en «Embaucar»; así conjugó también alguna vez Tirso de Molina, y opta por esta misma acentuación Robles Dégano (*Ortología clás.*, pág. 174), ateniéndose a un ejemplo de Barbero.

383. Conservan, como en *embaular*, el acento de los nombres de que se derivan, y no el de sus infinitivos, las formas del presente (*indic.*, *imp.* y *subj.*): *átro*, *átras*, *áira*, etc. (*ira*); *aíslo*, *aíslas*, *aísla*, etc. (*isla*); *atraílllo*, *atraíllás*, *atraílla*, etc. (*traílla*); *aúno*, *aúnas*, *aúna*, etc., (*uno*); *aúpo*, *aúpas*, *aúpa*, etc. (*upa*); *reúno*, *reúnes*, *reúne*, etc. (*uno*); y póngase atención en esto, ya que son tantos los que indebidamente pronuncian como diptongo las vocales concurrentes de estas formas verbales.

384. Desatan también, en los mismos tiempos, el diptongo que pudieran formar sus vocales adyacentes los verbos *aullar*, *baraustar* y *maullar*; se dirá, por tanto, *aúlla*, *baraústa*, *maúlla*, y NO AULLA, BARAUSTA, MAULLA, como erróneamente conjugan algunos.

385. Como bien lo indica Benot (*Prosodia*, tomo III, página 29), han de pronunciarse distintamente las vocales que separa la *h* en *ahumar*, *desahuciar* y *sahumar*, y el acento corresponde a la *u* en las formas del *pres.* (*indic.*, *imp.* y *subj.*): *ahúmo* (1), *desahúcio* (2), *sahúmo*, etc.

386. *Alinear* y *delinear* resultan pésimamente conjugados, no sólo por el vulgo, sino hasta por personas muy cultas.

Es, ante todo, vicio muy común el olvidar las letras radicales de estos verbos regulares, dando en decir ALINIO, DELINIO, ALINIÉ, DELINIÉ, ALINIENSE, etc., como si existieran los infinitivos ALINIAR y DELINIAR. Las formas y prosodia que reclama el bien decir son *alineo*, *delineo* (entiéndase bien que con acento grave), *alineé*, *delineé*, *alinéense*, etc., y de más estará el aportar citas para comprobarlo, desde que están acordes con tal conjugación Bello, Cuervo, Rivodó, Conto, Isaza, y con ellos los más distinguidos hablitas y gramáticos.

JUAN B. SELVA,

Profesor en Dolores (República Argentina).

(1) La Acad., dado que no admite diptongo cuando hay *h* interpuesta, no marca el tilde en este caso.

Anotada esta salvedad, permítaseme colocar en este sitio un ejemplo que muestra la prosodia que corresponde:

«Tiende los pies, las manos desentume:
Mira, Pedro, ya tibio no te vea.
Quien a esa llama y resplandor te *ahume*»

(*La Cristiada*. L. IV. Hojeda).

(2) Es ésta la acentuación clásica, como que consueña con la forma arcaica que tuvo antaño, según se ve en este verso:

«Y como enfermo ya *desahuciado*»

(*Lu Austriada*. C. VIII. J. Rufo).

Sicilia, Bello, Cuervo, Benot, Amunátegui Reyes, Isaza y Robles Dégano están por la pronunciación que indico; pero no faltan quienes hayan llevado el acento a la *a*; tal Bretón de los Herreros, en el acto 4.º, esc. 2.ª de *El cuarto de hora*.

LA ESTATUA ECUESTRE DE FELIPE IV

Se ha dicho que el Papa Bonifacio VIII llamaba a los antiguos florentinos la *quinta essentia* de las naciones; ignoro si ha intentado ya alguien hacer la historia de su diáspora y seguir las huellas de su influencia en la evolución de la cultura.

Un importante capítulo de esa historia tendría que relacionarse con el arte plástico en España, desde el siglo xiv al xvii. Este período de tiempo abarca, próximamente, la prehistoria, el apogeo y la decadencia del movimiento de expansión de la raza española, que coincide con la más activa atracción y amalgamamiento de elementos exóticos franceses primero, holandeses después y, por último, italianos; bien que en todos los tiempos anden unos y otros más o menos revueltos y mezclados.

El papel que desempeñara Florencia de cuna de nuestra moderna civilización, ¿no estará relacionado con la vocación por la mecánica y con esa concepción mecánica de los fenómenos en que estriba la superioridad de las modernas ciencias naturales sobre la ciencia antigua?

El genio de Galileo, reconstruyendo la máquina del Universo; la política realista del gran Secretario de Estado, la cúpula de la catedral, de Brunellesco; las efímeras maravillas de las maquinarias que montaban para sus fiestas y representaciones escénicas, muestran distintos aspectos de esta particular

aptitud; y en el genio de Leonardo de Vinci se halla reunido todo ello, combinándose lo más grande con lo más serio y más jocoso; mecánica, teórica y práctica, junto con aquellas divertidas chanzas, cuyas tradiciones ha conservado Vasari. Al declararse en su epitafio *Mirator veterum discipulusque memor*, probable es que tuviese presente a aquel Arquímedes que fue el más grande genio mecánico de la antigüedad.

Estas consideraciones me las sugiere el recuerdo de un episodio de fines de aquel tiempo, que quiero referir. La gran escultura en bronce era una de las ramas del arte en la que los florentinos eran, sin disputa, en el siglo xvii, los primeros; y las dos estatuas ecuestres colosales de la escuela de Juan de Bologna, que en Madrid subsisten, son otros tantos hitos en esa historia secular de las importaciones florentinas en la Península.

El primer período de esas importaciones e influencias se inicia con Carlos V y termina con su biznieto. Su causa determinante fue la dependencia política en que, respecto a España, se encontró la Toscana. Los grandes Duques de la casa de Médicis—dice Badoer (1575)—deben a la casa de Austria, no sólo su dignidad, sino también su conservación y hasta la de su vida y Estados.» Y Morosini: «Francisco I depende en un todo de España, le presta al Rey sumas considerables, recluta soldados para su servicio, le regala navíos cargados de armas, consulta con él como consejero y embajador suyo, y considera como propios los enemigos del Monarca.»

Entre las esculturas italianas que se conservan en España, y que atestiguan el amor al fausto que a sus prelados, grandes y particulares caracterizó hasta el siglo xvi, se encuentran pocos bronce de mérito, y la mayor parte de ellos son anónimos. El relieve del embajador en Badajoz y el grupo de San Martín en Valencia, pueden llamarse únicos.

Fueron los Habsburgos los que en el país introdujeron la escultura en bronce. En 1549 sorprendía Ferrante Gonzaga al Emperador con una rara obra; era ésta su propia estatua,

con las furias domeñadas a sus pies; y en ella mostrábase el Emperador a la manera de los Césares, desnudo como los antiguos héroes, si bien llevaba sobre el cuerpo una armadura desmontable, gracias a la cual, el semidiós pagano podía convertirse en un armado caballero.

Esta obra maestra de Leon Leoni de Arezo le valió a su autor ser llamado a la corte como *scultore cesareo*, y señaló el comienzo de unas relaciones que duraron cincuenta años entre los Leoni, padre e hijo, y la Casa Imperial; relaciones que fueron un motivo de celos para el Tiziano, quien llegó a acusar al maestro, ante el Emperador, de haber querido asesinar a su hijo Horacio. El artista en cuestión traía ya de su país la finura con que sabía fundir el oro y las líneas características de los forjadores de medallones; pero más adelante supo apropiarse el estilo grandioso, libre y vibrante, que debe tener el escultor.

A su hijo Pompeyo Leoni le fue encomendada la mayor empresa que en materia de retratos plásticos monumentales se acometiera en España en el apogeo de su universal predominio: las diez estatuas colosales en bronce, del Emperador y de su hijo Felipe II con sus familias, que se encuentran en la Capilla mayor de El Escorial. La solemnidad del sitio, la pompa de las cajas doradas y esmaltadas, las evocaciones históricas que suscitan aquellas facciones, nada simpáticas, aúnanse allí para producir una impresión extraordinariamente persuasiva.

Dichas estatuas fueron trabajadas en Milán, y restauradas por Juan de Arfe de algunos deterioros que habían sufrido en el camino, quedaron colocadas en su sitio reinando Felipe III.

Siguieron a estas estatuas las de los grandes prelados. En Salas (Asturias) se eleva el monumento al gran Inquisidor Valdés, en el que hay numerosas figuras, y en un pueblecito de la provincia de Segovia se conserva la estatua yacente del cardenal Espinosa.

Venturini vió también en el estudio de Pompeyo, en Ma-

drid, en 1571, el busto del Duque de Alba, obra suya, que, juntamente con el que del mismo Duque hiciera Yongheling, y con los del Emperador y Felipe II, ornaban el palacio ducal de Alba de Tormes.

Destruído éste por las llamas en la guerra de la Independencia, emigraron las estatuas al palacio de Windsor.

Pompeyo murió en Madrid en 13 de Octubre de 1608.

La serie de las ofrendas hechas por los Médicis la abrió el Crucifijo de Benvenuto Cellini, que el Duque Francisco I envió, en 1576, a Felipe II, para El Escorial. Su padre Cosme había comprado al artista aquel mármol, que al principio destinaba para su propio mausoleo (1562), en 1.500 *scudi d'oro* (1565). Este presente fue muy estimado, pues aquella obra, empezada en el mismo año que la edificación de El Escorial, parecía predestinada para ornato del templo. Cuando en 15 de Octubre de 1576 llegó al Palacio del Pardo el carro que conducía la obra de arte, no pudo el Rey contener su impaciencia hasta que fuese llevada al lugar de su destino, y mandó abrir la caja en que venía encerrada. Pompeyo Leoni se halló presente al acto, para disgusto del Embajador toscano Orlandini, que tuvo que escuchar sus molestas observaciones (1). A decir verdad, sólo tuvo que afejar Leoni ciertas manchas del mármol y la falta de sudario, que el Rey suplió con un velo, que ya quedó allí en definitiva; pero en aquel ligero examen no se escaparían a conocedor tan profundo otros detalles de más monta. Echase, con efecto, de menos, en aquel trabajo desprovisto de estilo, un tema claro y hasta la propiedad de un cuerpo inanimado. Aunque la figura del Cristo pudiera pasar

(1) Per mostrare d'essere un grande intendente nell'arte osservava ogni punto, et notava certa pócha rimessa di marmo che (era) in quel corpo, per non lo far apparire d'un pezzo intero, similmente non li pareva conveniente che mostrasse le vergogne. Et quanto alla prima osservazione, s'intese fo risposto, che il difetto non era stato dello Scultore, ma del marmo, et il secondo difetto molto bene si potere rimediare con un velo, et simili altre cose. (Despachos de Orlandini de 6 de Diciembre de 1576.)

por una visión del artista, lo más probable era que se tratase de un estudio, hecho sin alma, de un modelo de tórax estrecho, extendido en posición horizontal; la cabeza, para la que se requería un tipo ideal, es de fantasía, y, como el resto del cuerpo, ni viva ni muerto; y aunque tenga los ojos saltados, mantiene erguido el cuello. Sea como fuera, Pompeyo se quedó solo en su juicio; al Rey gustóle la obra, así como a su pintor, Juan Fernández Navarrete, apellidado el Mudo. En unas parihuelas, conducidas por cincuenta hombres, bajo la dirección del arquitecto Bartolomé Cabrera, fué llevada a El Escorial, en cuya sala capitular había de colocarse (1), y de donde más tarde fue llevada detrás del coro alto y puesta sobre un altar; el Mudo pintó para ella luego un díptico con San Juan y María en claroscuro, según el estilo flamenco del siglo xv.

La estatua ecuestre de Felipe III.

Todavía, mientras Pompeyo Leoni estaba en el pleno uso de sus facultades, llegaron a España, a título de ofrendas, obras en bronce de Juan de Bologna y sus discípulos. En 1598 regaló Fernando I al Cardenal Arzobispo de Sevilla, Rodrigo de Castro, un crucifijo semejante al de la catedral de Pisa, con destino a su mausoleo de Monforte de Lemus, provincia de la Coruña. Para el busto en bronce del Cardenal había dado el modelo en barro el pintor de Córdoba, Pablo de Céspedes, que a la sazón se encontraba en Sevilla. En 1602 llegó, a manos de Lerma, la Fontana que Juan de Bologna hiciera en 1759 para el Casino del Archiduque Francisco, con el grupo de Sansón y los Filisteos, y la taza sostenida por monstruos marinos; y formando juego al grupo referido, otro que representaba a Sansón con el león, de Cristóbal Stati: ambas obras mandó colocarlas el de Lerma en sus jardines de Valladolid. La hermana del

(1) A de servir en la pieza que se hiziere capitulo en el dicho monisterio. (Inventario de regalos de Felipe II en el Archivo de El Escorial.)

prócer, Condesa de Lemos, recibió en 1603 un Crucifijo con cuatro evangelistas, en bronce sobredorado, según sus diseños (1).

La fama de la estatua ecuestre que Juan de Bologna fundiera para los Médicis, dió por aquel tiempo la vuelta a Europa. Su carácter, de fría distinción, correspondíase a maravilla con el concepto que de la dignidad se tenía en la corte española. Los reyes contaban ya con pintores de cámara; pero si se les antojaba pasear en corceles de bronce por la capital, tenían que recurrir a Florencia. Apresurémonos a hacer constar que los Duques, ufanos de este privilegio, estaban prontos a hacer la corte con regalos de esta índole a los potentados, merced a cuya benevolencia seguían ejerciendo una sombra de soberanía (2).

La forma más presuntuosa de monumento público, la de una estatua ecuestre colosal—de que aún no había ejemplo en España,—tocóle en suerte a un monarca, cuya modestia rehuía, más que la de ningún otro, esos honores públicos (3). El motivo que dió pie para la idea de la estatua fue el acuerdo de trasladar nuevamente la corte de Valladolid a Madrid (1606), donde Felipe III había nacido. En Febrero de 1606 anunció ya el Embajador el envío del retrato de Sell, pintado por Pantoja de la Cruz.

Juan de Bologna tenía ya muy adelantada la obra, cuando le distrajo de ella el monumento a Enrique IV. Falleció el 14 de Agosto de 1608. Por suerte dejaba un heredero de su arte, Pedro Tacca, que ya en todas sus grandes estatuas ecuestres pa-

(1) Baldinucci, professori del disegno II, 558. *Desjardins, Jian, Bologna*. París, 1882, pág. 122.

(2) Il Gran Duca, siccome si compiaceva que la Toscana fosse la maestra principale delle Belle Arti così donava generosamente a tutte le corti, e ai privati di qualità delle piu eleganti produzioni de questi artefici. Galluzzi: *Istoria del Grad Ducato di Toscana*, vol. V.

(3) Schifo di questi segni esteriori d'honore e di lasciar memoria di se, le llama Orso d'Elci, 27 Setiembre 1616.

rece venía encargándose del principal trabajo técnico. Tacca había aplicado toda su energía a la fundición en bronce, dejando a sus ayudantes las estatuas de mármol, como la *Dovizia del jardín Boboli* (propiamente Juana de Austria, esposa de Francisco I, y que estuvo destinada para la Plaza de San Marcos). Desde 1609 era estatuario del Duque, que le tenía en gran estima. Había colaborado ya en la estatua ecuestre de Cosme I, que se alzaba en la plaza de la Señoría, y fundido en 1605 la de Fernando I, según la de la *Annunziata* (1603-8), habiendo hecho también más tarde la de Enrique IV para el *Pontneuf* (1611). Juan de Bologna le había nombrado en su testamento tutor de su heredero y administrador de su hacienda. Tacca encargóse, pues, del «cavallo» español. Siete años le llevó la obra. Pero el envío de la estatua se retardó de 1613 a 1615. Por fin, en el verano de 1616 llegó a Madrid su hermano Andrés, preboste de Massa, para anunciar el arribo del monumento. El 14 de Agosto llegaron de Cartagena cinco carros con los mármoles para el basamento; el 15 de Setiembre llegó el bronce, que se había retrasado porque ningún carretero se aventuraba a encargarse de su conducción; y, en fin, el 27 llegó el escultor Atilio Palmieri, con una carta del ministro, fecha 20 de Agosto.

Provisionalmente se colocó la estatua en el jardín del Palacio. El Príncipe heredero Felipe, que tenía entonces once años, fue el primero que la vió. «Preguntóme — refiere *Rafael Romena* — sobre ciertos detalles con mucho despejo (*con molta acutezza di spirito*)».

El 13 de Octubre fueron a verla, dando un paseo íntimo, el Rey con todos sus hijos, la Infanta María y sus damas, los Duques de Lerma y Uceda. El Rey contempló el coloso por espacio de un cuarto de hora, le miró y remiró por todos lados, de cerca y de lejos, y dió al cabo muestras de aprobación. Luego preguntóle a *Romena*: «¿Cuánto tiempo ha llevado la obra?— Siete años. Pero es superior a todas cuantas se hicieron antes.» El duque de Lerma trató de hacerle comprender todo el mérito de la ofrenda; *una singularísima cosa*.

El 24 de Octubre fue entregada solemnemente en audiencia, como presente del Duque Cosme III: el de Lerma presentó al Rey al hermano de Tacca; hizo éste su discurso, y el Rey contestó: «Cierto estimo en mucho este regalo, y es como de mano del Gran Duque.» Tacca enviaba también al Monarca un crucifijo como obsequio propio. El Rey mandó que le diesen cuatro mil reales, que él partió con sus ayudantes. Al preboste de Massa le fue señalada una pensión de cuatrocientos escudos sobre la renta napolitana, de la que no llegó a cobrar ni un maravedí. Algunos años después, la Hacienda española ofrecióle un título de nobleza, que no quiso aceptar, porque los gastos de expedición del mismo eran superiores a la renta de muchos años.

Acerca del lugar en que había de emplazarse la estatua, hubo prolijas discusiones: el Embajador proponía el parque de Lerma, próximo a San Jerónimo, para que pudieran verla cuantos madrileños iban allí a cambiar de aires; pero al Rey no le parecía bien aquel sitio por esa misma razón. Provisionalmente se colocó, pues, la estatua en la Casa de Campo, allende el Manzanares, donde el Rey mismo eligió el sitio, en 2 de Enero de 1617. El Monarca solía dar allí su cotidiano paseo, en compañía de su familia, y así la estatua no perdía nada de su carácter íntimo. Más adelante se pensó en trasladarla al pequeño jardín anejo al Palacio, frente a la fachada construída de nueva planta; pero el propósito no llegó a realizarse, y la estatua quedó donde estaba. En 1876 vi yo en Granada una vista de la Casa de Campo, en la cual se hallaban representados Felipe IV e Isabel, y los hermanos Carlos y Fernando, en actitud de contemplar la estatua.

En tiempos de Isabel II fue trasladada a la Plaza Mayor de Madrid, llamada también de la Constitución (1848), «en atención a que Felipe III fue madrileño, volvió a traer la corte a Madrid y edificó esta misma plaza (1619).» Allí, desde los balcones del Palacio, reformado en 1674 por Carlos II, y ahora escuela municipal, presencié el Monarca en otro tiempo los

torneos, corridas de toros y autos de fe. Y allí se eleva ahora su imagen, sobre las platabandas floridas y las fuentes de aquel paseo público, como para evocar del fondo de la cámara de espectros del pasado las figuras y escenas características de esa plaza madrileña, tan llena de recuerdos. Durante la farsa de la República española, acordó el Ayuntamiento (1877) quitar de allí la estatua para poner en su lugar un «monumento republicano».

Es la estatua en cuestión una reproducción acabada de la de los Médicis: y el caballo tiene la misma andadura, si bien es algo más achaparrado, más flemático que aquel fogoso corcel de llameantes crines y resoplantes fauces que en 1605 fue regalado a los florentinos. Por lo demás, aquello está en el carácter del jinete que mira de lado, con inexpresivas pupilas, sin la arrogancia de aquel Cosme de aguda mirada, ni la actitud majestuosa y triunfal de un Fernando. Ese carácter lo copió probablemente Tacca del cuadro de Pantoja. La cabeza lisa, apática, con aquella frente estrecha, rematada por un piramidal copete, sobre la ancha gorguera de plato, se asemeja a una piña.

Madrid posee aún otra estatua de bronce, la de un contemporáneo de este Rey, en traje de caballero de la época, y que fue el hombre más genial de su tiempo, así como el Monarca era el más limitado; no obstante lo cual, la estatua del uno se erigía en el décimoctavo año de su glorioso reinado, y la del otro, a los tres siglos de haber alcanzado fama universal. ¿Por qué se pasa de ligero ante la estatua de Cervantes, cuando al atravesar la Plaza Mayor no hay más remedio que detenerse unos instantes ante la de aquel pobre *Roi faineant*? Es que la primera es una obra de arte de la «arqueología de la indumentaria», y no representa más que a un cortesanelo de la antecámara de los Lermas, mientras la segunda es un retoño transplantado del arte, siempre grande, de la ciudad del Arno, un fragmento de la crónica del pasado, al que va unido todo un mundo de reflexiones y recuerdos.

Aunque en la *época de Felipe IV* volvió a renacer, en literatura, en las artes y festejos públicos, el gusto nacional que, durante un período de tiempo, había estado sometido a la influencia del renacimiento italiano, y el desdén hacia lo exótico llegó a ser más grande que lo fuera nunca, Florencia continuó sirviendo de modelo para las más altas diversiones palatinas. El Rey mismo decía al Comendador Serrano, invitado por él a una representación teatral en Palacio, que «este pasatiempo le parecería muy ordinario, comparado con los que se estilan en Florencia» (28 Febrero 1632). El joven Fernando II (1621 a 1670) se interesaba, y no poco, por las cosas de Madrid, donde las creaciones florentinas se mezclaban tan a maravilla con los elementos medioevales españoles; y para comprender bien cuál era la vida de los madrileños por aquella época, no hay fuente más instructiva que los relatos de sus embajadores.

Nunca la colonia toscana, a un tiempo pasajera y estable, había formado un más abigarrado conjunto. La corte de Felipe IV recuerda por más de un concepto la de Augusto III, en Dresde. A Clarendon chocóle que en 1650, aparte Inglaterra, Dinamarca y Venecia, todos los Estados europeos, desde el Imperio y el Papado hasta el reino de Polonia, estuviesen representados por Embajadores que eran súbditos netos del Gran Duque. A no haber llegado Velázquez a la corte, también hubieran desempeñado allí el primer papel aquellos pintores florentinos, los Carducho, Cajés, Nardi y otros, que ante él tuvieron que eclipsarse, si bien continuaron disfrutando de supremacía en lo tocante a la gran pintura de muros y techumbres en palacios e iglesias, rama del arte por la que no sentía afición el pintor palatino. El lujo que por entonces se desplegaba en jardines, pinacotecas y esculturas se ajustaba al patrón florentino.

El teatro era el que menos necesitaba en aquel tiempo de extraños impulsos y colaboraciones, y los comediantes españoles llevaban sus compañías a Nápoles, Florencia, Milán y Roma; pero desde el decorado y la tramoya hasta la música,

toda esa parte del arreglo escénico se hacía con sujeción a los modelos de Florencia, y a florentinos estaba su dirección encomendada. En muchas obras mitológicas y románticas de Calderón se contaba mucho con la destreza de aquéllos. La Florencia de Fernando I fue la cuna de la *Opera italiana*; allí fue donde Emilio de Cavalieri, incitado por los estudios clásicos, introdujo por vez primera la sucesión alternada de diálogos y arias, y allí donde Bartolotti ideó las mágicas artes de la escena. Las cartas del año treinta del siglo están llenas de nombres de músicos italianos. Los ingenieros, que traían este aparato a Madrid, Cosme Loti (desde 1628) y Baccio del Bianco (desde 1650), discípulo este último de Galilei, habíanlos escogido el mismo Médicis para Felipe IV. En la inauguración del teatro del Buen Retiro, cuya construcción dirigió Loti, así como el arreglo de los jardines, se representó la comedia *Dafne*, la primera ópera que, cuarenta años antes (1594), había puesto en escena, en Florencia, Octavio Rinuccini. Baccio del Bianco fue quien, en Mayo de 1653, discurrió cómo había de llevarse a la escena el *Perseo* de Calderón, siendo muy celebrado por su acierto. A juzgar por las descripciones de los contemporáneos (1), habría que creer que la mecánica, aliada a lo fantástico, había llegado al *máximum* en el Buen Retiro; pero el Marqués del Borro opinaba, con motivo de las fiestas nupciales celebradas en otoño de 1650, que lo que allí parecía una maravilla quedaba muy por debajo de lo que se hacía en Florencia en la *stanzone de commedianti* (2).

Un noble florentino, Rutilio Gazi de Castiglione († 1635), dió el modelo para las fuentes de mármol y bronce que se colocaron en Madrid. El Rey, sin duda para tenerle siempre consigo, le había conferido el cargo de Acroy, que existía en la

(1) V. Schack, *Geschichte des span. Theaters*, III, 10 s.

(2) Vi furono molte machine, stimate miracolose, ma al Sr. March, del Borro e a me parono assai inferiori, a quelle che si fanno colá allo stanzone de Commedianti, 5 Marzo 1650.

antigua corte burgúndica, y que le obligaba a acompañar a Su Majestad cuando iba a la iglesia o cuando salía de viaje (con tres caballos). Gazi desempeñaba aquí el mismo papel que Tomás Franzini, el constructor de la Fontana de Pratolino en Saint-Germain. El residente florentino le llama *Intendente di statue piccole*. En el palacio Pitti se encuentran dos estatuítas de plata de un caballo y una mula. Según Pacheco, nadie estudió como Gazi el caballo español, ni nadie tampoco supo reproducir sus formas con maestría semejante (1). También sus retratos, hechos de realce sobre cera y pintados luego, eran en Madrid muy estimados. Sin embargo, ni *Baldinucci* ni *Cean* hablan de él.

La estatua de Felipe IV.

Diez y ocho años después de erigida la estatua de Felipe III, teniendo trece años su hijo, nació la idea de elevar otro monumento en honor de este último. La estatua de Felipe IV fue, no sólo la última obra notable de la escuela de Juan de Bologna y la más atrevida fundición de su más inspirado discípulo, sino que además entraña un especial interés para la historia de la plástica en bronce, por haber sido el primer ensayo que se hizo de una gran estatua ecuestre, sostenida únicamente sobre las patas traseras del caballo. Velázquez y Rubens, el escultor Montañés y el gran Galilei, tuvieron mediata o inmediatamente más o menos participación en el carácter y acierto de esta obra.

La idea primera parece la tuvieron Velázquez y el ministro Olivares, que la relacionaba con su creación favorita, el Parque y el Palacio del Buen Retiro, cuya fundación tuvo lugar a principios del año 30. Todos los encantos de los antiguos sitios de recreo de los monarcas españoles habían de reunirse

(1) Pacheco: *Arte de la Pintura*, I, 360. Acroy de Su Majestad, pero más estimado por famoso escultor.

en el nuevo palacio, que debía superarlos a todos, ya que para embellecerlo se les había despojado de sus más preciosos ornamentos. A este fin, se había recogido cuantos cuadros y objetos valiosos, producciones de la industria artística, se pudo haber a mano; se había saqueado, con fórmulas corteses, los palacios de los grandes y embargado la actividad de los pintores de cámara. Así, en Agosto de 1634 fue traída al nuevo parque la «estatua en bronce de Carlos V con la herejía», obra de L. Leoni, que se hallaba en Aranjuez, y colocada «en el primer teatro, a la entrada». En efecto; de no haber buscado algo que hiciera juego con el coloso en bronce de la Casa de Campo, hubiérale faltado su coronamiento a la obra de Don Gaspar. El favorito tenía que demostrar que también él podía hacer en honor de Felipe tanto, por lo menos, como el odiado Lerma, cuyo papel había heredado, hiciera por el rey difunto.

Baldinucci y Cean Bermúdez, en la *Vida de Velázquez*, refieren de distinto modo la génesis de la estatua, pero ateniéndose a datos insuficientes y a meras conjeturas. El trámite de aquel asunto puede verse de modo incompleto, pero auténtico, en la correspondencia del archivo de los Médicis, publicada por Gualandi y Gaye, y en la cual hemos espigado los siguientes detalles:

En 2 de Mayo de 1634, recibió el embajador florentino, Comendador di Serrano, una carta del Conde de Olivares, fechada en Aranjuez, la cual le fue entregada por su secretario Pedro de Arze: «Su Majestad, que Dios guarde, ha expresado deseos de que se haga una medalla o efigie, a caballo, de su real persona; que sea de bronce, conforme a los retratos de Pedro Pablo Rubens y de la traza de la que está en la Casa de Campo. Y como es notorio que en Florencia hay los más insignes escultores, he tenido a bien solicitar de Su Señoría tenga la benevolencia de hacer, valiéndose de su autoridad, que esta obra sea encargada al oficial más hábil en este arte en Florencia, y que, con la aprobación de Su Señoría, se fijen los gastos de la misma, para disponer cuanto antes lo necesario, etc.»

Esta carta puso al Embajador en cierta perplejidad (1). «*Medalla o efigie a caballo...* ¿qué era en definitiva lo que deseaban? ¿Un medallón, un relieve o una estatua? Como en España había pocas esculturas, sucedía que un término de la plástica del relieve como el de *medalla*, podía aplicarse como denominación genérica a todas las figuras plásticas; la estatua es un relieve que se ha salido del marco, una acepción que, por cierto, no se halla registrada en el Diccionario de la Lengua. Además, ¿de qué tamaño había de ser la estatua? Las expresiones de la carta parecían escogidas con especial cuidado. ¿Quién podía presumir si la palabra *traza* se refería exclusivamente a las dimensiones y aquello de *los retratos de Rubens* a la andadura del caballo? El secretario del Conde no supo aclararle sus dudas. Serrano creía muerto a Pedro Tacca, y, siendo así, difícil es que hubiera todavía en Florencia discípulos *di valore* de Juan de Bologna. Apresuróse, pues, Serrano a avistarse con Olivares, no bien hubo regresado éste a la corte, y el privado le especificó entonces que la referida estatua había de tener las mismas dimensiones que la de Felipe III, y que el sitio a que se la destinaba era uno de los parterres del Buen Retiro. Apenas tuvo Serrano la seguridad de que había aún en Florencia quien pudiera encargarse de la obra, quiso Olivares mandar allá un diseño o boceto. Según sus expresiones verbales y escritas, creía el Embajador poder asegurar al Balí Juan Bautista Cioli que presente semejante sería extraordinariamente grato, tanto al Rey como al Conde de Olivares: *accettissimo; ne sentirebbono un gusto extremo* (26 Julio).

Esta y otras varias misivas por el estilo quedaron sin contestación; pero en 24 de Setiembre anunció Cioli que Tacca, según ha podido ver, no dejará de hacer la obra (*non sfuggirá di fare quella statua*) sólo que, por razones políticas, no se debe dar aún una contestación categórica. Sin embargo, en el verano de 1635 ya se está trabajando en el modelo; el caballo

(1) Carta de 13 Mayo 1634. Falta en la obra de Gualandi.

está muy adelantado (*ridotto a buon termine*, 30 de Agosto); y Tacca necesita el retrato del Rey, y un diseño del traje y la armadura. Este retrato se está haciendo ya en 22 de Setiembre, y Olivares le promete a Serrano enviarlo con el diseño pedido.

Pronto le fue expedido a Tacca el retrato, y entonces, según parece, a la vista del mismo, fue cuando comprendió la actitud que querían se le diese al caballo. Por una carta de Tacca, de Marzo de 1688 (véase *Gaye III*, 542), vemos que había terminado ya un modelo de caballo al paso (*di passeggio*), no el modelo pequeño en cera, sino el grande en barro. Este trabajo, tasado en mil escudos, resultaba ahora inútil.

Aunque el cuadro de Rubens haya desaparecido (probablemente en el incendio del Alcázar, 1734), y en el inventario de 1636 (1) no se hace ningún reparo sobre la actitud de la cabalgadura, es, sin embargo, indudable que el caballo en cuestión, así como su modelo pintado en los Uffizzi, se alzaba sobre sus patas traseras. Olivares estaba tan aferrado a este detalle, que él mismo escribió a Tacca (Serrano, 20 Setiembre de 1636) sobre el particular, y Serrano añadía, para aclarar toda sombra de duda, que el caballo debía estar en tren de galopar, con las patas delanteras tan levantadas del suelo, que pareciera más bien saltar y hacer corvetas (2). En estos saltos se ponía de manifiesto la elegancia del regio jinete:

Deteniéndose en el aire,
con brincas y con corvetas.

(Calderón: *El pintor de su deshonra*.)

(1) Está armado a caballo en un caballo castaño; tiene banda carmesí, bastón en la mano, sombrero negro y plumas blancas; en lo alto un globo terrestre, que lo sustentan dos ángeles, y la Fe, que tiene encima una cruz, y ofrecen a Sella una corona de laurel, y a un lado la divina Justicia, que fulmina rayos contra los enemigos; y al otro lado, en el suelo, un indio, que lleva la celada. Villaamil, Rubens, 334. Inventario V, 1636.

(2) *Sopra tutto li ricordi che il Cavallo stia in atto di galoppare, e che si alzi tanto da terra con piedi, che apparisca piu tosto ehe salti e faccia corvette.*

Tanto cuidado se tenía de este detalle, que ya en 15 de Octubre se recuerdan las indicaciones referidas, y en 11 de Diciembre se piden noticias sobre el estado en que se halla la obra; en cuanto esté modelado el caballo, deberán enviar su dibujo en una hoja de papel; ese dibujo es esperado con impaciencia, pues importa mucho que el caballo se sustente solamente sobre sus patas traseras (1).

Por consiguiente, Pedro Tacca no tuvo más remedio que volver a hacer el caballo (había de ser su última obra); en 8 de Marzo ya estaba el modelo muy adelantado, y hacía concebir grandes esperanzas.

El Bali Cioli escribía: «Ha de ser una obra tan hermosa, y todos cuantos la ven la alaban tanto, que seguramente quedará S. M. contento de ella.» Al recibirse en Madrid el dibujo del modelo, mostróse sorprendido Olivares de que tan gran *machina* pudiese sustentarse sobre piernas tan finas.

En 30 de Setiembre quedó terminado el modelo, y en una carta de 17 de Setiembre de 1638 expresa Tacca su esperanza de poder dar cima a la fundición en menos de un año. El artista cumplió su palabra, pues el 10 de Diciembre se presentaba Juan di Erato al actual Embajador Gabriel Riccardi, y le suplicaba enviase a Tacca un retrato del Rey, que aquél aguardaba con impaciencia, pues desde el mes de Marzo, por lo menos, terminado el caballo, andaba ya ocupado con la forma para la figura del jinete. Este retrato había de servirle al escultor para modelar las facciones. En 27 de Enero recibiólo al cabo Riccardi, y enviólo, metido en una cajita recubierta de hule, a los Fornari, de Génova, por medio de un correo. También se había pedido a la corte de España un basamento marmóreo. En 26 de Setiembre de 1640 salían las cajas con todas las piezas para Liorna.

(1) Che si vedrebbe con molto gusto, premendosi grandemente, ch'egli si regga solo sui piedi di dietro et resti in atto di galoppare.

Los cuadros para la estatua.

¿Qué ha sido de los retratos que se enviaron a Tacca para que le facilitasen su trabajo?

Según las cartas del Embajador desde Madrid, en el verano de 1635 estaba ya empezado un cuadro, que parece haber sido enviado el mismo año; en Enero de 1640 se envió un segundo retrato, que debía servir como *exemplar* para modelar las facciones del rostro. Ambos cuadros no pudo pintarlos nadie, sino Velázquez, que por entonces era el único que retrataba a Felipe IV, y había, además, concertado con Olivares y el Rey el plan de la estatua. Según Cean, de quien copiamos estos detalles, eran esos cuadros una figura ecuestre y una gran figura de busto.

Tacca tenía en su casa (*Casa i Serrati*), donde después de su muerte pudo verlos todavía Baldinucci, entrambos cuadros, una figura ecuestre, de vara y media de largo, como muestra para el caballo, y un busto de tamaño natural. El los tenía (como todos los florentinos) por obra de Rubens, y hasta parece que los pidiera para aprovechar la ocasión de tener en su poder originales del celebrado holandés.

Los cuadros de Velázquez han sido confundidos en Italia con los de Rubens; prueba de ello, los retratos de Módena que hay en Dresde.

Hoy todavía se encuentran en Florencia dos retratos ecuestres de Felipe IV: uno, pequeño, en el Palacio Pitti (243), de Velázquez; el otro, de tamaño natural en los Uffizzi, sala de Barocci (210). Del grande puede afirmarse, con seguridad, que no es ninguno de los *ejemplares* que se enviaron a Tacca, y otro tanto puede decirse del pequeño. La actitud del caballo es, en cambio, como en los demás retratos conocidos de Felipe IV, muy otra que en la estatua ecuestre.

El primero de esos cuadros es una copia en pequeño del re-

trato ecuestre de la juventud del Monarca, que se conserva en el Museo del Prado, y que probablemente debió enviarse a Florencia, como regalo de la corte.

El gran retrato ecuestre de los Uffizzi es mucho más posterior; representa a Felipe ya muy entrado en años, y se pintó en Madrid; pero sólo la cabeza fue tomada del natural, siendo el resto copia del gran lienzo perdido, que Rubens pintó en su visita a la corte en 1628; con razón se ha dicho que, al leer la descripción de este lienzo, se cree tener ante los ojos el lienzo florentino. La relación de tiempo entre la estatua y el cuadro resulta también invertida; pues el pintor de Madrid tuvo a la vista, al pintar su cuadro, la estatua de Tacca, que llevaba ya lo menos diez años de estar colocada en el Buen Retiro.

El cuadro grande ha producido en todo tiempo una gran impresión. *Poderoso* le llama *Burckhardt*, «con increíble dominio del tono y el color». De la fusión del elemento español con el flamenco salió, en cierto modo, un metal nuevo de maravilloso sonido.

La estrella de Felipe se había eclipsado por entonces, y los golpes que el año cuarenta descargaron sobre su casa y sus estados no habían dejado de hacer mella en su espíritu. Así, en ese retrato se nos muestra sombrío, abotargado, apoplético. Pero el lienzo no alegórico que para unos principios henchidos de esperanzas se compuso, se encuentra repetido allí: la Belona cristiana fulminando rayos; aquella Victoria-Fides, plantando la cruz sobre el globo terráqueo; el moro con la celada, las sierpes holladas bajo los cascos del corcel; todas estas alegorías reflejan el gusto que se advierte en aquel San Miguel de bronce, de Rubens, grabado por Vorstermans, y dedicado año al mismo Felipe, en el año de su advenimiento al trono (1621). Felipe había de ser siempre, como Olivares le pronosticó, cuando era todavía casi un niño, Felipe el Grande, predestinado para dar cima a aquello en que Felipe II se había estrellado. Aquellas hinchadas alegorías en latín flamenco se referían entonces a la herética Holanda. Ahora que se había

concertado la paz, podían aplicarse a Portugal: la serpiente entre la hierba podía simbolizar al Duque de Braganza.

En el centro, en medio de toda esta pompa arrolladora y relampagueante, ciérnese, como ajena a ella, la figura del Rey, formando con ella un raro contraste la inmovilidad de sus facciones, su flemática arrogancia, su abotargada melancolía; la figura firme, regia siempre sobre el fogoso, encábritado corcel, tomada del natural y vista con los ojos de un observador irreprochable. Dijérase la estatua de un sombrío César, en medio de una fiesta moderna, cercada de abigarrada pompa y alumbrada con los resplandores de un fuego de artificio, bajo los cuales el rígido mármol resultase aún más extraño e inhumano.

Al paso que Velázquez daba a sus cuadros ecuestres un fondo de montañas solitarias o de campos desiertos, el fondo lo constituye aquí una vista de Madrid, tomada del Palacio Real. Vese allí el Manzanares con el puente que lleva al parque de la Casa de Campo; la alameda; a la derecha, el cerro de La Florida y la actual Montaña del Príncipe Pío; en el fondo, la cordillera del Guadarrama. Por lo demás, este cuadro figuraba ya en el siglo xvii, en la Galería Pitti, como un *Velasco*.

¡Cuántos pasos, cuántos errores, cuánto trabajo inútil se hubieran ahorrado, si el mismo Velázquez, de quien sin duda alguna partió la idea al hacer aquél su viaje a Italia, hubiese concertado el plan con Pedro Tacca! El hecho de que Velázquez pasara, en 1629, casi sin detenerse por Florencia, demuestra que aún no se pensaba por entonces en la estatua. Esa idea debió surgir de pronto, traída por la fundación de los nuevos jardines. Pero, ¿por qué pasó Velázquez tan de ligero por Florencia? ¿Es que la excursión a Loreto era para él más importante que una visita a la Tribuna y a la Capilla de San Lorenzo? Llevaba consigo cartas de recomendación del Embajador Averardo Médicis; en una carta para el Arzobispo de Pisa, de 22 de Setiembre, le recomendaba aquél para que el Gran Duque consintiese en dejarse retratar por el artista, y le hi-

ciese presente de un collar con su medalla. Probablemente evitó Velázquez pasar por la corte del Gran Duque. Harto tenía con el servicio de la corte española; en Italia sólo quería servir al arte.

Además de estos cuadros, se envió en 1636 a Florencia un modelo, de tamaño colosal, de Felipe IV, de busto, obra del escultor sevillano Montañés, llamado a Madrid con este objeto. En el retrato tan espiritual que de él hizo Velázquez (Prado, 1901) le vemos ocupado en modelar del natural aquel busto de barro.

El caballo de bronce.

El *caballo sobre dos piernas* (como puede llamársele para abreviar) fue el tormento de los escultores italianos durante más de un siglo; y no es la primera prueba del *baraccume* abriéndose paso por el movimiento a toda costa. La primera idea partió de donde también salieron los dos conocidos colosos del *quattrocento*, los caballos de Donatello y Verrocchio. Leonardo de Vinci, que tan bien conocía el caballo, desde el punto de vista anatómico y práctico, fue el primero en preocuparse seriamente de este problema. Dos estatuas ecuestres colosales acometió el gran artista: la del Duque Francisco Sforza y la del Mariscal Juan Jacome Trivulzi. Los numerosos bocetos demuestran también que había premeditado la representación plástica del caballo saltando, y estudiado su realización mecánica. Pero los objetos escogidos en estos bocetos para apoyo de las piernas delanteras, el guerrero caído que se cubre con el escudo, el vaso derribado (intempestivo en una estatua o relieve), parecen como otros tantos testimonios de su incapacidad. Se ve, sin embargo, que trata de suprimir estos apoyos, como se infiere del boceto, donde el centro de gravedad se halla situado en la parte trasera del caballo, que tiene, por lo tanto, las piernas posteriores arqueadas, formando un ángulo muy agudo y apegadas al vientre. Pues en este boceto sólo se advierte

como apoyo para las patas delanteras un leve y escueto arbolillo, que nada significa para la impresión del conjunto.

El tema, más pictórico que plástico, era tentador para el artista, que consideraba tanto más importante a la escultura, cuanto más a la pintura se acercaba; en el boceto para la batalla ecuestre resolvió luego el más atrevido tema de movimiento. El primero que acometió este tema era pintor, mecánico y escultor, todo en una pieza; un siglo más tarde, al darse por primera vez solución al problema, las distintas fases de su ejecución parecen haberse repartido entre varios.

A partir del siglo XVI, se tiene noticia de distintas imitaciones del caballo de Leonardo, pero con aplicación a trabajos de carácter decorativo, de duración efímera. Con ocasión de la entrada de León X en Florencia (1514), hizo Jacopo Sansovino, para la plaza de Santa María Novella, un colosal caballo de mármol en actitud de saltar, de barro, con una figura de nueve varas de largo a sus pies; y, con motivo de la boda de Cosme con Leonor de Toledo (1539), hizo Eriboli otro semejante para la plaza de San Marcos, de doce varas de alto, con la efigie de Juan de Médicis y un revoltijo de muertos y heridos a sus pies.

Tacca fue, por lo tanto, el primero que, por iniciativa propia, concibió el pensamiento de representar un caballo *haciendo corvetas*, de tamaño natural. Esta idea alcanza al año 1617. En aquella época había planeado una estatua en pequeño, para una obra de orfebrería: una estatuíta del rey Luis XIII de Francia. Los dos caballos pequeños de bronce del Bargello, uno de ellos con el jinete, eran modelos según los cuales había de hacerse luego la estatuilla, batiendo con el martillo (1). Dos años más tarde, volvió a tomar aquella idea, al encargarle su estatua el Duque Carlos Manuel de Saboya (* 1562 † 1630).

El de 1619 fue el año en que el Duque solicitó la corona de

(1) Cavalli: «Fatti per inpromptari sopra le plastre del cavallino d'oro.» Carta a Tacca, 10 Marzo 1617. *Archivio Pal. Pitti*, núm. 330, pág. 220.

Bohemia y la imperial corona, y urdió en Nápoles con Osuna aquellos ardides contra el rey de España. Tacca hizo para el caballo profundos estudios anatómicos e hipológicos, sirviéndole de guía en estos últimos el caballero de Cosme II, Lorenzino. El modelo auxiliar, de una vara y media de alto, obtuvo la plena aprobación del Duque. Pero su ejecución en tamaño natural quedó suspendida, en consideración a lo difícil que hubiera sido transportar una masa semejante a través del mar, de las montañas y del Po, y en atención también a las circunstancias que impedían al escultor aceptar la invitación que se le hizo de trasladarse a Turín para dar cima allí a la obra. Posible es que mediasen razones de carácter político en la corte de los Médicis. El artista, sin embargo, quiso dejar recuerdo de su hermoso proyecto, consolando al par al Duque del desconcierto de sus planes, y a este fin, resolvió dedicarle un vaciado en bronce de aquel modelo auxiliar, cincelado con delicadeza suprema.

Esta ofrenda, la estatuilla de Loewenbury, cerca de Cassel, fue llevada, pues, a Turín. El Duque condujo al maestro ante un pequeño armario; tomó de un cajón cuantos doblones cabían en sus dos manos, y vació todo aquel oro en un saquito. «Una obra como ésta—exclamó—no puede pagarse a ningún precio.» No contento con esto aún, le escribió de su puño y letra una carta de gracias, en que le decía: «*Ho avuto molto caro il cavallino*»; añadiendo que siempre guardaría un grato recuerdo del artista, al que excitaba a poner mano en la obra grande (5 Octubre 1621).

Andando el tiempo, llegó a París la estatuilla, y allí la adquirió el landgrave Federico II de Hesse Cassel, amante de las artes. En aquella época pasaba, según parece, por retrato del sucesor de Carlos Manuel, Víctor Amadeo (1630-37), por lo menos esa denominación se le dió al trasladarla en 1803 del Museo Princesco a Loewenburg, junto a Cassel. Aquí forma juego con una estatua ecuestre del Duque Alberto de Austria, esposo de la hija de Felipe II, la Infanta Isabel Clara Eugenia,

cuñada de Carlos Manuel, casado con su hermana Catalina (en 1585).

Las facciones de la estatua concuerdan con las de los demás retratos conocidos, por ejemplo, el de la Iconografía de Van Dyck y el busto en mármol de la Galería de Turín, hasta en detalles, como el del *moustache au vent*. Por desgracia, el casco con la visera levantada viene a tapar la alta y ancha frente, noblemente abombada, en él característica, con el cabello irradiando a manera de llamas por todos lados; solamente las arrugas horizontales de esta dura frente, asiento de los dilatados proyectos y planes de su incansable ambición, sobresalen en aquella penumbra por encima de los ardientes ojos de perspicaz mirada.

También se le reconoce, en lo insignificante de la figura—era subido de espaldas—que en él, como en otro vástago, aún más esclarecido, de su casa, el Príncipe Eugenio, encubría una voluntad indomable y un ánimo violento de soldado nato.

El monumento del Duque de Saboya, que en un principio estuvo llamado a ser una estatua colosal, representaría, por lo tanto, el primer intento de apoyar una masa metálica de tales proporciones únicamente sobre las patas traseras del caballo. La estatua de Felipe IV, en Madrid, es tan sólo la repetición del proyecto que se tuvo para la de Turín, y acaso de ahí le viniera la inspiración de su plan al Ministro español. Por lo demás, esa arrogante actitud conveníale mejor al Príncipe turinés que a aquel Felipe que nunca mandó ejércitos, mientras aquél, en los cincuenta años de su reinado, dirigió sus tropas por espacio de treinta y defendió su país contra cinco invasiones. Italia no ha olvidado á quien por vez primera osó oponerse al predominio hispánico. Ese era el hombre que se vanagloriaba de tener tantos soldados como súbditos; el que afirmaba que un Estado sólo puede sostenerse cuando se conserva en una situación de activo progreso; el pequeño soberano que alargó su garra hacia los más altos tronos de Europa, el «hombre de la violencia y de la astucia» que, aunque maltratado

siempre por la suerte, ha merecido ser contado en el número de aquellos que, por su ardiente ánimo, se adelantaron largo trecho a su generación.

El estímulo para la realización final llegó, por lo tanto, de Madrid. La cuestión de si lo que se pedía era imposible, preocupó allí mucho los ánimos. La dificultad consistía menos en motivos del arte plástico que de la equitación. La época de Felipe IV marcó la edad de oro de la alta escuela española, más que nada, porque el Rey mismo era en ella un virtuoso, y, según los testimonios competentes de los diplomáticos extranjeros y las entusiastas descripciones de los autores dramáticos, aventajaba a todos los caballeros de su corte. Los pintores de España, Francia y Holanda, aun los instruidos en el arte de la jineta, representaban a los emperadores, reyes y generales, en las correctas actitudes de esta alta escuela. De ahí que al ponerse sobre el tapete la cuestión de la estatua de Felipe IV, resultara casi natural para aquellos señores la idea de representar al Rey como artista de la *jineta*, y precisamente en la «escuela sobre la tierra», porque en ella habían de resaltar «la fuerza y agilidad del caballo, al par que la destreza del jinete» (1). De no haber especificado lo que se quería, seguramente hubiesen enviado de Florencia la segunda edición de la estatua de Felipe III que se había indicado como modelo para el tamaño, y hubiera pasado lo que con los caballos de Cosme, de Fernando y de Enrique IV, que todos se parecen. Es probable que el caballo de Felipe III no entusiasmase a los madrileños. No sólo es flemático en su movimiento y más pesado que cuantos le precedieron, sino que además su andadura es descompasada. Su boceto pictórico le fue encomendado al más rígido de todos los retratistas principescos, a Pantoja de la Cruz. Es, por último, innegable que la pesadez de ese caballo, fruto de un cruzamiento hispano-brabantino, destinado a un jinete armado, resulta intempestiva en actitud de reposo, mientras de-

(1) Th. Heinze: *Pferd un Reiter*. Leipzig, 1877, pág. 334.

bía resultar imponente cuando la equitación avivaba su oculto fuego y ponía en movimiento acompasado su aparatosa mole.

Para juzgar la obra de Tacca, el punto capital lo constituye la actitud del caballo.

Claro es que la idea de la corte era que el caballo tuviese levantada la pata delantera del cuerpo y se sustentase sobre las patas traseras. Cuánto gustaba esta actitud, puede inferirse del hecho de que invariablemente se la encuentra en todas las pinturas ecuestres de Madrid: Felipe III, Felipe IV y Olivares; sólo los caballos de las damas van al paso. Pero sobre el modo cómo había de elevarse el corcel, ya no eran tan explícitos ni unánimes. *Che salti o faccia corvette*; es decir, que se tenga erguido, y para dar una idea, se citan las corvetas. Pero también otras veces se dice que ha de galopar. (Cartas de Serrano, de 20 de Setiembre y 11 de Diciembre de 1636). Baldinucci comprende todas estas elevaciones posibles—galope, pesada, corveta, parada, etc.—bajo el concepto de la *levata*.

La corveta en la que Calderón describe a Felipe IV pertenecía a este *maneggio in axia*, o «escuela sobre la tierra», especialmente indicado para la representación plástica. La parte delantera del caballo no se eleva tanto en la corveta como en la parada o pesada; pero se mantiene erguida por más tiempo, en tanto que la pierna posterior se arquea cuanto es posible, viniendo a quedar en ella el centro de gravedad de todo el cuerpo. Corresponde, por tanto, la corveta al principio plástico del descanso y, especialmente, al del punto crítico de flexión entre dos clases de movimiento, a saber: entre la retracción del peso del cuerpo sobre las ancas y el impulso que a ella se sigue del peso del tronco hacia arriba y hacia adelante. Además, la sólida conformación de la parte trasera que han de tener los caballos destinados a la práctica de esta escuela, se prestaba también a la representación plástica desde el punto de vista técnico. Esta clase de marcha es, por último, más recogida que el galope por la disposición paralela de la base, ya que en aquél también toman parte las patas delanteras.

Ahora bien; para nuestra estatua no se eligió ni la corveta ni ninguna otra actitud correcta y definida. La marcha del caballo es una marcha mixta, inclasificable. Su actitud no corresponde a ninguna clase de *levata*. Tacca escogió, en beneficio de lo *gracioso*, una actitud intermedia, entre galope, corveta y parada, que podría designarse, mejor que con ningún otro nombre, con el sencillo de *levata*. Corveta no es, porque si bien el caballo tiene levantadas las patas delanteras, no se sustenta del todo sobre las ancas, ni tiene lo bastante erguidos el tronco y la cabeza, así como tampoco lo bastante caída la pata trasera. Parada no es tampoco, pues desde el ojo hasta la punta de la cruz describe una línea casi recta, en vez de una línea curva; y no es, por último, galope, porque tiene levantadas paralelamente las patas y poco tendida la cabeza. El caballo aquel tiene levantadas las patas delanteras, como si se hallase entre un obstáculo elevado.

Esa desviación de todas las actitudes ecuestres conocidas consiste, para decirlo con una sola palabra, en que la pata trasera no descansa arqueada, sino ya tendida y como para seguir adelante. En esta actitud no puede imaginarse uno que ha de estar el caballo mucho tiempo, sino que se le ve ya a punto de dejar caer el cuerpo hacia adelante. Esta actitud tiene un triple inconveniente, hipológico, estético y técnico. En el sentir de los entendidos en equitación, no es correcta; es una posición «fea, espontánea, no sujeta a los preceptos» (1).

Es censurable desde el punto de vista plástico, porque el punto crítico de flexión resulta rebasado; porque el momento elegido de las ancas, prontas ya a dejarse caer, es una de las posiciones que no pueden ser retenidas por la vista, como se ve por la fotografía instantánea.

Por último, el centro de gravedad de la parte posterior que sirve de apoyo se encuentra sacado de quicio, resultando de ahí un enorme sobrepeso en la parte delantera. Pero, ¡láncese

(1) Dir. A. v. Rueff: Comunicado por carta. Véase su *Anleitung zur Kenntniss des Aeussern der Pferde*. Berlín, 1870, pág. 208 y s.

una mirada sobre la arrogante postura del caballero, que casi se echa fuera! A semejante actitud del jinete parece cuadrarle mejor un movimiento ya elevatorio del caballo, que aquella posición en que le han colocado como caído hacia atrás. Asimismo, la línea horizontal del lomo del caballo, que esa otra actitud requiere, se presta más que la oblicua para asiento de un regio jinete.

La dificultad técnica que entrañaba el sobrepeso de la parte delantera del caballo, completamente echada hacia delante, considerábase al principio en Florencia como insuperable. «La exigencia de la corte de que se coloque en el estrecho espacio de dos cascos una masa que tendrá sus buenas diez y ocho mil libras, y que ha de estar inclinada hacia adelante», parecía una «idea quimérica». ¿Cómo habría de encontrarse fuera de la figura del caballo, debajo o encima de la tierra, un contrapeso suficiente a equilibrar aquel avance?

Hay que distinguir aquí entre dos clases de dificultades. La primera, es inherente a la construcción de cualquier caballo de bronce, aunque descansa en su centro de gravedad; la segunda, es exclusiva del caso que estudiamos. Un gran peso amenazará siempre aplastar, torcer y hasta quebrar las patas traseras del caballo, y siempre, por lo tanto, habrá que reforzar la resistencia de las mismas por medios artificiales. A este fin se emplean fuertes barras de acero, que se colocan allí, y que al fundir el bronce se derriten. Tacca hizo macizas las piernas traseras, y disminuyó o aumentó proporcionalmente el espesor de las demás partes del cuerpo. El tronco lo formó de dos mitades: las partes pequeñas la fundió por separado, como tenía por costumbre hacer con las partes cóncavas y socavadas. El caballo, pues, vino a constar de catorce piezas de fundición.

La otra dificultad y el otro peligro se produjeron sólo por la desviación del centro de gravedad. De esta desviación hacia delante nace la tendencia a un movimiento de rotación que lleva a lo alto, como dice Baldinucci, el punto de apoyo en la dirección opuesta a la parte delantera que tiende hacia delan-

te. También Galileo se hace eco de la perplejidad de Tacca; según documentos manuscritos, que Baldinucci estima fidedignos, hubo quien le indicó un medio de dar sólido apoyo a la estatua. Debía, según el consejero, dejar que las patas traseras descansasen sobre una plancha colocada en posición oblicua, y afianzar junto a ella una barra de bronce (*travetta*), que cogiese toda la extensión de la prominencia del caballo. La presión de aquel sobrepeso había de empujar la barra hacia abajo, donde el basamento en que iba encerrada habría de oponerle suficiente resistencia.

El caballo resultó menos pesado que aquellos machuchos caballotes que vemos en los cuadros de Velázquez, y que, sin duda alguna, eran retratos. Pero algunos detalles característicos, como, por ejemplo, aquellas cruces que casi tocan el suelo, indican que se les quiso imitar. Para una copia fiel faltábanle a Tacca modelos de raza cordobesa, que probablemente no habría en las caballerizas de Fernando II.

Los caballos reales de Madrid, no sólo eran poderosos y de huesos duros, sino también cargados de carnes. Ningún caballo que una vez tan sólo hubiera el Rey montado, podía montar ya nadie en adelante. De ahí que estos caballos hacían poquísimo ejercicio, y «se llenaban de grasa por su ociosidad en las caballerizas».

«Acaso sea ésta la mejor estatua ecuestre que el arte moderno ha producido... Idea atrevida, belleza de ejecución, viviente animación del corcel y el jinete.» Así juzga W. Stirling (1) esta obra, y cuenta que no ha exagerado. La atrevida obra ha sido objeto, desde entonces, de muchas imitaciones; pero la mayor parte de éstas adolecen de más defectos que los que deslucen este primer ensayo. ¡Cuánto no se ha hablado del monumento erigido en el otro extremo de Europa casi medio siglo después, en honor de Pedro el Grande, por Falconnet!

Puede considerarse como una ironía del arte el que nuestro

(1) *Annals of the Artists of Spain*, II, 125.

apocado Monarca, «el caballero más modesto de su reino», fuese representado plásticamente a caballo, con aquel aspecto de soberana arrogancia, en tanto que la estatua de aquel enérgico creador del reino de los Zares, que «dominó toda flaqueza», reposa su cabeza en unas manos femeninas.

Transporte y colocación.

De todos los elementos que en este mundo material y contingente debieron colaborar para la creación de una obra artística de tantas circunstancias: ministros, caballeros, duques, pintores, mecánicos, fundidores, canteros, sólo faltaban ya los carreteros, gobernadores y cajeros españoles, que habían de obrar como elementos retardadores.

La estatua, ya acabada, permaneció algún tiempo expuesta en la loggia de la casa de Tacca. Los florentinos quedaron muy satisfechos de ella, pareciéndoles que todos los caballos de Juan de Bolonia y de sus discípulos no eran nada en su comparación (1). La estatua de Felipe IV fue la última obra de Pedro Tacca. Sobre una de las correas del caballo se lee: *Petrus Tacca fecit Florentiae anno salutis MDCXXX*, fecha de su muerte. Trabajando en la estatua, ya había dicho a Crinelli, un día que visitaba el estudio, que no esperaba verla concluída. No había tocado aquélla todavía tierra española, cuando fallecía el artista (en 26 de Octubre), según dice Baldinucci, apesadumbrado por las desazones que le hicieron sufrir los ministros. Según la información abierta por sus herederos, y que Domenico M. Manni ha publicado (Florencia, 1774), ni por la estatua de Felipe IV, ni por las de Cosme y Enrique IV, el Esclavón de Liorno y la Dovizia había recibido más que el metal de la fundición y el sueldo de sus gentes; sólo en 1625

(1) «Sebene stimo che questo sia per valere qualche cosa piu degli altri quattro suddetti» observa *Arringhetti* en una carta de 14 de Marzo de 1639, en la cual compara el coste de una y otra: Cosme, 5.500 escudos; ésta, 8.070. En un inventario español se la tasa en 40.000 doblas.

empezó a percibir 25 escudos mensuales. Según una nota del hijo de Tacca, que Zolfanelli exhumó del archivo de Carrara (véase *Zahns Jahrb.*, IV, 95), de los 10.000 escudos que se fijaron como sus honorarios, sólo 900 pudo cobrar el artista.

Para dirigir la colocación de la estatua en el Parque había enviado Tacca a su hijo Fernando. Este era el mayor de los dos que tenía, nacido en 1619, de Lucrecia Pellegrini, habiendo sido su padrino el Príncipe Fernando, heredero del Trono. El fue quien construyó el frontal en bronce del altar de San Estéfano, de Florencia. De dirigir la conducción de la estatua hasta Madrid se encargó Atilio Palmieri, con dos ayudantes. En primeros de Marzo llegó la expedición a la rada de Alicante, y de allí continuó su viaje a Cartagena, donde debía procederse al desembarco de la estatua. Siempre se pensó que ésta había de ser considerada como regalo del Gran Duque; pero que, al llegar al puerto, se incautarían de ella los funcionarios españoles, y a expensas de la corte cuidarían de que fuese llevada al punto de destino.

Pero no se había tenido la previsión de instruir sobre este punto al Embajador Gabriel Riccardi (1). Ahora bien; como Olivares, gozoso por la noticia del feliz desembarco de la estatua, instase a Riccardi para que llevase personalmente la noticia a S. M., sumióle en perplejidad no pequeña. El Embajador discurría subterfugios que no venían bien al caso. Resolvióse, por último, a prescindir de la orden de su Príncipe; pero, «a fin de no tener que pedir audiencia para cuatro palabras», llevó consigo al joven Tacca, que presentó al Rey. Este paso disgustó mucho al Gran Duque. El Monarca pareció interesarse por el joven artista, y en 29 de Mayo se le dió a éste el encargo de hacer cuatro leones de bronce para la base del monumento a expensas de S. M., y asimismo cuatro evangelistas para la Real Capilla.

Olivares confió además a Fernando Tacca otra comisión,

(1) Tampoco con questa lettera mi vien detto se questo cavallo passi per donativo, o altro. (6 Marzo 1641.)

acreditando así la alta idea que tenían los españoles de la competencia de sus primos los italianos en un arte menos glorioso. Debía el joven, según las instrucciones de Olivares, facilitarle dos venenos: un extracto de nicotina y una mixtura arsenical. Ricardi opina que esos venenos estaban destinados para el Duque de Medina Sidonia, convicto de alta traición, caso que no requería, a la verdad, remedios tan enérgicos. Al Ministro de Florencia no le sentó bien el que Tacca se hubiese mostrado dispuesto a ejecutar los designios del privado (1).

No se pasó menos de un año antes que la caja pudiese salir de la atarazana de Cartagena, y eso que el Rey y su omnipotente Ministro ardían de impaciencia por ver la estatua colocada en su sitio. El Ministro aseguraba cada semana haber dado las órdenes necesarias para su envío, pero se olvidaba siempre de la fuerza motriz más importante: del dinero. A los italianos no les faltaba motivo para exclamar a cada instante: *ipazienza!*... Ricardi les había recomendado esta virtud, que debía compartir también Su Alteza, sobre quien había de recaer los gastos de la larga estancia en España de los italianos (18 de Setiembre: *siccome l'haverá Su Alteza della spesa*).

El *Proveedor de la Casa de Su Majestad* en Cartagena no se quería meter en nada, ni siquiera en procurar que estuviesen preparados los dos carros de cuatro ruedas, necesarios para la conducción, alegando que ni tenía orden ni dinero para empeñarse en tal empresa. Así se fueron pasando meses y más meses. Riccardi proveyó con cien ducados para que no pudiesen de hambre los tres enviados de Tacca. «Este regalo—decía—llegó en mal hora, pues, al fin y al cabo, vamos a tener que cargar también con los gastos de transporte.» No quedaba, al parecer, más recurso que éste, si no se quería que los tres enviados muriesen de puro viejos en Cartagena. Entretanto, se había dado la orden de hacer los cimientos en el parque del Buen

(1) In ogni maniera, escribe, si da causa al confermarsi sempre il concetto dell'essere noi altri italiani (*maestri* subrayado) esperti in simile arte.

Retiro. Y aunque pasaron meses antes que se pusiera mano en ello, ya estaban puestos los cimientos cuando aún no se había movido de Cartagena la estatua. Alguien discurrió entonces que podían aplicarse a estos gastos los fondos destinados para renovar las libreas regias. Pero estos fondos ya se venían aplicando a remediar tantos apuros, que las libreas regias no podían renovarse sino de diez en diez años. Por último, tras cinco meses de espera, en el mes de Julio, presentóse el Gobernador de Murcia con la orden de Madrid en la mano—pero sin dinero. «¡Una *ordine di burla!*», exclamaba Palmieri. Se escribió, sin embargo, un *bando* al encargado del transporte; se ajustó éste en 53.000 reales, y se mandó un correo a Madrid para que se trajese la venia y el dinero. Pero aunque el Gobernador escribía a cada correo ordinario y extraordinario, la contestación no llegaba. En esto se aproximaba ya el otoño con sus tropicales lluvias, que hacían impracticables las carreteras de la Mancha. Y entonces ya no habría quien, por diez mil ducados, se arriesgase a vadear dos días y cruzar inencontrables pantanos. A todo esto, nuestro confeccionador de venenos permanecía ocioso en Madrid, y se consumía pensando lo que podría trabajar en su patria, para bien suyo y del arte, recordando las cosas que su padre había dejado sin concluir, y que ahora quedaban abandonadas a los cuatro vientos. Al cabo le dieron permiso desde Florencia para despedirse. Pero no en serio, porque entonces, ¿quién iba a encargarse de la colocación del coloso? El anuncio de su despedida había de servir para que avivasen el asunto, puesto que bien sabían que no podían prescindir de él; pero, por lo demás, no podía volverse hasta no dejar colocada la estatua.

En Noviembre se había adelantado ya tanto, que todo estaba acomodado en los carros. Algunas piezas pequeñas, la base de mármol, iban delante en once carros. Pero para el cargamento principal faltaban bestias de tiro. A principios de Año Nuevo (1642) retornó el Gobernador a Cartagena, donde, como *Veedor general del Armada*, debía aprestar para la gue-

rra diez galeras. Juró no moverse de allí hasta no verlo todo camino de Madrid. Entonces empezó la lucha con los carreteros. Uno pedía 38.000 reales, pero no podía hacer la expedición hasta Mayo, y no en Marzo, como se quería. Otro ofrecía cuarenta y dos pares de bueyes para el acarreo. Pero el Gobernador, cuya paciencia tocaba ya a su fin, insistió en que debía ponerse inmediatamente en marcha, exponiéndole el riesgo que corría de quedarse luego con sus bestias colgadas. Así estuvieron en Cartagena los carros hasta primeros de Marzo; los cartageneros estaban convencidos de que harían por quedarse allí. Pero el día 5 ya se pusieron en movimiento por la carretera de Madrid. El 17 escribe Palmieri desde Molina, dos leguas acá de Murcia, donde había que vadear el Segura, peligroso por aquel sitio. El 10 de Junio, después de catorce semanas de marcha, llegó por fin todo a Madrid, *sin novedad*.

Pero en la corte el horizonte era muy otro que al principio del largo viaje, veintiún meses atrás. En el Buen Retiro reinaba un melancólico silencio, por la *calle Mayor* no se veían ya coquetones cortesanos, sino una turbia soldadesca, y en vez de los sonidos acordados de guitarras y cimbales, escuchábase el redoble del tambor. El Rey había marchado al teatro de la guerra. «En estos tiempos—escribe Tacca, el 26 de Abril,—más que monumentos de triunfo, convendría haber traído armas de guerrar.» Con su carta para Olivares, tuvo el joven que seguir a la corte, a Cuenca primero y después a Molina de Aragón. Allí se ganó lo perdido, y la obra fue presentada solemnemente al Rey, como regalo de Fernando II. Riccardi creyó conveniente agregar, atendiendo a lo grave de la situación: «Mientras en esta *niñería* sirve a S. M. con toda diligencia, desea poderle servir en cosas de mayor importancia.»

La última parte de la empresa, la colocación de la estatua, se verificó con arreglo al axioma de la alta escuela española: el camino más corto es el tiempo más largo. Todos los esfuerzos de Tacca y de Palmieri fueron «incapaces a cambiar la índole de estos trabajadores».

A Tacca se le había dado alojamiento en el Buen Retiro, y para proveer a su manutención se vendieron las cosechas de frutas que daba el parque. Pero el pobre tenía muchos gastos sólo para verse libre al fin (*spedirsi*) de esta gente, que con su gravedad y flema «era capaz de volverle loco». Además de soldar las piezas de fundición y del cincelado, corrigió las facciones del Rey después que le hubo visto en persona (1), y con tal fortuna, que la Reina misma encontró a su esposo muy parecido. (*Naturalissimo.*) Las facciones de la estatua son más agudas, la expresión más viva que en ningún otro retrato del Monarca. La figura toda respira heroísmo. Ningún reparo puede ponerse a estas alabanzas.

El acaso dispuso que un monumento que hubiera estado bien después de una campaña feliz, llegase en el momento en que el Estado, tras veinte años de desgobierno, empezaba a cosechar rebeliones al Este y al Oeste. Esta catástrofe pareció sacar al Rey de su vida de placeres, y, desechando la dura oposición de su Ministro, propúsose seguir al ejército enviado para operar contra Cataluña. El viaje, las revistas de tropas, la idea de tener que combatir contra una provincia de su reino, le conmovieron en lo hondo, y pareció dispuesto a emprender nueva vida. Olivares no pudo sostenerse más tiempo en su privanza; aquella estatua fue su última obra; tres meses más tarde, recibió la regia esquela que ponía el sello a su caída (17 Enero 1643).

Es curioso ver cómo todo pasó con esta estatua lo mismo que veintiséis años antes con la de Felipe III. También ahora fue el Príncipe heredero, que ya había preguntado por ella muchas veces, el primero en verla; en Setiembre le presentaron el caballo en su embalaje de tablas. Durante dos horas enteras estuvo el Príncipe haciendo preguntas a Tacca y enterándose detalladamente de la técnica de la fundición, no dejando el ita-

(1) E vero che io li ho fatto qualche cosa dopo aver visto S. Mg.^a, 18 Octubre 1642.

liano, por su parte, de hacerle comprender que aquella era una *cosa única*. Don Baltasar puso término al coloquio con las mismas palabras que su abuelo, es decir, con aquel cumplido ajustado a la etiqueta. *Basta que sea enviado del Gran Duque de Florencia para ser cosa singular*; cumplido tributado a la ciudad de Florencia, así como a la magnificencia y gusto de los Médicis. El 29 de Octubre quedó colocada la estatua.

En las vistas del Buen Retiro, que con frecuencia se encuentran en las galerías españolas de particulares, se aparece la estatua colocada en el centro del Parterre; así se advierte en una de las vistas de la galería Salamanca (sacada a subasta dos veces, 1867 y 1875, en el Hotel Drouot, núms. 40 y 46), y lo mismo en el cuadro de *Los dos enanos de Palacio con el perro*, de Jan van Kassel, en la antigua galería Raczynski, de Berlín. Aquí se ve la estatua en el fondo, delante de la pared revocada y pintada de rojo, del teatro con sus hornacinas y estatuas, y rodeada de jarrones con flores.

Diez años después, como quisiese el Gran Duque testificar de nuevo su gratitud a la corte española, no se halló otro presente más a propósito que una nueva estatua ecuestre de Felipe IV. La circunstancia que dió pie para ello fue la siguiente: el Embajador toscano Incontri había realizado unos manejos afortunados contra los genoveses, cuyas secretas maquinaciones tendían a conseguir la anexión de Pontremoli, evitando que llegasen al logro de sus designios, y conservando para el Gran Duque, merced a su influencia en la corte, esta importante plaza. Ahora bien; el entonces Ministro D. Luis de Haro tenía fama de no aceptar regalos. Pero ahí estaba aquella estatuíta de Luis XIII, de oro macizo, que ya no había razones para enviarla a su primitivo destino; se cambió, pues, la figura del jinete por la de su regio cuñado, y se le presentó a D. Luis la estatua «para que también en casa, cuando no tuviera la dicha de conversar con S. M., pudiese gozar de la vista de su amado señor». Haro se apresuró a ofrecer la estatuíta a su Rey. Tenía aquélla por base un rico mosaico floren-

tino. El Rey dispuso al punto que se la colocase en la sala ochavada, recién restaurada, una especie de Tribuna de Madrid. La joven Reina Mariana y la Princesa María Teresa manifestaron vivos deseos de poseer la joya o de tener, al menos, una promesa del Rey sobre este punto. La Reina pidióla para el Príncipe heredero, con el cual esperaba regalar aún a su esposo; la Infanta reclamóla como regalo de boda, en ocasión de sus nupcias con el Delfín. Y el Rey, prorrumpiendo por una vez en franca risa, dijo: «Echáis vuestras cuentas sin contar con la huésped; pues el caballo con su zócalo (*tavolina*) está ya en la Tribuna, de modo que no me pertenece; pues todo lo que hay en esta cámara se considera como vinculado en la Corona.»

Durante la menor edad de Carlos II, el favorito de la Regente, Valenzuela, quitó del Parque la estatua grande y mandó colocarla en el centro sobre la fachada del Mediodía, la principal del Regio Alcázar. Allí estuvo varios años hasta la llegada de Don Juan de Austria (1677), que retiró la estatua de aquel sitio tan expuesto, restituyéndola al Buen Retiro. En 1844, fue trasladada a la Plaza de Oriente, delante del Palacio que hasta entonces había sido un desierto, y que luego se adornó con hermosos jardines. La elección de la plaza para la colocación del monumento estuvo acertada desde el punto de vista histórico; en aquel mismo sitio y en la misma dirección, era costumbre ver al Rey, cuando *bizarramente* se dirigía a caballo desde Palacio hasta el Buen Retiro, rodeado de sus cortesanos. Un escultor, Francisco Elías, hizo los relieves para la base, que es bastante elevada. Felipe IV, entregando a Velázquez la cruz de Santiago, una Fama que presenta a Quevedo una corona de laurel, y por debajo, dos fuentes y cuatro leones de bronce. La inscripción deja leer entre líneas que esta vez (así cambian los tiempos) la instalación del monumento se hizo más en honor de Tacca que de Felipe IV, pues dice así: «Por la gloria de las Artes y ornamento de esta capital.»

CARLOS JUSTI

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Manuale coloniale, pel Dott. Paolo Revelli, con prefazione del senatore Pippo Vigoni e cinque carte geografiche colorate.—Milano; Ulrico Hoepli, editore, 1914.—Volumen de XII-240 págs., publicado por iniciativa y encargo de la *Sociedad de exploraciones geográficas*, de Milán; 3,50 liras.

Como las condiciones históricas modernas, y no sólo el ansia de poderío y grandeza, según muchos dicen, han engendrado el imperialismo y la consiguiente expansión territorial y el prurito colonizador que todo el mundo puede advertir en la mayoría de los países civilizados de nuestros días, el problema de la colonización tiene que preocupar, no sólo a los gobernantes y a los políticos en general, sino también a los estudiosos que pretenden orientarles y dirigirles. Italia, después de conseguir su unidad, ha entrado también por estas vías; y no teniendo aún un tratado donde se examinase el asunto en sus líneas fundamentales y con especial referencia a la misma Italia, ha procurado ahora acudir a esa necesidad con la publicación del *Manual* del Dr. Revelli, profesor de Geografía en la Universidad de Génova.

Consta dicho *Manual* de tres partes. En la primera (*La colonización y sus problemas*) estudia el autor los elementos constitutivos de las colonias, la variedad de tipos de éstas y la de los sistemas de colonización: admitiendo una diferencia fundamental entre colonización y conquista, y la necesidad de

considerar en sí toda colonia que se individualiza por características y vicisitudes exclusivamente suyas. La emigración de personas y la de capitales son los verdaderos factores de la colonización que demuestran su utilidad, y al mismo tiempo determinan el problema colonial por su aspecto sociológico y por el económico. El profesor Revelli se ocupa de uno y otro problema con relación a la madre patria, a los colonos y a los indígenas; es decir, examina la cuestión del trato de estos últimos y la de la administración de las colonias, defendiendo la necesidad de un especial régimen de éstas, en conformidad con la naturaleza de las mismas, y a la vez enlaza el problema económico al triple movimiento de los capitales, a saber: de los metropolitanos hacia las colonias; de los metropolitanos y coloniales hacia el comercio y las industrias; de los coloniales hacia la madre patria en forma de tributos y prestaciones.

La segunda parte (*Desarrollo y distribución geográfica del dominio colonial*) resume la historia de la colonización e ilustra brevemente la repartición geográfica del imperio colonial, fijándose especialmente en la India británica, en la Argelia, Túnez y Egipto.

Y en la tercera parte (*El dominio colonial italiano*), después de recordar las diferentes tentativas de expansión colonial hechas a continuación de haberse constituido el nuevo reino de Italia, y la importancia que la corriente emigratoria tiene para la vida del país, hace el autor una rápida referencia a las condiciones físicas y antropológicas de la Libia, de la Colonia Eritrea y de la Somalia italiana, parándose a considerar el particular aspecto que en cada una de estas regiones ofrece el problema colonial.

El libro, de una irreprochable limpieza tipográfica, va ilustrado con varios mapas de las colonias italianas y con uno más relativo a la distribución geográfica de los dominios coloniales pertenecientes a los distintos Estados contemporáneos.

P. DORADO

ÍNDICE

por orden alfabético de autores
de los artículos publicados en «La España Moderna»
durante el año de 1914.

- ALVAREZ DE TOLEDO (R.).—*La crisis del régimen monetario argentino*. Agosto, pág. 95.
- ANDRÉ (Eloy L.).—*El problema de la educación cívica*. Abril, página 91.
- ANDREIEF (Leónidas).—*Lázaro* (novela). Junio, pág. 67.—*El discípulo traidor* (novela). Julio, pág. 80; Agosto, pág. 16; Setiembre, página 45.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 149; Febrero, pág. 161; Marzo, pág. 180; Abril, pág. 160; Mayo, pág. 157; Junio, pág. 171; Julio, pág. 169; Agosto, pág. 169; Setiembre, página 185; Noviembre, pág. 109.
- BAUMANN (Emilio).—*Santiago de Compostela*. Julio, pág. 118; Agosto, pág. 146.
- BERUETE Y MORET (A. de).—*Exposición de antiguos maestros españoles en Londres*. Marzo, pág. 118.
- BORDEAUX (Enrique).—*Julio Lemaître*. Setiembre, pág. 120.
- CAMBRONERO (Carlos).—*La Reina Gobernadora*. Mayo, pág. 52; Julio, pág. 105; Octubre, pág. 105; Diciembre, pág. 5.
- CAPITÁN TANERA (El).—*La guerra franco-alemana de 1870 y 1871*. Setiembre, pág. 160; Octubre, pág. 52; Noviembre, pág. 5, Diciembre, pág. 25.
- DORADO (Pedro).—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 189; Mayo, página 184; Junio, pág. 189; Agosto, pág. 198; Noviembre, página 204; Diciembre, pág. 204.
- DURRER (Robert).—*El «Retrato de un Cardenal»*. Junio, pág. 120.
- ESPINOSA Y G. PÉREZ (Francisco).—*El Catastro parcelario y los Registros de la propiedad*. Abril, pág. 37.
- FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT (Francisco).—*Relaciones existentes entre la Real Academia de la Lengua y la alta aristocracia española*. Julio, pág. 130.
- GAY (Vicente).—*La América Moderna*. Enero, pág. 186; Febrero, página 137; Marzo, pág. 161; Abril, pág. 185; Mayo, pág. 134; Junio, pág. 148; Julio, pág. 154; Agosto, pág. 159.

- GOSSE (Edmundo).—*Padre e hijo* (novela): estudio de dos temperamentos. Enero, pág. 18; Febrero, pág. 92.
- GUIXÉ (Juan).—*La filosofía de la Historia y la moderna sociología objetiva*. Febrero, pág. 26.—*La «Idea» de España*. Marzo, página 58.—*España futura: La inquietud pesimista*. Abril, pág. 5.
- HUME (Martín).—*Reinas de la España antigua: Isabel la Católica*. Marzo, pág. 64; Abril, pág. 111; Mayo, pág. 23.—*Juana la Loca*. Junio pág. 91; Julio, pág. 48.—*María Tudor*. Agosto, pág. 129; Setiembre, pág. 90.—*Isabel de la Paz*. Octubre, pág. 156.—*Isabel de Borbón*. Noviembre, pág. 165.—*Mariana de Austria*. Diciembre, pág. 94.
- JUSTI (Carlos).—*El Tesoro de la Reina Isabel*. Enero, pág. 91.—*Felipe II amigo del arte*. Marzo, pág. 133; Abril, pág. 18.—*Retratos de Don Carlos: El Palacio Real de Madrid*. Mayo, pág. 82.—*Jerónimo Bosch*. Junio, pág. 5.—*Los retablos Leonardescos de Valencia*. Julio, pág. 34.—*La pintura portuguesa en el siglo XVI*. Agosto, pág. 41.—*El Tiziano y Alfonso de Este*. Setiembre, página 74.—*Laura de Dianti: Garcilaso de la Vega*. Octubre, página 120.—*Los comienzos de El Greco*. Noviembre, pág. 66.—*La estatua ecuestre de Felipe IV*. Diciembre, pág. 168.
- LOGA (Valeriano von).—*Los comienzos de El Greco*. Mayo, pág. 109.
- LYNCH (Jeremías).—*El Clondic y la vida de los buscadores de oro*. Enero, pág. 54; Febrero, pág. 57.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*El poeta Francisco Zea*. Agosto, página 5.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Un nuevo Guzmán el Bueno*. Enero, página 5.—*Los encantos de la novia*. Marzo, pág. 42.—*El Marqués de Miraflores y la Condesa del Montijo en Palacio*. Abril, página 51.—*La defensa del fraile*. Mayo, pág. 118.—*Las recompensas a los expedicionarios españoles al Norte de Europa con el Marqués de la Romana*. Setiembre, pág. 5.
- RUIZ DE OBREGÓN Y RETORTILLO (Juan).—*Nuevas orientaciones de la Historia*. Julio, pág. 5.
- SELVA (Juan B.).—*Guía del buen decir*. Enero, pág. 120; Febrero, página 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 75; Mayo, pág. 5; Junio, página 42; Julio, pág. 18; Agosto, pág. 79; Setiembre, pág. 26.—*Acepciones nuevas*. Octubre, pág. 27.—*Guía del buen decir*. Noviembre, pág. 130; Diciembre, pág. 138.
- TAXONERA (Luciano).—*Una nueva modalidad literaria*. Marzo, página 29.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La Reina Gobernadora</i> , por Carlos Cambronero.	5
<i>La guerra franco-alemana de 1870 y 1871</i> , por el Capitán Tanera.	25
<i>Reinas de la España antigua</i> , por Martín Hume.	94
<i>Guía del buen decir</i> , por Juan B. Selva.....	138
<i>La estatua ecuestre de Felipe IV</i> , por Carlos Justi.	168
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	204
<i>Índice por orden alfabético de autores</i>	206